

SUMARIO

- siempre velar

Masas

- El eterno retorno** Carlos Medinaceli
- La tierra fantasma** Alejandra Pizarnik
- España en el recuerdo** Rafael Ballivián
- Pequeña criatura** Rubén Vela
- La América inculta** Rosa Arciniega
- Marina Núñez del Prado** Gabriela Mistral
- Bolívar eterno** Juan Capriles
- Don Misael Saracho** Ciro Félix Trigo
- También ayuda la filosofía** José Vasconcelos
- La producción poética de Nicolás Ortiz Pacheco** Joaquín Gantier
- Maleficio** Nicolás Ortiz Pacheco
- La bella durmiente de Nápoles** Alejandro Casona
- Gustavo Adolfo Otero** Saturnino Rodrigo
- Cultura y persona** Antonio Caso
- Dos poemas** Raúl Otero Reich
- El constitucionalismo liberal. Los doctrinarios** Guillermo Bedregal
- Casa de hacienda** Luís Taborga
- Perfil de tres recientes narradores peruanos** Estuardo Núñez
- Mi Navidad** Martha Mendoza
- La Paz y la provincia el Cercado** Antonio Alborta Reyes
- Detrás de la fachada** Marcelo Calvo Valda
- Lanterna apagada** Conceicao Chagas
- Acerca de nuestra historia** Manuel Durán P.
- Prolegómenos para una Irreflexiología** Carlos Serrate Reich

- caminos tiene el sueño

Fábulas aymaras Luís Soria Lenz
El miliciano Augusto Guzmán

- de la memoria y el preqón

Leo Pucher de Kroll
 Segundo Salón Nacional de Artes Plásticas
 Concurso Nacional de Pintura Infantil
 El libro del trimestre
 Bibliografía
 "Nuevos Horizontes"

Fotos Telecine, Fernando Montes, "Don Bosco".

Grabados Luís Seoane.

Viñetas Antonio Mariaca, Fernando Capriles, Fernando Montes.



MASAS

Problema del tiempo actual: ¿el hombre o las masas? Respondemos: las masas y el hombre.

Se arguye que la cultura es edificación individual. Evidente. Pero enseñanza y educación, pilares ancilares del saber que tienen como meta el desarrollo de la personalidad humana, parten siempre de la masa social. Persiguen una empresa colectiva. El bien general.

El concepto humanístico que arranca del Renacimiento y atraviesa la edad moderna, bajo el impulso ordenado del positivismo liberal, ha sufrido violenta sacudida en las últimas décadas: hoy educar, culturizar, no es formar minorías dominantes, sino elevar el nivel de vida, la capacidad de pensar, estimular las aptitudes creadoras de las muchedumbres, que no en vano la Nación mira al quehacer de todos.

Las masas irrumpen en el plano político y social. Quieren ser, tienen derecho a participar en los beneficios del conocimiento. Por eso la Revolución Boliviana y otros movimientos de contenido social del mundo contemporáneo, apuntan, definitivamente, a la ruptura de los antiguos monopolios del saber, estableciendo un nuevo "status" pedagógico: se ha de considerar el despertar de las multitudes en primer término, y luego vendrán los primores de la alta cultura. La educación fundamental, la enseñanza técnica, industrial y obrera, la erradicación del analfabetismo, son etapas previas a toda organización nacional. La formación de la personalidad no es privilegio de pocos, sino menester de todos y obligación del Estado fomentarla.

De la masa sale el hombre. Crea el hombre para la masa. No hay antinomia sino integración. Y si el griego genial habló de "enantiodromía" —los contrarios que se buscan y penetran— nosotros diremos que la relación de hombre y masa es una de simbiosis irrenunciable: apuntas al todo porque el todo te hace individuo.

La era de las masas no afecta al reinado del hombre. Antes bien: para el sentir cristiano y humanístico, le confiere mayor responsabilidad, lo hace partícipe del inmenso despertar colectivo en el que se sumerge y vigoriza para resurgir pletórico de ideas y de fuerza creadora.

La era de las masas es también el tiempo del hombre. Vigilia.

EL ETERNO RETORNO Y EL SENTIDO PANTEISTA DE LA TIERRA

POR

CARLOS MEDINACELI

Mientras corre el automóvil a pequeña velocidad, tengo tiempo de contemplar el paisaje, este paisaje tan familiar e íntimo, para mí, tan consubstanciado con mi vida y las tradiciones de mi familia paterna...

Vengo con el espíritu apretado por una pena de ausencia y esta pena viene a sumarse a la tristeza cósmica surgente de este campo invernal, de arboleda negrusca y oteros cenicientos y pardo-oscuras, "como cubiertos con el sayal de un penitente".

Es el mediodía y según la gráfica expresión de Martínez Sierra ¡qué triste es la tristeza de la cruda luz del mediodía! ¡Al sol de Julio, la pobreza es más pobre, la ancianidad más anciana y el desamparo más desamparado!

Se ha detenido el automóvil en el abra de una cuesta. El chófer ha de cambiar una llanta. Bajo del "Buick" y empiezo a pasear por el contorno. A la derecha del abra hay una pirámide con piedras rústicamente amontonadas, en su cúspide sostienen una cruz: son las típicas apachetas de nuestros indios, tiznadas con verdinegras manchas de acullicu, arrojadas allí siguiendo una tradicional usanza. Pero, esto no es lo que me llama la atención. El recuerdo del ayer, martillea ahora en mi cerebro. Estos caminos —pienso— me son tan familiares y parecen tan míos: los he conquistado a fuerza de trabajo y dolor...(1).

¡En qué diversidad de circunstancias no les he atravesado yo desde pequeño! Ellos conocen toda la gama de mi sentimiento, desde las ternuras querellas niñas a las muy ásperas penas del hombre. ¡Qué de gozosas esperanzas e ilusionados entusiasmos a la llegada! ¡Qué de acre tristeza a la partida! Estos caminos, me son con alma. Han ido impregnándose en mi sensibilidad.

Empero, he aquí, el motor de la inteligencia hace un viraje y delante de la "apacheta", me asalta otro sentimiento: el de la vuelta eterna de todas las cosas... Una vez, cuando viajaba con mi padre por este mismo camino, detuvimos en esta misma abra. Era yo entonces niño y tenía fe. Mi padre destacándose delante de la pirámide, me enseñó una oración dicha por los viajeros

delante de las apachetas... Era la misma oración enseñada por su padre a él, quien a su vez la sabría del suyo... La historia se repite... Pero, sólo, acaso, lo humano se repite? No: todo se repite en la humanidad y el Universo, eternamente...

Hé ahí, ayer mismo leía una página de Sanín Cano, "Dostoiewsky y el eterno retorno", en él háblase de las concomitancias que pudiese haber entre las ideas del gran novelista ruso y las ideas del autor de "Zaratustra". La doctrina de la "vuelta eterna", formulada por Nietzsche, postula cómo siendo el tiempo infinito y la materia indestructible, pero finita, las mismas combinaciones de átomos han de volver a formarse a lo largo del tiempo con análoga limitación de fuerza... Todo ha de repetirse, indefinidamente, eternamente... "Yo volveré siempre a la misma vida, igual como a la presente, en lo grande y en lo mínimo" exclama Zaratustra. Esta tesis la formulaba el atormentado filósofo, como buscando un consuelo a su escepticismo trascendental; porque había perdido la fe en la creencia religiosa, quiso encontrar un alivio en la verdad científica a su inmortal anhelo de inmortalidad que diría Miguel de Unamuno, o a su terror cósmico de caer en la nada, en la total destrucción del cuerpo y el espíritu.

No obstante, la doctrina del filósofo, con todo su formulismo científico ¿no será una de tantas fantasías como las proyectadas por ciencias y religiones?

Lo cierto es: la vida del hombre sobre la tierra es triste y sus días están contados...

Pienso entonces: si la vida no tiene un fin trascendental para qué vivimos? Si todo que hacemos mientras vivimos deviene inútil y es la muerte el único premio y fin que aguarda a todos nuestros afanes, el caer en la total destrucción y ser absorbidos por la nada, ¿para qué vivimos, entonces?...

Si existe Dios, como afirman las religiones, ¿con qué objeto creó la vida? No se puede concebir que todo sea inútil y retorne a la nada y, la vida en el Universo no sea sino la trágica fantasmagoría de una representación de títeres... No: debemos tener un fin; debemos de servir para algo... Todo lo hecho en el mundo, todo lo sufrido, todo lo que se ha pensada, todo lo bello que se ha creado, y todo lo hermoso, y bueno y todo lo grande, todo, todo ¿está destinado a desaparecer definitivamente, no sirve para nada"...

Espacio la vista del paisaje: descendiendo la cuesta se perfilan los churquis, algarrobos y molles, negruzcos, amortiguados ahora... los árboles a ambos lados de la quebrada, van ganando, trepando lentamente, las laderas de las colinas próximas... Empieza a atardecer y las sombras de los árboles, alargadas, cobran aquella típica tristeza del sol agónico y las colinas parecen sumirse en una parda austeridad. El paisaje invernal, gris, sin hierba de monte ahora, tiene una apariencia tétrica. Sólo arriba, el cielo, ostenta un celeste desvaído y pone una nota de belleza en la áspera severidad de la tierra... Pero, el cielo es tremendamente mudo para los hombres... La tierra tiene un hondo sentido panteísta: enfrente al hombre desnudo y pobre como nació, con la Naturaleza, indiferente al dolor humano. .. Ante esta espantosa desolación, siento lo por Spengler llamado con tanto acierto el "terror cósmico". Y, sacudido por esta cósmica emoción, añoro ternurosamente el pueblo que acabo de abandonar, el calor hogareño dejado y a la mujer amada que hase quedado lejos y siento más triste mi tristeza y mi desamparo más desamparado ... Las lágrimas hacen esfuerzos por rebasar de la víscera cordial y delatarse en las pupilas, pero, he ahí, el chofer llama con un clamoroso pitazo... Subo al automóvil y arranca éste con una tremenda vertiginosidad... ¡Con la tremenda y lacerante vertiginosidad del tiempo, eternamente irreversible!...

Este minuto que acaba de pasar, ya jamás lo volveré a vivir.

-
- (1).- **Acullicu**, la coca masticada.
 - (2).- **Apacheta**, pirámide rústica en los caminos.
 - (3).- **Churquis**, árboles con espinas, silvestres, abundantes en Nor Chichas.

Segundo premio
del II Salón
Nacional de artes
plásticas 1957.
Enrique Arnal:
"Disfrazado".
Foto Don Bosco



La Tierra Fantasma

TAL vez me esté consumiéndolo.

Lo digo por esta sensación de vino marchito,
por estas cuerdas que maniatan mi sangre.

Señor, no dar más significa huída.
Mira mis alas ebrias de inexistencia.

Alguna vez moriré asombrada.

Alguna vez, hace un minuto,
he tenido veinte años. ¿No fué maravilloso?

Aléjate, voz del silencio.
¿No son mis manos
la sonrisa más bella de la creación?

Y todo es así.
Un abrir los labios
a la espera del nacimiento.

Un quedar desflorados
por lo no sucedido
que nunca sonrío
y luego se hace llamar pasado.

Mas ¿por qué el aire se rebela
y castiga mis alegrías inmediatas?
¿Por qué el invisible me engendra
este enorme sollozo?

Me sangra el ser que soy
y la juventud acribillada
por el odio a lo extraño.

Quiero cantar lo que me abrasa.
Quiero y me salen gritos.

En verdad, me estoy consumiendo.

ALEJANDRA PIZARNIK

ESPAÑA EN EL RECUERDO

POR

RAFAEL BALLIVIAN

ME complazco en remover el fondo de los recuerdos, para evitar que se forme el limo que a la larga tendrá dureza de piedra. Recrearse recordando es noble ejercicio, y entre sus resultados benéficos no es menor el que se aliviane el espíritu. Produce una agrídulce impresión, que hace que el alma es encuentre bien y también mal. De todas maneras gozo, que implica alegrías y sufrimientos.

Pasamos los hombres por un período en la vida en que es corriente quedarse en la penumbra, a hurgar en las sombras del recuerdo. Vivir del recuerdo, esa cosa que sólo los jóvenes, por ser jóvenes, no conocen en sus alcances más vivos.

La presencia de España en mí es lejana ya, pero muy próxima en el recuerdo. No son recuerdos recientes, pero tienen para mí valor de perennidad y, por tanto, de rediviva vigencia.

Sí, muchas veces estuve en España y en distintas épocas de mi vida. Mi "experiencia más próxima", como se dice modernamente, en forma un tanto deportiva y también un tanto mercantil corresponde a un período que coincide con la Guerra Civil. En la balumba de esos recuerdos, que con frecuencia suelen venirme, hay casos y cosas, figuras y personajes, que tienen alguna relación con Bolivia y los bolivianos.

A ellos quiero referirme. Y para no cargar los cuadros con manchas negras y fúnebres, suelo darme a la evocación con tinte amable, que muchas veces me ha hecho sonreír, más bien, en mi soledad acuciosa. Evocaciones que producirán, en contrapartida, una serena reconciliación con la vida.

* * *

La primera vez fui bastante joven a España, a vivir sin objeto, —que es como se vive mejor—, a una pensionsilla sobre la Plaza Mayor de Madrid. Pagaba —me acuerdo bien, porque le conmovía a mi amigo Alcides Arguedas— 8 pesetas diarias. ¡Dichosos tiempos! Ocho pesetas no se encontraban en la calle todos los días. Luego fui un poco estudiante en Santiago de Compostela, la Ciudad de Piedra que dijera Valle Inclán, y la primera vez que conocí el sentido de

la palabra "morriña" fué por haberme sentado en compañía al pie de la estatua de Fernán Núñez, en el Paseo de la Herradura.

La última vez, "mi experiencia más próxima", data cuando fui investido con el cargo de Cónsul General con residencia en Barcelona y con categoría de Ministro, así todo junto, como rezaba en mi pasaporte diplomático. ¡Oh, mi pasaporte! Así viejo, al cabo de 5 años de permanencia en la tierra española, me tentaba a ponerle marco y colgarlo como un recuerdo familiar. Mi pasaporte, a mi regreso a Bolivia, tenía todo el aspecto de un benemérito. Fué mi escudo y fué mi detente. En realidad, perdida mi personalidad dentro de ese documento yo me pertenecía por entero a él. Sin mi pasaporte ¿qué habría sido de mí? Un hombre de los tantos apátridas, sospechoso en todas partes e indocumentado. ¿Hay cosa más horrenda que esta palabra? Por eso a mi regreso aquí a La Paz, en lugar de ponerle marco lo eché al basurero, en un gesto de revancha, porque me sentí manumitido, libre, dueño de un nombre y apellido.

Lancemos, pues, la vida atrás. El pensamiento tiene ojos y en esto está el goce del recuerdo.

Días soleados de Barcelona, en aquella primavera de 1936. Con ese aire y ese sol que es patrimonio de las ciudades que lame el Mediterráneo —Mare Nostrum—. Euforia, alegría y un deseo dulce de llorar como el verso de Benavente. Valía la pena de vivir la vida. Yo gozaba con todo: con las flores (hay hasta la Rambla de las flores), con la música (las coblas con sus sardanas), con la abundancia epicúrea de la existencia muelle (colmados y cafés que jamás habían cerrado sus puertas). Alegría de vivir. Pero, ¿qué he dicho? No tanto, porque soplaban vientos con malos augurios, una desazón extraña invadía los espíritus como el siroco que invade repentinamente. Así deben olfatear los camellos la presencia lejana del fatídico simún...

Y aquí viene una página inédita, arrancada a la historia inicial de la Guerra Civil española.

Sería abril o mayo de 1936. Se me hizo anunciar la visita de una compatriota que acababa de llegar de Madrid y que tenía prisa por verme. Su nombre no decía nada: Tina Montero. Traía urgencias de pasaporte, porque quería arreglar su condición de extranjera, sobre todo de boliviana.

Tina Montero entró a mi despacho. De 25 a 30 años. Muy guapa y con una desenvoltura y seguridad de sí misma que era incompatible casi con las hijas tímidas de esta tierra que a Bolívar ha debido su nombre. Su voz, su acento, su dicción, todo eso que salía de sus labios húmedos y jugosos, no era de catalana, ni de gallega, ni de ninguna parte de la tierra, sino de madrileña auténtica, de la Villa del Oso y del Madroño.

—¿Usted, boliviana?

—Pues, sí, señor. ¿Qué de raro? Salí a los 15 años de mi pueblo —Padilla— de Chuquisaca. Y me vine a Europa. Viví en París y senté mis reales en España, donde me casé con un señor de origen alemán pero ciudadano español. Ahora me divorcio.

Tina Montero hablaba y exprimía, como si fuera un limón entre sus manos, el extraordinario compendio de su vida. Tenía la sal, la gracia, el tono inconfundible, sobre todo, el acento de la madrileña de la calle del Ave-Maria o de La Plaza del Lavapiés. ¿Boliviana? No podía ser.

Sonó el teléfono. En Barcelona se contesta y se dice "diga", por no decir en catalán "diguit". Llamaban del Consulado Alemán. Preguntaban justamente —qué casualidad— si había ido al Consulado de Bolivia la señorita Tina Montero. Respondí que sí y que estaba delante mío. "Pues, ruego decir —añadían a través del hilo telefónico— que tiene su pasaporte listo aquí, en el Consulado de Alemania".

Tina Montero no aceptaba eso. No señor, y al decirlo taconeaba graciosamente con énfasis y decisión: —¡Qué diferencia con ustedes, los hombres! De modo que una mujer se casa con un chino y por esa circunstancia pierde su nacionalidad y se hace china, verdad? Pues yo soy

boliviana y quiero seguir siéndolo. Además, ya sabe, me divorcio en pocos días más y, aunque esto no fuera verdad, usted está en la obligación de darme mi pasaporte. Dígale al Cónsul alemán que no iré a buscar el que me tiene reservado.

Es así cómo nació el enigma de la boliviana Tina Montero. Pero, ¿era Tina? No. Ese era un nombre adoptado. El suyo era Justina; pero, como andaba brillando en teatros, revistas y pasodobles la famosa Tina Jarques. ¿Os acordáis de Tina Jarques? Pues bien, nuestra Justina acabó por ser también Tina. Ella brillaría igualmente dentro de su círculo y por muy poco tiempo... Ya veremos.

En mí había la imperiosa necesidad de comprobar si realmente esa hermosa mujer, al parecer española y madrileña, para quien la viera y oyera, no fuera ni española ni madrileña, sino boliviana, salida de un pueblo de tierra adentro, donde el percal y la trenza son los mejores lujos de la niña provinciana. ¿Qué pruebas podía pedir? ¿Papeles? ¿Esos papeles bolivianos que, en realidad, somos los únicos capaces de autenticar y verificar? Se me ocurrió una idea, con la cual iba a salir de dudas. La iba a someter al examen... del himno nacional. Si era compatriota mía tenía que saber nuestro himno, siquiera una estrofa, siquiera un verso. Además, tararear algo de la música de ese himno. Pero nada. Tina Montero se había olvidado todo, letra y música. Esto me desesperó y estuve al punto de llamarle española o gritarle que era alemana. Pero uno tiene siempre una idea inédita, la idea final, esa idea que se repliega para los momentos supremos en los trasfondos de la imaginación: si era boliviana y nacida en Chuquisaca, es indudable que hablaba quichua, pues el idioma, con el que uno se desteta, difícilmente se olvida.

Andaba por este tiempo en Barcelona el señor Luís Bazoberry, quien había llegado a la Ciudad Condal con el propósito de dar sonido a una película de largo metraje tomada en los campos del Chaco, durante la guerra boliviano-paraguaya. Al señor Bazoberry, que vive ahora en Cochabamba, de donde es oriundo, le sometí mi plan secreto. Bazoberry lo aprobó y, un buen día, en mi piso barcelonés, ante mis ojos atónitos, se trenzó en una extensa y animada conversación con Tina Montero, en el más puro idioma quichua que han escuchado mis oídos. Sabía, incluso, letrillas, tonadas y aires del Valle, de esos que se cantan con pañuelo volandero en la cabeza. Quichua auténtico, quichua mezclado con chicha y ají colorado. De este modo descubrí definitivamente la nacionalidad de Tina Montero. Por supuesto que el pasaporte boliviano le fué entregado ya sin ninguna vacilación.

Mientras tanto llegóme un explicativo telegrama de Madrid, procedente de la oficina de unos abogados muy renombrados —según me lo dijeron después—, en el cual prometían enviarme los documentos que probaban el divorcio matrimonial de Tina y su capacidad jurídica para retomar el libre ejercicio de sus derechos civiles. Nunca llegaron a mí poder esos documentos, porque seguramente nunca los enviaron. **Bona fidae**, yo había obrado conforme a mi conciencia, las leyes que me amparaban y mi simpatía naciente para esa compatriota enigmática y atrayente.

Tina iba a Barcelona por pocos días. Se alojaba en hoteles carísimos y luego desaparecía. A una pregunta mía me dijo que negociaba viajando con artículos de escritorio y cuando —más por ayudarle que por necesidad de funcionario— le pedí que me proveyera de algunos de esos materiales, la buena compatriota no tenía más de un lápiz en su cartera...

Sin embargo, no perdía contacto conmigo, más que con mi persona con el Cónsul. Ella era siempre solícita. No faltaban sus tarjetas postales desde donde se hallara.

Por entonces aparecieron los primeros síntomas de la conmoción social y política en España. Había ya mucha intranquilidad. Ese malestar se advertía en la prensa, en las charlas de café, en el trato público. Me acuerdo que coincidiendo con esto me llegaron unas magníficas ensaimadas que Tina me enviaba desde Palma de Mallorca. A los dos días una tarjeta postal desde Mahón. ¡Cómo! Desde esa base naval, que era arsenal y astillero y que, por tanto, era un puerto casi prohibido para la estadía de extranjeros, sobre todo en esos momentos de inquietud. ¡En Mahón Tina Montero! Eso me hizo contraer el entrecejo. Sonaban ya algunos tiros y caían algunas víctimas del mutuo encono.

La volví a ver en Barcelona. Ya no era la misma, digo su espíritu no era igual. Estaba nerviosa y apurada. Hablaba en términos entrecortados, a mí, a su Cónsul más que a su amigo. Decía, por ejemplo:

—Algo serio ha de ocurrir en España. No me pierda de vista, al fin y al cabo usted se cuidará de personas y cosas bolivianas, ¿verdad?

Los acontecimientos se vinieron encima. No hubo tiempo de ordenar ni de disponer. Sentí que también en mí se quebraba la lógica y toda línea normal de sustentación. Me daba pena y rabia. Adiós, mi vida de España, adiós mis mañanas soleadas y mis noches bulliciosas. ¿Qué sería lo que venía después?

A través del tiempo miro mi departamento y entro en mi piso tercero, izquierda, de la casa de Portela Valladares, el Presidente del Consejo de Ministros. Allí, justamente al frente de La Pedrera, el edificio de Gaudí, en el Paseo de Gracia. Unos pasos más y el café de los buenos amigos, tranquilos y gentiles, a pesar del nombre inquietante, "La Puñalada", que así se llamaba el café.

Mi piso, sí señores, se quedó amueblado por mí, todo listo, hasta con la cama tendida, esperando ese retorno mío que nunca se hizo efectivo.

Y ¿Tina? Ya en plena Guerra Civil fui llamado al teléfono. Me hablaban desde la Embajada de Bolivia en Madrid. El Encargado de Negocios, primo mío y hermano de toda la vida, José Eduardo Guerra Ballivián, quería hablar conmigo. Nuestro diálogo, más o menos, fue el siguiente:

—Te he llamado para decirte que se me ha presentado una mujer llamada Tina Montero y quien dice que tiene un pasaporte que tu le diste. ¿Es verdad?

—Sí, es verdad.

—Pues bien, me ha pedido asilo en la Embajada. Aquí tengo 73 asilados españoles, naturalmente que la voy a recibir, pero le advertí que tiene que someterse a los reglamentos del caso, como los otros. Pero, ella quiere salir todos los días y venir a dormir solamente. Le manifesté que eso no puede ser. Una vez asilada, no tiene que salir, no mantener correspondencia con nadie y ser vigilada en sus actividades con el exterior. No le gustó y no ha vuelto más. ¡Qué mujer más rara!

¿Qué fue después? Pasado mucho tiempo, cuando fui a Valencia para embarcar, juntamente con José Eduardo Guerra, los últimos asilados españoles, supe el final trágico y lógico de Tina Montero. José Eduardo Guerra me dió la noticia:

—¿No sabías? La fusilaron. Entre sus papeles encontraron cartas comprometedoras, incluso unas del General Sanjurjo.

He ahí una historia que nadie os contó, o mejor el capítulo desconocido de una historia inédita con la figura de una Mata-Hari boliviana.

Cierto que el espejuelo de la vida fastuosa de todas estas mujeres aventureras y en cierto modo románticas es un soberbio reclamo para cosas de cine. Ciertamente que esos servicios suelen ser espléndidamente pagados, pero es innegable que a veces en estas historias de espionaje hay siempre algo de romanticismo y quien sabe si algo de patriotismo mal entendido. Pero el precio moral con que estos bienestares se consiguen es incalculable. Solo ellas poniendo sangre de verdad en sus Memorias podrían darnos el fondo trágico que alienta la vida de una mujer espía, de una mujer ya sin albedrío, sin voluntad y hasta sin corazón. Pero, acaso también todo lo dieron por un amor inmenso o por un cheque en blanco, como Fausto por un documento diabólico.

De todas maneras en estos peligrosos juegos de espionaje femenino, se juega corrientemente la propia vida corporal ante una hilera de bocas negras de fusil, bajo la luz de un frío amanecer, como se la jugó la azarosa y romántica chuquisaqueña Tina Montero.

* * *

Un día fui a la Estación Marítima a embarcar unos compatriotas. El "Imerethie II", barco francés que llevaba refugiados a Marsella, daba cabezadas de somnolente pegado al muelle. Allí debía yo hacer mi depósito humano: dos monjitas bolivianas que prestaron servicios como Siervas de María en Barcelona.

Llegué con mi automóvil en el que flameaba un banderín con los colores nacionales. Escuché comentarios en alta voz, como para que yo los oyera:

—Mira, mira. Es la bandera de Etiopía.

—Pero, ¡qué raro! No parecen etíopes esos tíos— decía el otro.

Yo estaba acompañado por el Canciller del Consulado, mi recordado Alberto Cesarino Vidal, que lucía en su naciente calva todavía algunos pelos rubios.

Lo que pasa es que la bandera de Bolivia y de Etiopía tienen los mismos colores, con la diferencia de que unos son verticales y los otros horizontales. Además, estaba de más moda Etiopía, por su reciente guerra con Italia.

Pocos pasos más allá, un individuo metió casi la cabeza dentro del auto; pero, antes, había mirado también la bandera, y dijo claramente:

—Ají, chicha y coca.

Ese individuo nos identificó a las mil maravillas. Se veía que conocía mucho a Bolivia. Le sonreímos con simpatía.

¿Atropellos, brutalidades, ultrajes? Declaro, honrada y terminantemente, que no los sufrí. Todo lo contrario. Innumerables son los episodios y las anécdotas que puedo referir, en los cuales tendría yo que hacer constar que, cuando se llama con actitudes nobles, se encuentra el eco noble no importa de dónde venga. Llené las páginas de un libro que se ha quedado así, dentro de las gavetas del escritorio. Pasaron los tiempos, cambié de ambientes, sucedieron otras mil cosas y el libro es quedó sin ir a la imprenta. Como las solteronas, que se sientan a los atardeceres a mirar melancólicamente su yermo pasado, yo podría decir que perdí mi oportunidad.

Bolivianos me salieron por todas partes desde el 18 de julio de 1936. No había más de una cuarentena de personas inscritas en el Consulado y que anualmente renovaban su ficha de extranjería; pero, desde aquel día, aparecieron bolivianos como atraídos por una aspiradora.

Podía haberse creado un conflicto de derecho internacional privado, pero tal fue el buen espíritu que pusimos y el no menos excelente de las autoridades españolas que no hubo ningún conflicto. Y todo pasó siempre del mejor modo.

Según nuestros principios: a todo nacido en territorio nacional se le considera boliviano. Es el **jus solium**. Principio jurídico vigente en toda América. En cambio en España, todo hijo de españoles, nacido donde sea, es considerado español. Es el **jus sanguinum**, que impera en toda legislación europea.

No llegamos a discutir este estatuto, sino casi por simple formulismo. Siempre gentiles y amables, condescendieron a mis instancias. Esos bolivianos, nacidos en Bolivia por mero accidente geográfico, fueron respetados y reconocidos como extranjeros. Algunos de ellos —sometidos a una comprobación de papeles de identidad— eran realmente mis compatriotas,

pero no sabían siquiera ubicar en un mapa la posición de Bolivia. Pero yo, amparado en la ley, amparaba a mi vez a esos señores.

Funcionaban por distritos en Barcelona los famosos comités de control, a cuyo cargo solía estar el registro de pisos. Los comités de control eran poderosos y casi omnipotentes. Los habla de la C. N. T., de la U. G. T. y también de la F. A. I. En los comités de control solían imperar los incontrolados.

Pues bien, un día fué necesario hacer el registro total de un inmueble de renta, en el que vivía la propietaria, señora Magdalena Turigas de Arnó. Era la viuda de don Francisco Arnó, de grata memoria para nosotros los viejos paceños, amantes del papel, del libro y de la bondadosa amistad.

Salieron, pues, de un Comité de Control a cargo de la F. A. I. unos individuos armados, de inquietante pinta, encargados de hacer el registro de pisos en la casa de doña Magdalena. La dueña estaba en verdad más tranquila que otra cosa; pero, con el oído atento, como sumando en ese sentido la totalidad de los restantes. Además, yo habla dado mis instrucciones a todos los que figuraban como compatriotas, o padres de compatriotas.

Habla, pues, un ir y venir, un subir y bajar de gentes por la escalera. ¿Qué será, qué no será? Lo cierto es que los milicianos ya hablan registrado toda la casa, pero les faltaba el piso de la señora Magdalena. Tanto ir y venir, tanto subir y bajar, pero siempre se detenían ante aquel piso. No se atrevían a llamar. Estaba colado en la puerta del piso un papel con timbre y escudo del Consulado de Bolivia, firma y sello. Era, por tanto, un departamento de extranjeros.

Fué entonces que la señora viuda de Arnó, al darse cuenta que otra vez se detenían en el sitio preciso, se decidió a abrirles la puerta:

Y fué el diálogo:

—Pasen ustedes. Debe faltarles este piso.

—No, señora, no. Este es de extranjeros y el pleito es entre españoles.

—Lo malo —decía la señora— es que les va a quedar la duda. Pero, en fin, si no quieren hacer el registro, pasen a tomar un refrigerio. No es hora para la servidumbre, pero yo les puedo servir algo.

Aquellas fierecillas se volvieron angelillos. Dejaron los terribles fusiles en las gradas, se quitaron las gorras y comieron llenando los dos carrillos. Al terminar, uno de ellos, el que parecía el principal, le dijo:

—Gracias, señora. Hacían muchas horas que no comíamos. Además, a nuestro paso todo es desconfianza y hostilidad. Se cierran las puertas. Nadie nos ha recibido como usted. Si alguna vez necesita de alguien, le ruego buscarme. Aquí tiene mi tarjeta. Búsqueme en el cartelillo de control de la calle Balmes.

La señora viuda de Arnó poseía algunas casas en Barcelona y los inquilinos sencillamente ya no pagaban. Sobre todo, porque, a ciencia cierta, no se sabía a quién pagar: si al propietario o al Comisariato de la Vivienda. En todo caso, las casas estaban "intervingur".

Fué entonces que la señora viuda de Arnó se acordó del miliciano de la F. A. I. Fué en su busca. Era nada menos que el Jefe de Control del Distrito. Inmediatamente llamó éste a sus hombres, que se presentaron con pistolas, fusiles y todo. Daban miedo. Pero no iban a pelar, no. Se asustó la señora y rogó que solo fuera su amigo a cobrar, sin armas de ninguna clase y más con gestos de amable diplomático que aprestos de matón incontrolado.

Sí, señores. Al día siguiente la viuda tenía sus alquileres pagados al día.

* * *

Y hay recuerdos, y recuerdos con valor de perennidad. Aquí va otra estampa:

Un día descansando en un asiento de la Rambla de Canaletas, pido lo que piden todos: un limpia. (Los lustrabotas constituyen en España algo así como una institución nacional). Este "limpia" es un mocetón simpático, que ejerce su oficio como quien ejerce una función de responsabilidad histórica. Le dejo hacer y hablo con mi amigo vecino, Digo que, con la muerte de Joselito y el retiro de Belmonte, ya hay muy pocos buenos matadores en España. El "limpia" me mira asombrado y algo como disgustado. Y me dice con puro acento andaluz:

—Si los hay, señor, y buenos.

—¿

—Pues, yo. Yo soy el mejor de España.

—¿

—Yo, señor. Ya le digo, yo.

Insistía muy serio. Pero no se ha burlado. Está absolutamente convencido de que es el mejor torero y matador de la España actual. El tono de su voz es de sincero convencimiento. Sonríe con mi amigo y callamos. El "limpia" tampoco añade más y sigue frotando, frotando con furia hasta hacer espejear los zapatos.

Otro día hay corrida de toros en la Monumental de Barcelona. El equipo no es de los mejores y apenas alcanza a la medianía como calidad. De primer espada y maestro aparece Pedrucho. Pedrucho no es bueno ni malo —en su oficio, se entiende—, pero es el arquetipo del torero: chulón, presumido, gracioso y bruto. De la misma manera con que D'Annuncio dijera, ante la noticia de su visita a Buenos Aires: "No sé si la Argentina merece el honor de recibirme", Pedrucho una vez me dijo: "No sé si en Bolivia haya suficiente público para mí".

La Monumental no podía con tanta gente. Hacía tiempo que no se veía toros en Barcelona, con motivo de la guerra civil. Lalanda y los Bienvenida toreaban en la otra parte de España y para esta otra no quedaban más que los Pedrucho, es decir los proletarios del arte taurino.

El cielo era el mismo de todas las estaciones en Barcelona: magnífico, luminoso, con ese sol que ya es castizo, como Pedrucho en una corrida de toros. Y éramos miles, apretados codo con codo. Me imagino que no hubieran cabido diez personas más en la Monumental. Ese cielo, con su limpidez regocijante, me hizo pensar un momento en la cosecha de vidas humanas que se podía hacer desde un avión. Constituíamos un haz apretujado, un racimo copioso en que el corte o la poda podía haber dado un rendimiento extraordinario. Expongo a mi amigo esta idea, que me viene repentinamente, y le veo sonreír y levantar los hombros.

—¡Ba! Las bombas vienen con el nombre escrito de las víctimas.

Mientras tanto sigue la corrida desenvolviéndose. Pero, he ahí que, súbitamente, alguien ha saltado al ruedo. Lo ha hecho con tal agilidad que nadie ha podido impedir que salte la barrera. Se ha quitado la chaqueta y se lanza a carrera, resueltamente, como en una entrega fatal, al toro. ¿De dónde ha salido ese hombre? Se presiente lo inevitable, la tragedia. Y cuando creo ver en el aire al pelele humano, el toro ha salido en un magnífico lance de... chaqueta. Y otro lance y otro y otro. El público aplaude frenético, ruge y se levanta de sus asientos. También ahora se han echado al ruedo algunos guardias de asalto y entre estos y los toreros se apoderan del estupendo intruso. El público grita más. ¿Pero, es que no estamos en plena revolución social? ¿Es, que hay algún obstáculo para la legítima aspiración del hijo del pueblo? No lo entiendo. Y al pasar frente a mí lo miro y lo reconozco. Es el mismo. Si, el mismo "limpia" de la Rambla de Canaletas.

Mi amigo me explica y me consuela:

—Ese ya tiene su porvenir taurino asegurado. Lo difícil es siempre el primer paso la revelación. Así han comenzado todos los grandes toreros.

Por mi parte, pienso en un simple cambio de orientación profesional. Era un "limpia" extraordinario, que sabía a las mil maravillas su oficio. Se ha perdido un lustrabotas y se ha ganado un astro del toreo.

Mientras tanto la guerra continúa y el país se deshace en una lucha enconada.

Y yo también un día tuve que dejar Barcelona. Ahora en la perennidad del recuerdo que tiene unos ojos enormes, veo la Plaza Cataluña, más allá el Paseo de Gracia, La Diagonal, la Bonanova y por último el Tibidabo. ¡Magnífica ciudad! De abajo a arribar del mar a la montaña, del puerto al interior, había que buscar el crescendo que marca la existencia y que mejora la condición. Del tugurio a la oficina, al palacio y por último a la torre rodeada de freznos, tulipanes y mimosas con un soberbio Hispano-Suizo. ¡Barcelona, magnífica, poderosa!

Al alejarse el barco, nadie ya piensa en que el Distrito Quinto —Barrio Chino sin — chinos—, antítesis de la Bonanova o Sarriá, tiene también su alma erizada de encono y los puños cerrados. Mientras tanto. Barcelona se iba perdiendo a la vista. Montjuich, el semáforo avanzado del Mediterráneo presentaba la última visión. Monjuich, los fosos, la sombra de Ferrer. Sangre de un pueblo noble, digno y altivo, derramada por la eterna incomprensión, que no admite la verdad tuya ni mía, sino la única verdad, como si ella, existiera.



PEQUEÑA CRIATURA

Criatura de la piel curtida por el fuego ascendente del mediodía
las hojas de los árboles nuevos te cubren de amor
y mi tiempo es un silencioso rehén ante tu inmensidad.

La sed de los descubrimientos
el verano común del universo
la muerte huyen de tí
y quedas prendida como una firme voluntad
como un sólo deseo
en lo que es pliegue de mi mismo
en mi soledad.

Para hablar de tí invento los incendios nuevos
la locura del día ordenando los edificios en inmensas vocales de tu nombre
¡Cómo quisiera estrecharte
criatura livianísima

bajo la urgencia de este día suelto entre tus labios!
Entonces seríamos tú y yo hechos memorables para definir el universo.

Criatura de los años erguidos
de años como un alto regocijo para el rojo tiempo de mi amor
la necesidad de tenerte llena de luz
hecha tan sólo esta necesidad de permanente costumbre...

¡Bajo las playas de qué abrazo aprenderemos el mundo!

RUBEN VELA

LA AMERICA INCULTA

POR

ROSA ARCINIEGA

EN una importante revista escrita y editada en la Argentina —si bien bajo la inspiración de un grupo de europeos procedentes del desbande que siguió a la última guerra, y con ello está indicada su filiación— se nos recuerda una vez más a los americanos nuestra condición de "incultos", apelando a eso que he llamado yo siempre "el odioso método comparativo". Naturalmente, el saetazo alusivo está dedicado a la América del Norte —porque allí se tiene la "desventura" de vivir una vida democrática—; pero por reflejo e intención, alcanza también, y en primer término, a nuestra América del Sur, a esta América ingenua que, para muchas mentalidades de allende el Atlántico, continúa siendo... las "Indias Occidentales".

Para esa revista, la manifestación de la incultura americana es clara. Al americano, la primera "pregunta sensata" que puede hacérsele es: "¿Cuánto gana usted por mes?". Hay también otras parecidas e igualmente superficiales. Por ejemplo: se le puede preguntar por el tiempo que hará mañana o pasado, por quién será el campeón de box o de rugby en un encuentro inmediato, por cuál es el último modelo de automóvil o de receptor de televisión, etc. Y fuera de esto, nada. En los países europeos, las cosas ocurren de otro modo. Allí —transcribimos literalmente, incluso con su castellano defectuoso— "cuando tratamos con una persona por vez primera y nos sentimos obligados a preguntarle cosas pertenecientes al mundo íntimo de ella, solemos ponerle preguntas como éstas: ¿Qué poeta prefiere usted? O ¿le gusta Leopardi? ¿Cuál de las sinfonías de Beethoven prefiere? ¿Qué paisaje prefiere? O ¿qué género literario prefiere? ¿Le gusta cómo escribe Mauriac, o. Russell, o Heidegger?, etc. A nadie se le ocurriría indagar las entradas mensuales de un amigo o conocido". Etc.

Naturalmente que no vamos a hacer cuestión ni a tomar por la tremenda el hecho de que un señor o grupo de señores expongan en las páginas de una revista —por importante que pueda ser en cuanto a formato y tirada— opiniones de esa clase. Ni siquiera que las expongan "desde" América. Desde la América en que viven, que disfrutan y que, probablemente, "hacen". ("Hacer la América" y hablar mal de ella son fenómenos frecuentes). Pero tampoco podríamos dejar de tomarlo como síntoma de un pensamiento petulante y generalizado ni como testimonio escrito de cosas que se oyen tantas veces verbalmente y que los americanos tenemos que rumiar en silencio. América —¡qué le vamos a hacer!— es un continente inculto, donde todo lo más que cabe preguntar a un ciudadano, es cuánto gana mensualmente, o qué cariz presentará mañana el tiempo; en tanto que, en Europa, a un labriego o menestral cualquiera se le puede interrogar nada menos que sobre las sinfonías del genial sordo de Bonn, sobre los poemas de Leopardi o sobre la excelencias de la prosa metafísica de Heidegger —en la que parece que hasta a los mismos profesores de alta filosofía les cuesta clavar el diente... No hay comparación posible, claro está. Es como pretender equiparar, mental y culturalmente, a un plantel de universitarios con un grupo de peones. El señor del cuestionario —cuya mescolanza de autores citados indica lo muy poco que sabe acerca de ellos— nos recuerda una vez más quiénes somos los unos y quiénes los otros. Los americanos somos la peonada inculta.

Ya hemos dicho más atrás que tomar en consideración y con carácter polémico "boutades" de esta naturaleza sería tarea vana y excusada. Y que a no ser como síntoma de un pensamiento y actitud generalizada en Europa, ni cabría hablar de ello. Pensamiento y actitud a

los que quizás no seamos completamente ajenos los propios americanos. En especial —yo empiezo por entonar el "mea culpa"—, los literatos de América. Sinclair, Lewis, por ejemplo, con su "Babbitt" y otros no menos famosos novelistas yanquis, con personajes semejantes, contribuyeron no poco y contribuyen a propalar esa especie de la gran incultura americana, haciendo creer al europeo que el "hombre medio" u "hombre masa" por ellos pintado en sus novelas era la representación genuina del hambre de América. La mentalidad estrecha de aquellos entes simplicísimos se erigió en norma común dentro del criterio europeo. Y aunque los hechos demuestran que la Norteamérica de los rascacielos y los prodigiosos inventos, de la ciencia avanzadísima y los Premios Nóbel consecutivos; que ese país que ha decidido las dos guerras e insurgido en el panorama universal como un asombroso meteoro sin precedentes en la historia no puede ser tal como en Europa se le juzga, sigue allí, no obstante, incólume el prejuicio de su rezago cultural, la idea preconcebida e indeleble de que allí todos son "Babbitts" u "hombres masa" enclaustrados en su ignorancia pueblerina. ¡Qué seremos nosotros, los de la América india, los indoamericanos —según el nombre que nos conviene con más rigurosa propiedad—, quienes ante los ojos de ciertos europeos ofrecemos apenas un cuadro poco distinto al que vió Colón por vez primera y andamos todavía poco menos que con plumas! ("Es con una pluma que me he quitado debajo del sombrero con la que le escribo a usted esta carta", tuvo que estampar aún el gran Rubén Darío al contestar a cierto profesor).

Pero esto nos remite a otros antecedentes más lejanos .acerca de ese concepto de la incultura americana arraigado en Europa. En realidad, data del Descubrimiento. Colón encontró aquí "indios". Indios que, aunque hubiesen fundado imperios extensos y dado cima a culturas avanzadas, fueron para Europa entera, y globalmente, el "sauvage". El "bon sauvage" si se quiere y tal como lo imaginaron algunos literatos y pensadores de Francia, pero de todos modos, el "sauvage". Es decir, el hombre inculto por antonomasia que está aún setenta codos por debajo de aquel a quien en la época grecolatina se denominaba "bárbaro". Bárbaro, en resumidas cuentas y como todo el mundo sabe, era simplemente para griegos y latinos, el hombre que quedaba al otro lado de las bardas del orbe helénico o del Imperio, pero esto no quería decir en modo alguno que estuviese sumido en el salvajismo y la incultura. Por el contrario, cabía que fuese civilizado, que tuviera instituciones y organizaciones político-sociales avanzadas y, por muchos extremos, admirables.

Con el nativo americano no ocurrió nada de eso; fué el "sauvage" en estado de "plena naturaleza", aunque eso mismo y como Jean Jacques Rousseau y otros lo creían, "bueno". Había que civilizarlo. Desde entonces, han transcurrido los siglos; y dentro del ritmo precipitado con que el progreso se desliza, en América —en Indoamérica también— han ocurrido muchas cosas; han surgido ciudades imponentes, modernísimas y, con ellas, universidades, laboratorios, centros técnicos y experimentales, editoriales, grandes emporios comerciales... Han surgido, sobre todo, hombres; hombres de excepción dedicados a las faenas del espíritu y sobresalientes en los diversos ramos del saber, de la cultura y del arte...

Nada de esto, por lo visto, influye en la eliminación del concepto peyorativo que del americano tiene el hombre europeo. América sigue siendo la América "inculta", la América que, mutatis mutandis, difiere poco de aquella que encontraron las carabelas de Colón. ¿Hasta cuándo persistirán estos prejuicios? Es de creer que hasta fechas muy remotas en el remoto porvenir. En el aspecto cultural, nuestra América ha dejado ya atrás su condición de continente "sauvage" para Europa, pero padece y seguirá padeciendo la triste suerte que le aguarda el llamado "parvenu" en los "altos medios sociales": se le deja al otro lado de la puerta. O si se le admite en ellos, es a condición de recordarle su modesta procedencia...



MARINA NÚÑEZ DEL PRADO

POR

GABRIELA MISTRAL

EL caso de Marina Núñez del Prado, sigue siendo el de un éxito fulminante en cada país que tiene la gracia de recibirla cuando ella desembarca con su familia o tribu de figuras, de grupos o de anchas composiciones que la declaran creadora digna de época grande.

El convencimiento súbito y definitivo que su obra nos da tal vez arranca de este hecho: ella esculpe el rostro de su gente; ella no tiene el devaneo de renegar o esquivar el rostro de su raza: en vez de esto ella declara su casta a voces. ¿Y por qué no? El blanco, el mestizo y el indio puro fueron y son una zona privilegiada por el recio pulmón y el ancho respiro que da su meseta magistral. Solamente el extranjero que fué habitante de costa o de llano "se extraña" de aquel aire delgado o agudo impuesto por los tres mil metros de la meseta boliviana. Azorado y todo, el extranjero, si es joven, se habituará pronto, volviéndose digno de aquella zona mágica que regala la más fina luz y las más anchas "vistas". El avizorar y el señorear sobre el corazón del trópico y sobre la raza azul del Pacífico, irá volviendo al emigrado un hombre nuevo y recio. Las costas nos regalanean; las alturas nos exigen.

Pienso todo esto viendo, por gracia, trabajar a Marina Núñez del Prado. Pocas veces he gozado tanto siguiendo una diestra rápida como la del demiurgo y como ella intuitiva. Es el caso de la vocación absoluta, del creador nato, añadiendo a esto la más rigurosa conciencia artesana. Sin alarde, en el silencio ardiente que llaman inspiración, echando miradas rápidas hacia el modelo, quien a su vez sigue esa diestra bruja, Marina cumple su comisión natural y sobrenatural de doblar un rostro, un torso o un cuerpo entero. Como en los mitos, ella nació para el menester de leer lo evidente al vuelo, y de rastrear lo escondido, sacándolo a la luz. Y labrada toda ella por la luz de los Andes, ha añadido al don de lugar su lealtad hacia la raza indígena.

¡Qué descanso y qué gozo! Su operación presurosa no es la de lanzamos el sabido reguero de damas demasiado bonitas para ser interesantes, ni es la de soltar unos medallones de héroes despampanantes por ceñudos y trenzados de laureles, que aparecen congestionados de un coraje excesivo... La operación suya es la de ser el testigo, de un ámbito geográfico y del rostro y el bulto racial que lo puebla.

El altiplano frecuenta a Marina; él hizo sus ojos y su mirada y ella le devuelve generosamente cuanto ha recibido, Allí está su prole mágica de hombres, niños y mujeres, y del animal más bello que ha visto la luz: la llama con cuello de retrato pre-rafaelista y ojos de Madona.

¿Y por qué no había de hacerla? La lealtad a la luz de nuestro primer día y al aire de nuestro primer respiro, no es sólo virtud cívica sino una rara lealtad hacia nuestros sentidos mismos y hacia el ámbito racial que nos tocó en destino.

Después de la irrupción de los maestros mexicanos —Rivera, Orozco y los demás— parece que sea Marina Núñez del Prado quien los sigue y hasta hoy los iguala en la empresa de entregarnos un testimonio genial de nuestra vida. Su semilla ardiente de lealtad cundirá. Gracias a ella el tema indígena ha saltado de la pintura a la escultura del Continente hasta rematar el testimonio del rostro, el bíceps y la marcha del indio sedentario o trashumante. "Mucho tiene quien tanto da". Dios y el demiurgo escultor sigan dándole su asistencia natural y sobrenatural. En ella, por ella, todos estamos siendo aupados a honra y gloria.

Marina Núñez del Prado es una mujer mucho más joven de lo que afirma la cifra de su edad. Y eso será siempre porque la única lucha que le ha dado la vida es ésta con el puñado de la piedra, la creta o la greda; pero sobre todo ella se demorará en los veinte años a causa de la serenidad a lo divino que es la de su carácter y su modo de acercarse a las cosas tanto como a los hechos humanos. En su conversación, que es otro de sus dones, ella se enfrenta lo trágico lo

mismo que lo feliz sin atarantarse nunca, con una placidez invariable y piadosa. Esa placidez no mana de ningún optimismo bobo; ella deriva de una fe religiosa o arranca de una muy rica experiencia humana. Su serenidad parece venir de muchos sucedidos y de muchedumbre de criaturas y de cosas vistas y caladas por esa pupila sagaz y hasta mágica: el artista, entre otras cosas, es el brujo calador del secreto esquivo que llamamos rostro.

Todavía corre por el mundo —o por algunos de sus rincones— el prejuicio de que el escultor-mujer flaquea delante de un arte que, como la escultura, demanda fuerzas. Es probable que el público de sus exposiciones piense delante del llamado "Grupo Indígena" o de la "Madre Tierra" que aquello rodó de una especie de Walkiria que blandía un brazo y una mano despampanantes... Y no hay tal, que todo ese friso magnífico salió de una mujer pequeña y menuda, labrada por una meseta de aire y luz finísimos. Es probable igualmente que los visitantes de sus exposiciones magníficas se imaginen a esta creadora poderosa como una líder audaz y sorprendente a quien yo misma le dí semblante y corporalidad recios; pero me llevé un fiasco. Ella es el arquetipo de la mujer criolla, desde el bulto hasta el acento. Sólo la mirada celadora y grave confiesa a la mujer nueva que está haciendo en la entraña misteriosa de nuestra raza. El rostro más el cuerpo son sus reinos y su deleite, aunque sea tan heroica la lucha con los materiales de su elección:

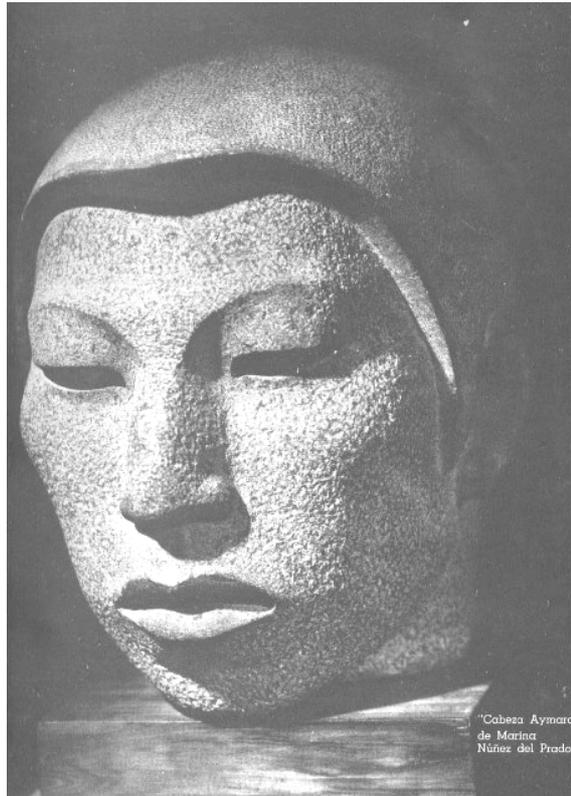
Me gusta oírla hablar por la madurez y el acierto constante de sus juicios, Escuchándola, yo sigo esta especie de doble de su arte. Las virtudes de su charla son las mismas de sus estatuas: veracidad, expresividad, y un calor en los sucesos como cala en la greda, más una visión lúcida de los conjuntos y los detalles. Y eso lo disfruto particularmente en su conversación sobre temas de nuestra América. Es que las virtudes de su gran parte son las mismas de su vida cotidiana: vuelvo a aprender que el oficio se amelliza con la obra en los que son leales a sí mismos.

Hojeando por décima vez el álbum fotográfico de su producción, en un encantamiento que no se me triza ni se me aja, yo me digo: Esta es la obra de la mujer más madura en su arte que yo haya conocido en mi raza y también en otras, con lo cual mi fe en nuestros pueblos que son de ayer, se afirma tanto que sonrío a esa familia de criaturas fieles, genuinas y adorables. Y, por gratitud y por regusto de lo legítimo y veraz me tardo en los grupos indígenas, en la cargadora del hijo y en la india estática con los párpados cargados de fatiga, pero también de ensueño, el ensueño indio que me conozco... porque vive en mí también...

Nada es flaco ni sentimentaloides, ni atarantado en esta acumulación preciosa. Nada es titubeo ni es tampoco el sabido turno de hallazgos y tanteos del novato. Una corriente de fuerza parecida a la de los grandes ríos tropicales recorre esos grupos, esos dorsos, esos trashumantes y hasta esos yacentes. Además en esta hija de la meseta magna todo es sobriedad magistral y rigor como en los grandes austeros.

Se trata de una acumuladora nunca dispersa, de una acumuladora y una concentradora y, en suma, de un fenómeno de vitalidad. Pero lo que más me gana los sentidos en el caso de la boliviana genial es una virtud mayor que ha andado antes muy "mirada en menos" por esteticistas: la piedad que corre por su obra como un óleo dulce y denso. No voy a caer en el pecado de confundir aquí el arte moralista con el arte "tout court" y a trocar el juicio estético con el moral. Pena siento cuando me hallo con obras de mujeres en las que el humanitarismo de un sexo está servido por pinturas azucaradas y esculturas tan flacas de valor intrínseco como sobradas de pietismo infantil. No, esta misericordiosa no deja nunca de ser antes que todo el artista austero cuya piedad es grave también porque grave es el dolor ajeno que cae a sus ojos.

Miro trabajar a esta boliviana en grande a quien yo admiraba sin conocer, y me place su silencio bebedor de planos, de líneas, de colores, de todo lo visible, pero además, de los imponderables que o vuelan sobre la materia o se posan un momento sobre ella. Es el momento de la gracia, más rápido que el parpadeo... Nada del ojo del pájaro, voluble o atarantado. La meseta de luz óptima que fué la de su nacimiento la tuvo consigo la mitad de su vida; vino después, como segundona, su vocación de viajera, pero su errancia de hoy no es mero vagabundeo curioso o aturdido, la salvan de ese vicio criollo la seriedad de su carácter y la de su espíritu; nada mira ni toca ella a lo libélula ni a lo pájaro bobo; es el suyo un ojo que se hinca por amor sobre la pizca o la línea, siempre lento, nunca versátil.



"Cabeza Aymara" de Marina Núñez del Prado.

Siempre recuerdo cierta crítica de un mozalbete respecto de un indio sentado sobre una piedra en la ruta. El ojo no se movía de un punto, ni subía ni se abajaba y ningún caso hacía de nosotros. El francés dice de lo que no le importa: "C'est pas mon affaire". El indio antofagastino debía pensar lo mismo, pero además, él era como el asiático, la criatura capaz .de la mirada larga y lenta, realmente sorbedora, que de veras se alimenta sobre el verdor rural o que mastica las anécdotas del camino... Entre los defectos de nosotras las Evas criollas está una movilidad de pajarillo en la rama...

Marina Núñez del Prado escogió su arte bajo el imperativo de amor que le dieran sus montañas. Alabado sea Dios que la puso a criarse bajo la mirada de tan grandes y mágicas personas.

Ayuna de cultura pero no de sentimiento hacia esta rama nobilísima de las artes, yo procuro suplir la pericia con el fervor cuando veo las obras de Marina, pensando que el amor ensancha la pupila.

Ningún espectáculo de este mundo me engolosina tanto como el palpar la vocación y sus maravillas; tan feliz me ha hecho seguir la "saga" de la boliviana durante cinco horas que he querido dar a los míos estas migajas robadas del banquete que tuvieron mis ojos.

Se trata de una capacidad artística genial que ella regala, por generosidad, a una causa espiritual prestándole su prestigio pero sin caer en un lloriqueo lastimero y vacuo.

Marina Núñez del Prado ha puesto toda su obra prestigiosa a la empresa de sacar a la luz la desventura secular del indio. No podía escabullir a la criatura que hace horizonte en su medio visual. Corajudamente leal a la realidad boliviana, ella nos regala a manos llenas en su arte

aquello que es primero y más ancho bulto de su ámbito: su Adán y Eva aymarayes. Para hacerlo le ha bastado sentarse en cualquier ruta y ver pasar a sus trashumantes. Le ha bastado su preciosa memoria de la "nana" o nodriza " india que la vistió de pequeña, y de la otra que hirvió su sopa o amasó su pan en la casa solariega.

Y allá están en sus obras de maravilla las indiadas en el cerro apuñado por la fidelidad, a esta india sola cuyo pecho se funde con el chiquito hasta ser un solo bulto de milenario amor. En toda su obra, friso tan ancho, la india-madre y el indio caminante, el asunto indígena en general domina casi como una obsesión. Bien está, bien convenía a una generosa dar lo más y mejor precisamente a los ayunos de honra y de entendimiento en las patrias tropicales —asunto a la vez patente y soterrado, realidad cruda si las hay, drama que de visible y cotidiano grita sin ser oído a la luz del sol y grita en cada hora y en cada día. Esta mujer realista, no tocada de romanticismos sacarinos, asistida siempre de un realismo del mejor cuño.

Marina es ya el caso de un maestro. A esta categoría se llega generalmente hacia la vejez; los dioses que gobiernan la ruta hacia la maestría no la hacen corta ni blanda para sus ahijados, el escultor y el pintor. Para la boliviana genial la Gracia se ha apresurado pues su obra lanzada ya es ancha, y ya podemos decir de ella, sin caer en hinchazón, que ella "merece de la Patria" según la expresión popular. Pero la Patria suya rebosa a Bolivia; ella comprende toda su América india y mestiza. La fiesta es, por tanto, para todos nosotros.

BOLIVAR ETERNO

POR

JUAN CAPRILES

Hay algo nuevo bajo el sol y
es el ideal que surge del choque
de una voz.

J.C.

EVOCACION

Catolicismo, univérsitas
con tema de humanidades
y aquella de San Javier
excátedra de libertades.

Al toque de las campanas
oraciones monacales
a libertarios las horcas
y castigos eternos

Al santo Visorrey
las misas pontificales
y en la noche al clavicordio
pavanas reverenciales.

De las Audiencias quedaron
escritas Cédulas Reales
pero sobre todas ellas
las Indias Occidentales.

Oidores, Visitadores
y Jueces residenciales
oigan aquesta llamada
sin voces de querellantes.

Entre las tortuosas calles
las Iglesias Catedrales
vuelcan a luz sus campanas
por los bienes y los males.

Rumores de la Metrópoli
resonante vasallaje
y música de las Españas
que tañen nuevo cordaje.

Ya que cuando cae el día
es más ardiente el celaje
así diez fueron las galas
del tiempo del coloniaje.

Reflejos del dieciocho,
refinamiento y ultraje
en las Cortes disenciones
en las Coloias obrajes.

Y en esa Audiencia de Charcas
gobernantes de linaje
en efigie del Monarca
recaban más homenaje.

Entre blazones y escudos
son entre piedras encajes
y el barroco florecido
en orientales boscajes.

La casana de Oropeza,
espejos y cortinajes
y en ricos marcos dorados
Goyas, Murillos, Velásquez.

Candelabros, plata vieja
cedro enchapado el mueblaje
en un sitio arrinconada
un arpa sin el cordaje.

TRANSICION

Sustituye al rigodón
alegre fiesta de trajes
luces en triunfo los ojos
aún de la lucha brillantes.

Lindas, gráciles muchachas,
toca de tules y encajes
con los héroes de Ayacucho
cimbrea sus miriñaques.

Y la más bella, altiva,
viste de negro ropaje
y oculta orgullo de estirpe
y reclama vasallaje.

Indiferente a aquel nuevo
modo de formas sociales
llegó tarde y no distingue
a los jefes ni oficiales.

Como la igualdad campéa
no hay distinciones de traje
y "nadie es más que nadie" allí
como nos dijo Cervantes.

Un oficial, jerifalte,
de las palomas torcaces
se lanza, vuelo ligero,
a la del negro plumaje.

Banda de los coraceros
vibra así, como mensaje
de chacona y zarabanda
un estridente pasaje.

Igual destreza en la danza
como en batallas campales
y en lides con la belleza
emocionado lenguaje.

Y el eterno jerifalte
de las palomas torcaces
aprisiona corazones
al otorgar libertades.

Al danzar con la más linda
muchacha de alto linaje
quien ya declina su orgullo
al escaltado galante.

Ella como condesciende
a aquella voz insinuante
rompiendo hielo y silencio
dicele toda anhelante.

Vuesarced, que danza bien
será de estirpe brillante,
con el que no danzaría
es con Bolívar triunfante.

Odió con toda el alma
pues hizome todo ultraje:
a mi existencia a mi nombre,
al honor de mi linaje.

El vértigo de las batallas
en decisión fulgurante
pasó por él, febrilmente
así responde galante:

Si aquél al que más odiáis
viniese aquí, suplicante?
¡Mi abanico le pusiera
una marca en el semblante!...

Bolívar es, mi señora
vuestro feliz acompañante,
y sólo tendrá ventura
si le mirarais un instante

Ella tiembla al ver los ojos
donde fulgen libertades
y donde surgen distantes
sus sueños continentales.

Por tí (mujer) flor de mi América
he fatigado los Andes
y nunca tuve pesares
por ver tus ojos grandes.

Al querer una mujer
hace surgir libertades
y en el amor de la América
solidarizar ideales.

DON MISAEL SARACHO

POR

CIRO FELIX TRIGO

- **.Desconocimiento e ingratitud.**

TODAS las ciudades, villas o lugares de esta América hispana, que tan celosamente conservaron sus costumbres y acentuaron sus particularismos, siendo permanentes focos de localismos, han rendido culto a las armas. Con ellas bajo el brazo se ha vivido más de medio siglo, aún después de lograda la emancipación de España. Desde México a la Patagonía, el continente está harto de las glorias militares, de la bravura puesta a prueba en cien batallas y de

las frecuentes embestidas de los unos a los otros. Los caudillos y los guerrilleros que asombraron con su guapeza a los pequeños poblados, han causado ruína y miseria, dejando una secuela de perniciosas consecuencias como corolario de sus hazañas. Los motines, pronunciamientos y golpes de fuerza, a lo largo de nuestra agitada vida, han generado calamidades sin cuento, acentuándose su gravedad no por las ideas que se pregonaban, —con las que pretendíase justificar las alteraciones operadas— sino por el orden de cosas que establecían los triunfadores del momento.

Pero, no obstante el ruido de los sables y la efervescencia de las pasiones, América ha dado estadistas y pensadores de fuste, que combinaron el combate con el estudio, consagrando sus esfuerzos en beneficio patrio. En la generalidad de los casos, los varones singulares fueron víctimas del desconocimiento de sus virtudes por parte de sus coetáneos, se los vejó en vida y no se les reconoció lo suficiente la amplitud de sus méritos. Como flor propia de la tierra, se ha cultivado el desdén, la diatriba, la calumnia o la injusticia con aquellos que merecían las máximas consideraciones y respetos. Para mencionar solo tres ejemplos típicos de estos fenómenos de ingratitude popular, que las encarnizadas luchas de entrevero y la pasión política han dado como resultado, bástenos citar el motín contra Sucre, la prisión de Frías y el estigma de traidor con el que se quiso marcar a Gabriel René Moreno, como prueba de nuestros más graves extravíos, "fruto del sudamericanismo".

Con Juan Misael Saracho nos ha ocurrido lo habitual; es decir que no le juzgamos como a un ser excepcional, un espíritu selecto en el que no anida lo mediocre y un apóstol de la más seria y exitosa cruzada civilizadora que se ha efectuado en la república, desde su fundación hasta el presente. Su personalidad merece ser analizada bajo un triple punto de vista: el jurisconsulto, el pedagogo y el político. Estos tres aspectos constituyen el trípode sobre el que se asienta su fisonomía espiritual y significan los fundamentos en los que reposa el pedestal de su fama y de su gloria.

- **El arriero - abogado.**

Había nacido en Tarija el 27 de enero de 1850. Su madre, de noble abolengo, pertenecía a la familia Campero, estirpe de los condes de Yavi. Su padre fué un oficial de ejército que, decepcionado de la vida mundana, dejó sus galones para vestir el sayal del religioso. Quedó huérfano a temprana edad y, desde entonces, con el vacío incolmable de la madre para siempre ausente, comenzó a formarse por sus propios medios.

La plácida ciudad del Guadalquivir con su bello, perfumado y enervante ambiente, fué el escenario donde captó sus primeras impresiones, aquellas que dejan huella indeleble en el alma sencilla de los niños y hubo de ser testigo de sus alegrías, así como teatro de su más grande tristeza. Reír, vagar con los amigos, sentir el aguijón de las propias responsabilidades, percibir el mundo circundante y experimentar tempranas amarguras, he ahí lo que le debió a su tierra natal.

Enviado a continuar sus estudios en Sucre, fué en los claustros de su docta Universidad donde descolló como estudiante fervoroso y ávido de conocimientos. A la sazón la ciudad de los cuatro nombres contaba con profesores eminentes, formados con rigidez escolástica, severos e inquisidores. Existía un maestro que sembraba nuevas ideas, cuyo verbo revolucionario apasionaba a los jóvenes, deseosos de descubrir nuevos horizontes. Era el Dr. Benjamín Fernández, catedrático de Derecho Público Constitucional que, con su prédica de la doctrina positivista, renovó el espíritu universitario, formado hasta entonces sobre las bases proclamadas por el Derecho Natural.

El joven Saracho sintió que en su espíritu prendió la ideología liberal. Convencióse de la necesidad de difundir esas ideas. Y, con otros compañeros y amigos, se agrupó en una organización secreta para luchar por el liberalismo. A aquellos inquietudes respondió la fundación de la logia "El Porvenir", que en su nombre estaba señalado el objetivo y la meta de la ruta a seguir.

A los veintidós años de edad, Juan Misael Saracho recibíase de doctor en leyes en la Universidad Mayor de San Francisco Xavier. Conquistaba así un título profesional que le satisfizo en lo más recóndito de su alma. Pero, ¿qué hacer ahora frente a la vida? Primum vivere, deinde

philosophari. Preciso era satisfacer punzantes necesidades económicas para lo que urgía buscar medios de subsistencia. Y el novel letrado decidió a tentar en la arriería. Conduciendo bestias con cargas, viósele de un lugar a otro. Probado estaba que las mulas rendían mucho más que los pleitos.

Al cruzar una calle de Sucre, en momentos que preparaba viaje de l retorno a Potosí, el arriero-abogado fué sorprendido por una voz que le llamaba por su nombre. Revolvió y miró con sorpresa que venía hacia él un respetabilísimo caballero. Era don Manuel Molina, probo y gran jurisconsulto, a quien los estudiantes temían encontrarlo, pues donde hallaba a sus alumnos solía plantearles complicadas preguntas, inquiriendo términos, pidiendo respuestas categóricas y, en síntesis, examinándoles ipso facto y en vía pública.

—¿Qué es de su vida. A qué se dedica Ud. joven Saracho?, preguntó el Dr Molina.

—Y el ex-alumno respondió, cohibido por lo inesperado de la interrogación. Estoy trabajando en un negocio de mulas.

—¿Para eso ha estudiado Ud. Derecho?, gruñó socarronamente el jurisperito.

El flamante abogado, visiblemente confundido, sintió que la sangre se le agolpaba en el rostro y siguió su camino.

- **Cursus honorum.**

Encauzando sus impulsos vocacionales, decidió se a crear un plantel .de enseñanza. Previa la autorización del Consejo Universitario de Chuquisaca, fundó en 1879 el "Liceo Porvenir" en la población de Camargo. E inició así su fecunda labor de maestro. El establecimiento escolar fué desarrollándose satisfactoriamente y alcanzó merecido renombre, habiendo llegado a funcionar hasta cuatro cursos de instrucción secundaria. Su nombre respondía a los compromisos adquiridos en su mocedad, en su calidad de conjurado de la logia que propugnaba reformas institucionales y el progreso .del país.

Como segundo jefe del "Escuadrón Camargo", perteneciente al regimiento "Libres del Sud", Saracho marchó a Tacna en defensa de la Patria. Visitó Lima y luego regresó a Cinti para continuar dirigiendo el liceo a su cargo. En 1883 abandonaba Camargo, donde había formado su hogar, para establecerse en Potosí, acompañado de su digna esposa, doña Rosaura Gutiérrez.

En la Villa Imperial inicia una nueva vida, laborando tesoneramente y afirmando sus prestigios. Aquella interrogante planteada por su viejo maestro constituía permanente preocupación para Saracho. Si había estudiado leyes, se sentía moralmente reatado a la obligación de ponerse a su servicio.

Ejerció con ahínco y con brillo su profesión de abogado y, asimismo, desempeñaba las funciones de profesor de la Facultad de Derecho. Fué Inspector de Escuelas, Munícipe, Presidente del Concejo, Director del Colegio Pichincha y Rector de la Universidad. Con verdadera competencia y patriotismo se desarrolló en tan múltiples como importantes funciones, imprimiendo en todas ellas el sello de su gran talento, su espíritu innovador y progresista, así como su maravillosa eficiencia.

Convencional por Potosí a la Asamblea Constituyente de 1899, Tarija lo eligió Senador en 1902. Fué Ministro de Instrucción Pública y Justicia, de Gobierno y Fomento y de Relaciones Exteriores y Culto. Elegido segundo Vicepresidente en el período constitucional de Eliodoro Villazón, ejerce la primera magistratura de la nación por breve tiempo. Alcanzó la primera Vicepresidencia durante el gobierno de Ismael Montes. Y su nombre era proclamado candidato presidencial para el período constitucional 1917-21.

- **El jurisconsulto.**

Siguiendo a Pascal, persigamos la divisa de estimar al hombre, ahora, en lo justo. Ese constituye un anhelo al que debiéramos alcanzar para valorar en su esencia y realidad a las figuras epónimas de nuestra historia. Han pasado ya treinta años de la muerte de Juan Misael Saracho y pensamos que el fuego de las pasiones se halla apagado por el curso del tiempo, pudiendo delinarse con serenidad los perfiles de su personalidad.

Fué Saracho un eminente jurisconsulto porque dominando la filosofía jurídica a base de estudio tesonero y de su contacto diario con los buenos libros, estaba dotado de una clara inteligencia, de una penetración intensa y profunda y de un discernimiento poco común. Sus argumentos eran convincentes y sus conclusiones representaban modelos de firmeza por los sólidos raciocinios que las precedían. De ahí porque sus opiniones jurídicas, manifestadas en asuntos graves y de trascendental importancia, eran aceptadas por las autoridades del foro.

Su profundo conocimiento del Derecho y la legislación fué puesto en evidencia cuando desempeñaba la cartera de Justicia (1904 -1908), habiendo sido fecunda su labor y de provecho para el país. "Tenía la convicción íntima de que las reformas progresivas en materia de legislación, —dice J. Félix Rojas— son las más benéficas cuando responden a imprescindibles necesidades, y con la observación y la experiencia de largos años en la carrera del derecho, sometió a la consideración del Congreso Nacional numerosos proyectos de ley, los que en su mayor parte han merecido la sanción legislativa; a él se deben las saludables reformas judiciales de 19 de diciembre de 1905; la supresión de los derechos procesales que ha consagrado la gratitud de la administración de justicia; la del uso del papel sellado y timbre en relación a la importancia de las cuestiones judiciales y otro género de transacciones y de contratos, creando una renta efectiva y saneada en beneficio positivo de una gran parte de los servicios públicos; la de jubilación de los funcionarios del ramo judicial, que han llenado un deber de justicia para con todos los que han consagrado sus energías a la sagrada misión de dar a cada uno lo que es suyo, estimulando así a la magistratura que ya no tiene un futuro incierto para el ocaso de la vida... El doctor Saracho, fué quien introdujo la saludable práctica de la concurrencia del Poder Ejecutivo a la reapertura de los años judiciales, acto verdaderamente solemne en el que los encargados de administrar justicia, rinden al país la pública cuenta de sus labores anuales.

- **Pasión por la enseñanza.**

El verdadero espíritu pedagógico es muy raro y las orientaciones de alto vuelo en esta como en otras ramas del pensar humano, solo son dadas por seres excepcionales que, escapando a la generalidad presentan dotes especiales que dependen de un instinto personal. Pues bien, Saracho es el maestro por antonomasia y resulta inigualable en el campo de la educación. Solo admite predecesores dignos como fueron Tomás Frías, Samuel Oropeza y José Vicente Ochoa. Su obra es gigantesca y, no obstante los intentos que se han hecho para corregirla o modificarla, pese a las innovaciones o llamadas reformas, lo único que se ha logrado es desvirtuarla con la imitación, la importación y el exhibicionismo, como decía Bardina. Lo que se mantiene todavía en pie —aunque con las ruinas propias de un edificio que no se repara— es la organización cuyas bases y lineamientos estableció firmemente el Ministro Saracho, de quien se puede repetir, sin incurrir en exceso, lo que ya se expresó al juzgar su obra diciendo que es "el más grande de los ministros de instrucción que ha tenido Bolivia".

No queremos con ello inferir un agravio a los sucesores del Dr. Saracho. Los demás Ministros de Instrucción —como afirma don Luís Arce Lacaze— "han tenido mucho patriotismo y muy alta ilustración, pero no llegaron a poseer esa vocación excepcional que en cierta medida hace a los buenos maestros, y en mayor escala forman los Pestalozzi, los Mann y los Sarmiento".

Veamos, a grandes rasgos, en qué consistió la obra educacional del Ministro Saracho. Ella está ampliamente contenida en las Memorias de Justicia e Instrucción de 1904 a 1908, constituyendo las más brillantes páginas de la historia administrativa de nuestro país. Consignan innumerables disposiciones legales en las que se halla establecida la nueva codificación de la enseñanza, "hecha por un solo hombre y llena de iniciativas personales".

Desde luego, hay que dejar por establecido que el Dr. Saracho llegó al Ministerio de Instrucción después de haber demostrado las más encomiables condiciones de educador excepcional. Larga era su carrera de triunfos como maestro, pues primero en Camargo y, después en Potosí fué escalando merced a sus relevantes cualidades, desde la conducción de las escuelas primarias municipales hasta la enseñanza superior.

Su primer empeño, en su calidad de Secretario de Estado, fué la obtención de recursos económicos para crear nuevos establecimientos Y dotarles de los medios necesarios. Es así como de ciento treinta mil bolivianos, que era el total del presupuesto de instrucción en 1904, subió a más de dos millones de bolivianos en 1914. Para lograr tal finalidad, Saracho presentó al Congreso un proyecto de capitalización, que fué desechado, habiendo obtenido sin embargo el recargo del 5 % sobre impuestos aduaneros, concentrando en el tesoro nacional los gravámenes a la goma y las patentes mineras. De este modo, logrose centralizar los recursos para el servicio de instrucción, que fué nacionalizado, evitándose la dispersión de fondos que antes percibían los tesoros departamentales.

Encarado el aspecto material de la enseñanza, Saracho dió la más grande significación al factor humano: la formación del maestro. Relievaba su trascendencia, en la Memoria de 1904, con las siguientes palabras: "Séame permitido repetir una vez más que todo progreso en la educación tiene que descansar en el buen maestro, y dadas las condiciones actuales del magisterio, no podemos esperar una transformación sin elementos nuevos". Por eso proponía: "Formar sobre una base más sólida el profesorado nacional, enviando a que se eduquen en el exterior y por cuenta del Estado, jóvenes aptos, en número suficiente". En cumplimiento de este propósito, venciendo enormes dificultades, logró enviar al extranjero aproximadamente doscientos becados.

Pero no bastaba mandar pensionados al exterior; preciso era contratar profesores extranjeros para que impartieran en el país la cultura suficiente a los maestros nacionales del futuro. Su criterio, al respecto, era de un elevado nacionalismo, comprensivo de la realidad boliviana. Proclamaba sobre este punto: "Debo decirlo con entera lealtad y franqueza: soy partidario del elemento nacional pues que el extranjero, por inteligente que sea, nunca puede tener las abnegaciones propias del patriotismo, y la experiencia ha demostrado que el elemento extranjero es demasiado exigente y casi siempre mira al país con un desdén, que no guarda armonía ni con la calidad de los servicios prestados, ni con el respecto que tenemos derecho a exigir".

Dura fué la lucha entre el Estado, que trataba de poner bajo su control toda la enseñanza del país, y los establecimientos particulares, que pretendían mantener sus prerrogativas a todo trance. En la sesión de la Cámara de Diputados celebrada el 18 de agosto de 1904, Saracho responde con admirable aplomo a la petición de informe sobre la supuesta clausura del Seminario de Cochabamba. El Rector del Seminario como el Obispo de aquella diócesis, resistían el cumplimiento de la ley, infringiéndola en lo concerniente a los tribunales examinadores. La actitud del Ministro de Instrucción, cooperado por el Cancelario Dr. Rafael Canedo, fué de gran firmeza. En esta pugna, —que los espíritus simples llamaron "la cuestión de los sillones"— se impuso la autoridad estatal, que se hacía extensiva a todos los establecimientos de enseñanza y se cancelaron los privilegios que querían retener aún elementos de la clerecía. Mereció el personero del Ejecutivo un voto de aplauso que el discernió la Cámara por encontrar que su actitud se hallaba encuadrada "dentro de la ley y de los principios liberales que rigen nuestras instituciones".

Son obras suyas, llevadas a feliz término desde la iniciativa hasta su culminación, en un ambiente donde la acción se hace difícil por "el espíritu teorizante y obstaculista que presenta nuestro país más que ningún otro, la fundación de colegios primarios para señoritas y niños en todas las capitales de departamento; la implantación del Conservatorio Nacional de Música; la profusión de escuelas de provincias en todos los ámbitos de la República; la creación de escuelas ambulantes para indígenas; la creación de escuelas prácticas de minería en Potosí y Oruro; el establecimiento de la escuela de comercio de esta ciudad y de las clases especiales de estenografía y dactilografía; la fundación del museo y biblioteca pedagógicos; el establecimiento del servicio de visitadores de escuelas de provincia; la contratación de profesores y profesoras normalistas; el envío de pensionados al exterior, el envío de útiles y materiales de enseñanza a

toda la república; la profusión .con que se han repartido textos de enseñanza; la distribución anual de premios en libros y diplomas escolares, como el mejor medio de estimular la contracción y la competencia, etc., etc El plan general de estudios y organización de la instrucción primaria y secundaria; los programas y cuestionarios de la facultad de derecho y de enseñanza secundaria; el decreto de 19 de enero de 1904 sobre exámenes para obtener el título de abogado; la formación de la matrícula nacional de profesores; las disposiciones sobre jubilación de funcionarios de justicia e instrucción; la gratitud de la enseñanza en todos sus grados y la reglamentación general de exámenes, sobre un plan uniforme y científico".

De estas realizaciones, cuya enumeración pormenorizada sería demasiado extensa, conviene destacar que bajo la certera y eficaz administración .del personero liberal, ya se inició, en forma práctica la instrucción del indio, mediante la creación de escuelas ambulantes y el otorgamiento de premios pecuniarios, —lo que a la sazón sirvió para que determinados quidams tomaran a la fisga la iniciativa—, sin comprender la trascendencia de sus proyecciones. Mediante novedoso decreto de 15 de marzo de 1905, se asignó premios para quienes se dediquen a la educación indigenal, dando a razón de "veinte bolivianos por cada alumno al que se hiciere saber leer, escribir, las cuatro operaciones y hablar español". He ahí los conocimientos elementales que hay que impartir a los indios para incorporarlos a la vida cívica de la nación. Ese y no otro es el camino que, tarde o temprano, habrá de recorrer la masa indígena si quiere actuar en el concierto civilizado. Toda otra irrupción prematura de la gran población originaria solo tendrá carácter de asonada de aborígenes dentro de la cual perderán su ritmo pasado, sin alcanzar nada nuevo de provecho ni para ellos ni para la colectividad boliviana. La educación indigenal y la reforma agraria, son los únicos medios por los cuales el indio conquistará una efectiva vida mejor.

Con admirable visión, en el decreto de 6 de abril de 1905, se fijaron normas precisas para el desempeño de profesiones técnicas, persiguiéndose dos grandes finalidades: capacidad y responsabilidad. Lo lamentable es que, pese a la vigencia teórica de tan sabia disposición legal, nada se haya hecho por cumplirla con estrictez, con lo que se habría evitado tantos errores, el predominio insolente de los empíricos y el desprestigio de la ingeniería nacional, donde los impostores usurpan muchas veces títulos que no poseen. Además, el Ministro Saracho en el presupuesto de 1905 proyectó ya una partida para la creación de una facultad de ciencias exactas, físicas y matemáticas; demostración palmaria de la urgencia que existía de dotar de técnicos al país, disminuyendo la plétora de curas, militares y abogados.

"La batalla contra la incultura en América —apunta certeramente Luís Arce Lacaze— tiene que ser ardua, tensa, compleja, tiene que bifurcarse en todas direcciones, tiene que alcanzar cierta ubicuidad, tiene que usar todas las tácticas imaginables y estar dirigida por la estrategia más sabia, más abierta, más múltiple, y aun así, en esa batalla no alcanzaremos el éxito sino en cierta medida y mediante una lucha muy perseverante, muy ruda y muy larga". En dicha batalla, ninguno como Saracho fué más esforzado abanderado y militante decidido. La nación le debe cómo al que más sus denodados sacrificios por alcanzar una vida mejor, más culta y civilizada.

- **El político.**

Hace sesenta años que Potosí daba a la república el espectáculo de un gallardo florecimiento. Modesto Omiste, Demetrio Calbimonte, Juan Misael Saracho y otros fueron los generadores de aquel resurgimiento.

Domiciliado en la Villa Imperial, Saracho tomó su pluma con el ánimo juvenil y heroico con el que los patriotas, en momentos de lucha por conservar la integridad territorial, empuñan el fusil. Para combatir por la libertad. Supo interpretar en todo 'su valor el significado de la lucha, la hora del liberalismo en el mundo. Su contribución a la prensa opositora, al conservantismo, fué de alta calidad. En "El Tiempo" y otros periódicos de la Ciudad única abrió los fuegos de la campaña liberal e hizo sus armas de periodista, precisamente cuando el jefe del liberalismo echaba las bases de su partido y cuando don Mariano Baptista, con la alianza demócrata-constitucional, jefaturizaba el bando conservador.

Después de una oposición aguerrida, dignísima por lo dilatada y altiva, el liberalismo llegó al poder con la revolución del 12 de diciembre de 1898. Saracho tenía derecho propio a ser uno

de los conductores de la nueva situación. Y Potosí lo acreditó como su representante a la Asamblea Constituyente de 1899. Discutiase acaloradamente en Oruro acerca de la forma: que debía adoptar el Estado: si el régimen federal o el sistema unitario.

"Dentro de la ardiente discusión, —expresa Fabián Vaca Chávez— frente a las huestes disciplinadas del federalismo, por encima de la frondosidad retórica de los reformadores, surge la dialéctica serena y fuerte de Juan Misael Saracho, líder el más caracterizado del régimen unitario". De este hombre público se puede decir verazmente que no es del norte ni del sur, del este ni del oeste. Con alta ecuanimidad y un ponderado espíritu integralista, vela por los intereses de la nación, procurando destruir "la fatal carcoma de los regionalismos". Y en la gran polémica, sale airoso y firme. Bolivia continúa siendo una república unitaria.

El convencional potosino ha mostrado al país nuevas facetas de su personalidad. Y su actuación en la magna asamblea de 1899 ha descubierto al político, ha puesto en evidencia al orador y ha destacado los relieves inconfundibles del prócer, cuya fulgurante y ascendente carrera pública solo va a encontrar término con la muerte.

Sereno, ecuaníme, tolerante, se distingue por la profundidad de sus juicios. Es un liberal aristocrático, amigo de la selección que prefiere la evolución progresista a la revolución atropelladora, atolondrada y equívoca. Temperamento contrario a cualquier violencia, sorteaba todas las dificultades que a cada momento se presentan en la vida del estadista con la prudente sonrisa del diplomático. Discípulo de Marco Aurelio fué como le calificaron quienes tuvieron oportunidad de frecuentar su trato. Se complacía —aseguran los que le conocieron y vieron actuar— en repetir la fórmula en la que el príncipe de Bülow ha sintetizado su experiencia de gobernante y la hacía suya: "Fanático cuando se trata del bien y del interés del país y de la razón del Estado; idealista en los fines; realista en la práctica política, y escéptico en cuanto se trate de los hombres, de la confianza que merezcan y respecto de su gratitud". Llegó a convertirse, mediante grandes esfuerzos cívicos, en un conductor nacional indiscutido, contando con la capacidad necesaria para guiar colectividades y el peso de su gran autoridad moral.

La lectura constituyó el intenso placer de toda su existencia. Leía a Rousseau, Locke, Spencer o Herbat, bebiendo las enseñanzas de los clásicos e informándose de las obras pedagógicas con el conocimiento desde Aristóteles y Platón hasta Alfieri, Fenelón, Froebel, Sarmiento y los maestros norteamericanos.

Miembro del Ejecutivo y Presidente del Congreso en varias oportunidades, fué el dirigente sagaz que supo establecer un vínculo de armonía entre los poderes del Estado. En cierta oportunidad, expresó en el Parlamento: "No veo en vosotros a los afiliados en esta o en aquella agrupación política, con esta o aquella tendencia; solo os considero como el exponente del carácter, de la cultura y del patrimonio boliviano, para pedirlos, en toda ocasión, que honréis a Bolivia con vuestros actos. Corresponde al Parlamento fijar la verdad legal, los ideales hacia los que debe dirigirse el pueblo, afianzar su fe en los principios, y solidarizar los intereses de la patria con los de la humanidad".

En la inauguración de las sesiones ordinarias de 1915, en su calidad de Presidente del Congreso Nacional, intuyendo acaso su próxima desaparición del escenario de la vida, Saracho expresó, a manera de testamento político, estos conceptos: "Pongámonos pues a la obra con fe, y sobre todo con ese verdadero patriotismo que suele hacer milagros, relegando a segundo término nuestras querellas personales, nuestros exagerados apasionamientos; pensando que las personas y los pequeños intereses son efímeros ante los grandes intereses de la patria, que perdurarán a través del tiempo, cuando de nosotros, modestos factores del momento presente, no quede ni el recuerdo de nuestro paso. Y estas son las abnegaciones que tenemos el deber de rendir como tributo a esa gran entidad colectiva que se llama Bolivia y que debe absorber para su vitalidad cuanto haya de noble en nuestra existencia".

* * *

Preconizado por el partido liberal como candidato a la presidencia de la república para el período 1917-21 y contando con el auspicio popular, sus fuerzas físicas comenzaron a flaquear

debido a una antigua dolencia. Una hernia minaba la salud del líder y la falta de una oportuna intervención fué debilitando su organismo.

Con modestísimos recursos, pues sólo se le pagó el mes vencido y el corriente de su dotación como primer Vicepresidente de la Nación, emprendió viaje a la República Argentina, donde debía someterse al examen y curación de médicos competentes. Pero una fuerte pulmonía que cogió en el trayecto, imposibilitó proseguir en la jornada. En el camino le sorprendió la agonía, falleciendo en Tupiza el 14 de octubre de 1915.

Por su vida y por su muerte, Saracho concentra en sí una levantada acción patriótica, sobre la que comienza a pronunciarse el juicio sereno y válido de la historia. En el curso de su existencia, sembró y cosechó simpatías íntimas. De él, sintéticamente, ha expresado José María Suárez: Firmeza de carácter, ilustración amplia, honradez, laboriosidad, sinceridad, tolerancia: eso era Saracho.



TAMBIEN AYUDA LA FILOSOFIA

POR

JOSE VASCONCELOS

ES evidente que los métodos de la diplomacia moderna tienen mayor amplitud y eficacia que la diplomacia antigua. Se limitaba ésta al intercambio de funcionarios dedicados a observar y callar y si era necesario, engañar. El Cuerpo Diplomático moderno, en cambio, trabaja en equipo. Surgieron primero los Atachés Militares, que eran como el ojo de los ejércitos respectivos y en rigor poco útiles. Vinieron después los Atachés Comerciales, muy necesarios para el desarrollo de las relaciones económicas. Les siguieron los Agregados de Prensa que fomentan el conocimiento detallado de los pueblos que se relacionan. Y en los últimos tiempos se generalizó el intercambio de Agregados Obreros que han puesto en comunicación amistosa a la clase trabajadora de los distintos países.

El Delegado Filósofo es ahora la última palabra en la actividad diplomática y los resultados de su gestión comienzan a ponerse de manifiesto en forma sumamente fecunda.

El Delegado Filósofo tiene la misión de informar cuál es el pensamiento íntimo de la nación, cuál es la doctrina superior, moral y estética que se cultiva en los medios universitarios. El Delegado Filósofo dicta y publica conferencias sobre el pensamiento teórico más elevado que están creando sus paisanos.

La América Española ha comenzado a recibir a estos enviados oficiales de la mentalidad norteamericana, en la persona de Patrick Romanell pensador todavía joven, pero cabalmente representativo de lo que ocurre en su patria en el orden mental.

Romanell inició sus trabajos diplomático-filosóficos, en la Casa de la Cultura Ecuatoriana de Quito, en los meses de febrero a marzo de 1956. Los temas que allí expuso están siendo discutidos actualmente en la Universidad Autónoma de México. En ellos se exponen los rasgos esenciales de la filosofía norteamericana, según algunos de sus más altos representantes. Aparte de los nombres ya conocidos en nuestro ambiente, los de Dewey y Santayana, por ejemplo, el Profesor Romanell da a conocer la obra de filósofos como Woodbridge, para quien el mundo no es sólo objeto que debemos contemplar a través de un microscopio. "La experiencia espiritual también, nos enseña, constituye una experiencia de la naturaleza y es ésta la sola experiencia que estimula e inspira el vivir.

Nos da también cuenta Romanell de figuras como la de Morris R. Cohen, una de las más interesantes y originales del pensamiento filosófico de Norteamérica. Su tesis de la "polaridad", extraída de lo más recóndito del saber científico sobre la naturaleza, nos descubre una de esas categorías específicas de la conciencia. Constituye una de esas intuiciones fundamentales y nos pone de manifiesto el eje nervioso del sistema dinámico universal. Intuiciones esenciales como la del "yen" y el "yin" de la filosofía china, y en el fondo, nos inclinamos a creerlo, idénticas a la teoría del ritmo que supone un proceso de contrastes encaminados a lograr por medio de la coordinación, un tipo de armonía constructiva y creadora.

La polaridad se inicia en el átomo, con la carga positiva que determina las reacciones de la negativa y se repite en el ánimo, en las funciones de la voluntad que son vivas y no abstractas. En la penetración de todos estos misterios de una lógica orgánica, Morris Cohen nos ha dejado una valiosa contribución.

Meditando en este gran pensador que es Cohen, se da uno cuenta de la responsabilidad que pesa sobre los directores de las Facultades de Filosofía de la América Latina, que han atiborrado las cabezas de nuestros universitarios con los "supuestos" y las "reducciones" más o menos husserlianas del idealismo alemán, sin dejarles una sola hora durante la cual pudieran haberse enterado del pensamiento vivo y coherente de un Morris Cohen, tan lejano del otro Cohen, el de los neo-kantianos. El neo-naturalismo norteamericano, nos dice Romanell, se pronuncia contra la "bifurcación" iniciada por Descartes entre el hombre y la naturaleza. A Descartes lo señala Romanell como el "padre de la confusión moderna", porque el hombre no puede entender el mundo saliéndose de él, sino permaneciendo en él. En cambio, el neo-naturalista insiste en mantener la continuidad del hombre y la naturaleza.

Nos presenta Romanell con claridad el pensamiento de su Maestro Montague, según el cual, el neo-naturalismo es una reacción contra el mecanicismo. "La ciencia no tuvo éxito al querer llevar a cabo, de una manera convincente, el programa mecánico, y hoy ningún físico cree en la posibilidad de su realización". Por lo mismo, la ciencia ya no constituye la busca de la certeza o sea algo que debe aceptarse fanáticamente, según lo predica ingenuamente nuestra pobre Constitución Política mexicana; por lo que, ciencia y religión como tales, no son necesariamente irreconciliables. Al contrario, representan formas diversas de organizar y evaluar los múltiples hechos de la experiencia.

Se explica que con estas doctrinas, la misión de Romanell no podrá ser muy bien aceptada por los grupillos semi-comunistas que abundan en algunas universidades de nuestro Continente, pero en cambio, disipan muchas dudas y abren horizontes nuevos.

El positivismo del siglo XIX y el marxismo contemporáneo, el primero con su seguridad ramplona y el segundo con su fanatismo demoledor, no encuentran ya sitio en el pensamiento de Norteamérica. Es bueno que esto se sepa en los territorios de nuestras filosofías americanas.

La misión de Romanell, en consecuencia, no es sólo novedosa en la diplomacia, sino que tendrá que ser útil y fecunda en la filosofía de nuestras patrias americanas.

Antes de ejercer su docencia en las cátedras de filosofía de la América Española, el Profesor Romanell inició sus trabajos de Delegado del pensamiento norteamericano, en la

Universidad de Turín, en donde, como Profesor Visitante, dió conferencias que corren publicadas en un volumen bajo el título: **Verso un naturalismo crítico.**



7



Mujer del valle

Foto Telecine

LA PRODUCCION POETICA DE NICOLAS ORTIZ PACHECO

POR

JOAQUIN GANTIER

CLAUDIO PEÑARANDA, el poeta de "Cancionero vivido", agitó el espíritu de los jóvenes sucrenses abriendo el año 1944 la "Tribuna de la Juventud" en su diario "La Mañana", La mesa de redacción estaba formada por Nicolás Ortiz Pacheco, Alberto Ostria Gutiérrez, Germán Costas Reyes, Antonio Landívar Ribera y Adolfo Vilar.

Aquellos tiempos eran de tanta inquietud por el cultivo de las bellas letras que se congregaban alrededor del citado Peñaranda y Jorge Mendieta, los escritores Rodolfo Solares Arroyo, Nicanor Mallo, Alfredo Jáuregui Rosquellas, Adolfo Costa du Rels, Gregorio Reynolds, René Calvo Arana, y comenzaban a borrar sus cuartillas Ignacio Prudencio Bustillo, Vicente Donoso Torres, Roberto Guzmán Téllez, Alfredo Palacios, Ismael Vilar, Luís Trigo y otros.

Peñaranda reunía a los jóvenes para enseñarles desde saber apreciar un trozo de lectura hasta componer otro que mereciera ser publicado.

A principios de 1913 no era conocido aún Gregorio Reynolds y sólo como traductor de obras francesas Costa Du Rels. Ante aquél, Peñaranda ofrecía su voz de aliento, segura de que alcanzaría el nombre de gran poeta de Bolivia, cuando no era para sus amigos, sino "El Bolivia". Del último, decía: "sólo conocíamos como a discreto a más de bien preparado crítico teatral y hábil traductor de comedias francesas. Vaya un apretón de manos al compatriota que ha sabido hacer notar una nueva faz de su talento en un certamen extranjero tan' importante". (1). Se refería a que "Les annales politiques et litteraires" de París había concedido mención honrosa a Costa Du Rels en el concurso de sonetos convocado en conmemoración del poeta de "Los Trofeos", José María de Heredia.

La juventud de "La Mañana" era audaz, y como adicta al partido Liberal doctrinario se había declarado enemiga acérrima del clero. Por aquellos años, los jesuitas P. Francisco de la Cruz y p, José María Ponce de León atraían a la sociedad sucrense con sus pláticas, conferencias y sermones. Si profundo era el Padre de la Cruz, brillante se mostraba con su galana oratoria el Padre Ponce de León. Entonces, "La Mañana", atacó violentamente al Padre de la Cruz, pero al frente se hallaban los periódicos "La Capital" y "La Industria", armándose sonadas polémicas. La más famosa tuvo por motivo el pleito entre al arzobispado y la municipalidad por el local de Santa Mónica, donde los jesuitas fundaron el "Colegio del Sagrado Corazón, Los liberales doctrinarios de "La Mañana" no cejaban de profetizar el triunfo que obtendría la causa profana, y, sin perder ocasión favorable o adversa transcribían demandas, réplicas, escritos y sentencias del largo proceso, en el que se distinguían defendiendo los derechos de la Iglesia, el canónigo don José María Fernández de Córdova, el doctor don Román Paz y don Mariano Rosquellas. Son de notar los epígrafes de los artículos combativos de "La Mañana", así a una de las sentencias, la llamaban "El affaire de Santa Mónica" y a "La' Capital" "el periódico clericanalla". Mas, no sólo fué polémica, sino que esa juventud se mostró tan violenta en sus actos que desdecían de la cultura sucrense, como rompiendo a pedradas las vidrieras del colegio de los jesuitas y con otros hechos que no es del caso mencionar aquí.

Nicolás Ortiz Pacheco, lejos de las polémicas y violencias de sus compañeros, se mantuvo como el escritor que obedece el placer que brinda el alcohol y el amor.

**"Sensitivo y sensual, desde temprano
supo verter del corazón el fuego".**

y a lo largo de su azarosa vida cantó a la flaqueza humana, sin intentar redimirse de ella. Seguro de ser un esclavo no encontraba la libertad, ya que la fe aprendida en el hogar se le escapaba, ¿A quién acudir? Al Arte, él era el supremo bien.

Este considerar el arte como el único refugio a sus ansias insatisfechas, la sinceridad para expresar sus sentimientos, el dolor y desengaño recibidos y el exaltar el pecado lo caracterizan. En la forma, siguió los moldes clásicos, y para dar fuerza al sentido y expresión, usó la palabra repetida, como en "Responso":

**Yo canto la tristeza y soy tristeza:
Tú, que soñaste cumbres, fuiste cumbre
y fué tuya mi diosa, la belleza".**

O en "Consuelo a un poeta".

**"La vida sin pecado es un pecado
de lesa humanidad y lesa vida".**

- **La mujer.**

Examinemos primeramente uno de sus temas predilectos: la mujer. Para las producciones de sus últimos años la meretriz y la mujer falaz, para las primeras inspiraciones la mujer pureza, aquélla que, por llevar nombre de ternura, sabe de prodigios y milagros: la madre, mejor, su madre.

Comenzó a escribir cuentos y versos en la revista "Páginas escogidas" y "Del amor y de la vida". En el diario "La Mañana" del 18 de febrero de 1914 tiene un artículo de crítica social titulado: "Así es". "El bello sexo en Sucre —dice— es infinitamente superior al feo...

"Del misticismo seguramente se deriva la educación que aquí se da a las jóvenes, y de la educación recibida en los primeros años de la infancia y juventud se cosecha después madres santas, esposas intachables e hijas modelos".

Tenía razón al encomiar la virtud en la mujer chuquisaqueña. Todos la reconocen. Para cita será suficiente la del fecundo escritor Fernando Diez de Medina que, lleno de sinceridad y con honda emoción, declara: "Casé con chuquisaqueña, porque soñé que mis hijos crecieran amorosamente en la virtud y en la hermosura de la castidad cristiana. Y aquí diré, públicamente, que mi dicha de hombre y mi ventura de escritor, las debo a Charcas inmortal, porque de su cielo propicio vino la estrella de mi hogar: doña María paz Campero". (2).

Volviendo a Ortiz Pacheco, pregunto: —¿Qué mujer daba aliento a su pluma que se iniciaba? No podía ser Gabriela Mistral, la que iba "Conociendo el sentido maternal de todo"; tampoco la italiana Ada Negri con su exclamación: "¡Acuérdate! ¡Acuérdate! Así lloró tu madre en los días lejanos". Era su madre, doña Clementina Pacheco de Ortiz, la mujer sencilla y la gran matrona, la que lloraba por el hijo descarriado y éste sentía ser el causante de su dolor.

El artículo de referencia, que apareció hace más de ocho lustros, concluye así: "¿por qué no se hace de Sucre un vergel —conservatorio de filigranas del espíritu, en vez de permitir que Sucre sea nada más que un lugar donde las mujeres rezan y los hombres se aburren y hacen chistes fáciles?— Esto no comprendo ni comprenderé jamás".

Frente a este **jamás** de Nicolás Ortiz Pacheco pongo el **siempre**, y lo subrayo en dos aspectos: siempre a don Nicolás le ha acompañado su madre, porque le oí repetir su nombre con fervorosa ternura y porque siguió escribiendo de la mujer y de la madre. El otro **siempre** es en el sentido del "chiste fácil", no en el del tonto o vulgar, sino del espontáneo, ya que a él, precisamente le brotaba a flor de labios, porque el arma del ingenio fué tan suya que nadie se atrevía a combatir con él, y ¡ay! del que lo hiciera, que le veríamos burlado y escarmentado.

Algunos cuentos y varias poesías quedan de su juventud dedicadas a la madre. Ya hombre maduro escoge motivos para rendir culto a la mujer, como en su artículo "Una gran dama", la hija del Dictador Linares, queda admirado ante "la virtuosa y sufrida madre". Después de señalar con maestría las virtudes que adornaban a doña Sofía Linares de Walker Martínez,

dice que "especialmente en la mujer, la suprema virtud no es otra cosa que el equilibrio de varias virtudes independientes y solidarias a un mismo tiempo"... "la esposa no superó a la hija, ni la madre a la esposa, porque simplemente, todo fué adecuado, de manera admirable, a las imposiciones del deber". (3). Así, Para Nicolás Ortiz Pacheco, el bohemio, que, como hombre olvidó muchas veces sus deberes, como escritor tiene un concepto exagerado de la mujer, puesto que anhela una tan perfecta que escapa al corriente de lo humano.

La revista "Claridad" de la Sociedad Filarmónica Sucre en su N° 7 trae la poesía de metro alejandrino titulada "Al oído", y en la última estrofa, Ortiz Pacheco se siente un niño a la par que el hombre de remordimientos por no haber rendido halagos a su santa madre. Al oído de la amada le dice:

**"Más que la dama mía, sé nueva madre mía:
yo te haré los halagos que a mi santa no hice.**

**Y cuando trueques esta mi pena en alegría,
sentirás que del cielo mi madre te bendice".**

Como llamando en su auxilio a la que le dió el ser, en "**Maternal**" a la madre de sus hijos:

**"Si es débil la mujer, la madre es fuerte:
ella es sostén y amparo del infante:
ella es escudo, y siempre está delante,
y se rinde tan sólo con la muerte,
Ella, que nunca el sacrificio mide:
ella, la del deber sacerdotisa:
ella, que da su vida, apenas pide
un beso, una sonrisa..."**

A la mujer amor verdadero recurre en su soneto "Ora por mí" para pedirle:

**"Eleva una oración, tú que eres pura,
tú que eres lirio, y luz, y sueño, y ala;
la piedad que tu augusto ser exhala
es albura filtrada en más albura".**

La estrofa pulcra, de rima y ritmo precisos, con bellas imágenes es aquella de "Tout passe".

**"Mi vida es un sueño sin fortuna;
tú, en el profundo lago de mi pena
eras cisne embebido en luz de luna.
No... Mi luna eres tú, luna morena".**

Con respeto y reconocimiento a sus altas virtudes dedica versos a doña Laura Reyes de Calvo, a doña Lola Rivera de Sanjinés y a doña Corina Pacheco de Calvo.

En "Reto" su actitud es diferente, porque se pone altivo e irónico ante la mujer falaz, como en sus dos sonetos "Contrastes" emerge atinadamente la amarga desilusión:

**"Tronchas de mi pasión flores de hoguera
y se va, tedio en hombros, a la nada,
sin dejarme una flor tu primavera".**

"Convalecencia", una de sus mejores poesías por la sinceridad con que expresa sus sentimientos y la forma de tratar esa tendencia de ascender al arte por el mal y el dolor, lleva este culpar a la mujer su derrota en la vida:

**"De una mujer maldita el vil engaño
tornóme un ser neurótico y huraño;
cansado de vivir quise mi daño,
y el arte me salvó".**

- **La ironía**

Nicolás Ortiz Pacheco, temible por sus burlas ingeniosas, sarcásticas e hirientes, en sus versos sólo emplea la ironía delicada. La decepción, la angustia y el dolor, tratados seriamente, constituyen la fuerza de su producción poética. Escogeremos algunos de sus versos y estrofas en los que se encuentra esta forma de ironía disimulada. "Consuelo a un poeta" tiene la festiva comparación siguiente:

**¡Y el vicio es una mácula elegante,
cuando ostenta una flor y una sonrisa!
El vicio es el galán de blanco guante,
y la virtud la vieja que va a misa".**

La adolescente es considerada generalmente como la mujer pura e ingenua que despierta a la vida, para Ortiz Pacheco, en "La inocente diablesa" es, "cándida y maligna", la eterna mujer-tentación.

**"Su ardiente boca invita al beso,
y hasta parece que besara,
cuando de hinojos ante el ara
dice Jesús en su oración".**

Desconfiado de la bondad, sobre todo, de la compasión, se ríe de ella:

"¡Oh la indulgencia con jaspes de ironía!"

Mitad en broma y mitad de veras en "Vórtice" declara:

"Porque es así mi alma jocoseria"

Como en "Confesión", sinceramente dice:

**"Blandi la burla que al dolor elude,
y todo se deshizo en mi bohemia".**

La vida de Ortiz Pacheco angustiada por la falta de dinero y por sus ansias espirituales insatisfechas no le dió sino sufrimientos. Esto —hemos dicho— es lo serio y sustancial de su producción poética, y si en ella aparece la ironía va subordinada al dolor. Hay una mueca tragicómica dentro del soneto "Poeta".

**"Y mientras hagas versos —¿qué más quieres?
El hambre de tus hijos que te harte".**

Parece llorar, cuando burlándose de sí mismo, finaliza:

**"Ya sin tener ni a dónde dar un paso,
pues —¿qué has de hacerlo?— da una voltereta
que eres poeta, menos que payaso".**

Así el temible Ortiz Pacheco esgrimiendo el sarcasmo frente a sus enemigos y usando el ingenio en su conversación corriente, solamente emplea en sus versos la ironía delicada, aquella que le sale defendiéndose del dolor. Por esto, bien dijo Gregario Reynolds:

**"Nos induce a reír con su facundia:
y parece reír... y está llorando".**

- **El arte.**

El arte para Ortiz Pacheco es lo divino, lo humano y lo satánico; la vida y la muerte; hay que encontrarlo en lo grande y lo pequeño, en lo sórdido y en lo sublime, y se debe hacer arte con el amor, el dolor, las flaquezas y el pecado. "Plenitud de plenitudes" presenta esta loa, muy suya:

**"Y el arte en el amor es la maestría
de trocar lo diabólico en divino
y lo santo en satánica ardienta;
en hacer, cual Jesús, del agua vino
y del vino embriaguez y eucaristía".**

Siendo todo "un doctor de la poesía", hacia la meta del arte va el loco y soñador de "Sarcasmo".

**"Fué vencido a menudo por el tedio,
mas pudo hacer en su vivir extraño
del arte, un fin: y del dolor, un medio".**

Quien comprende el arte sabe del bien y del mal, encerrando en sí mismo a todos los seres y las cosas:

**"El arte, que me indujo a lo perverso.
me dió después amor al universo,
trocó mi horrible angustia en noble verso
y alegró mi vivir".**

También la muerte tiene su lado artístico. Será suficiente recomendar al corazón en "Coloquio Íntimo".

"buscar un modo de morir con arte".

para concluir con la vida, pero en metáfora acertada:

**"Y en verso audaz, y noble temerario
haz sangrar los íjares de la muerte".**

- **El pecado.**

Uno de sus temas predilectos es el pecado, y aquella estrofa de "Consuelo a un poeta", tanto por la honda filosofía que encierra cuanto por la forma de la palabra repetida, es peculiar de su estro:

**"La vida sin pecado es un pecado
de lesa humanidad y lesa vida.
el ser que no cayó siempre es malvado,
porque vivió de fuga y de embestida".**

Mezcla de orgullo y de despecho, de impotencia ante el mal, de dolor y de cinismo, es la primera parte de su "Imploración a Jesús".

**"Jesús, no me perdones, te lo ruego:
tanto por mis pecado he sufrido,
que al pecar padeciendo, obra de fuego,
el pecado al pecado ha redimido.
Siempre es póstumo y siempre prematuro
el arrepentimiento, mas si viera
que ya no he de pecar, me arrepintiera.
pero volver al mal es lo seguro".**

Y en "Plenitud de plenitudes", mofándose del vulgo, se gloria de ser poeta y pecador:

**"¿Que soy poeta?... ¡Grave falta!
¿Y qué sincero soy?... ¡Mortal pecado!
Pues mi falta me exalta
y mi pecado es ala, no candado...!
¿Llamabas de mi espíritu a las puertas?...
¡No esperes que las abra... están abiertas!".
.....**

A Nicolás Ortiz Pacheco no podemos incluirlo propiamente ni dentro del sentimiento de los románticos ni con las galas de un parnasiano; tampoco es un simbolista o un expresionista; no lleva su producción las facetas del :sincronismo, menos las de otras últimas escuelas literarias. Debemos darle cabida en aquella división expuesta por Rafael Lozano: "Hay dos corrientes que se disputan el dominio intelectual: la literatura artista y la literatura social; la literatura desinteresada y la literatura de tendencias más o menos políticas". Ortiz Pacheco pertenece a la primera, porque es un poeta por el arte, ya que vimos, que guardó su independencia al lado de sus compañeros de "La Mañana", y estaba seguro que el arte es superior a la mera propaganda, la polémica y la política.

Poeta esencialmente subjetivo, se concentra en sí mismo para mirar la humanidad con los ojos del desengaño y el despecho que le ha dado la vida. Va al equilibrio estético, no sólo midiendo impecablemente sus versos, sino también los ímpetus de su sensualidad y pasiones, donde la fuerza del vocablo es valorada con refinamiento de artista.

Dijimos que la palabra repetida lo caracteriza, y según el lugar donde la coloca adquiere ya un diverso sentido o ya el mismo, pero en movimiento de imagen. Esta forma de expresión demuestra la complejidad de su espíritu, unas veces sincero, otras cínico y burlón, ya altivo o ya amoroso, pero siempre atormentado.

Canta a lo Baudelaire exaltando el mal, o como el Sidharta de Hermann Hesse, quien cree que en la práctica del error y del pecado va a redimirse. El yo-dolor y el yo-pecado, raras veces cristiano y en su mayoría sin voluntad para salir de esos males, constituyen el fundamento de su poesía. Por esto, la impresión que recibimos al leer sus versos, tuvo a la vista el aspecto ético y las normas generales de la estética.

Para concluir, dos citas más: primeramente, aquella de "Imploración a Jesús", donde, cual si hubiesen despertado las dormidas enseñanzas de su madre, cristiana, sencilla y hermosamente parece que rezara:

**"Escúchame, Jesús, el Dios que adoro,
y ayúdame a ser bueno, te lo imploro.
Déjame defenderme de mí mismo,
porque soy el peor de mis verdugos:
me sedujo falaz el optimismo
y uncí mi corazón a viles yugos".**

La segunda, "Hacia la luz", bello título, bajo el que, presintiendo el más allá, escribe:

**"Antaño yo no supe de un oriente:
hoy columbro una luz, y voy a ella:
no sé si es luz de luna o luz de estrella.
mas una claridad baña mi frente".**

(1).- "La Mañana" -29 de enero de 1914. "

(2).- Thunupa. -Segunda Edición. Pág. 349.

(3).- CLARIDAD.- Revista de la Sociedad Filarmónica "Sucre, N° 15.

MALEFICIO

I

Aunque anhelaba en tí volverse extraño,
Con la humildad que arrastran los mendigos
Te dió a elegir: ¿amigos o enemigos?...
Y tu piedad de nieve le hizo daño.

Pero en odio se trueca el desengaño,
Tórnanse las caricias en castigos;
Y el cielo y el infierno son testigos
De que te amó como te odia hogaño.

Ni odio ni amor tu mezquindad merece,
Se envilece a tu vera la ternura
Y hasta el mismo desprecio se envilece.

Porque mancillas tú su noble altura,
Tu idólatra de ayer hoy te aborrece
Y tu infame recuerdo le tortura.

II

Tú, damisela de la carne en llamas,
Al ver por tí anularse una existencia,
Te orientaste hacia un sol, la conveniencia,
El sol que orienta a las galantes damas.

Y sin embargo, tu lealtad proclamas,
Tu honradez, tu nobleza, tu decencia.
Y por el mal que haces a conciencia,
Llevas la maldición a lo que amas.

Pero el dolor, más que el placer, es bueno;
Tu víctima, sin él, de todo escaso,
Tendría por refugio sólo ceno.

Mientras que ahora, al filo del ocaso.
Con su dolor, de tu memoria, pleno,
Va de la gloria en pos, desde el fracaso.

III

Porque olvidar no puede, no perdona
Ni a servil sufrimiento se resigna;
Bien sabe que de amor eres indigna,
Mas tu recuerdo nunca le abandona.

Eso le queda, eso y su persona,
La que de amor quemaste, audaz, maligna,
La que en su turbio insomnio te designa
Con un preciso epíteto: "Buscona".

El ser que te brindó ferviente culto,
Quién por tí se ofrecía al sacrificio,
Te arranca el antifaz con un insulto.

Y ese insulto, sollozo de un suplicio,
Con algo de cadáver insepulto,
Tiene fuerza infernal de maleficio.

Poema inédito de

NICOLAS ORTIZ PACHECO



LA BELLA DURMIENTE DE NAPOLES

POR

ALEJANDRO CASONA

EN realidad podría empezar esta crónica de viaje con las palabras del famoso cuento: "Un día la princesa se pinchó el dedo con el huso de una rueca hallada en el desván y entonces la maldición se cumplió. Cien años se quedó dormida, y con ella el Rey y la Reina, y los centinelas de pie con las alabardas, y los danzarines en la actitud del minué. Y un inmenso bosque comenzó a crecer alrededor. Hasta que un día..."

Es difícil substraerse al recuerdo del antiguo cuento cuando, al recorrer los alrededores de Nápoles, entre el Vesubio y el mar, se tropieza con esa magia de ciudad dormida que se llama Pompeya.

Hasta ese momento yo consideraba a Pompeya entre las "ciudades muertas"; tan muerta como Tebas o Babilonia, con la diferencia de que estas hermanas mayores habrían muerto de muerte natural yo de vejez, mientras Pompeya habría caído asesinada en plena juventud y enterrada viva bajo un sudario de ceniza ardiente. Esta es la versión oficial que corre sin discusión de libro en libro.

Pero al contemplada de cerca. al recorrer sus calles, templos y jardines, al escuchar a los guías napolitanos que conocen hasta el último pliegue de su manto y hasta el rincón más íntimo de su quieta belleza, no hay más remedio que admitir —entre otras muchas— dos rectificaciones importantes:

Primera. Pompeya no es de ninguna manera una ciudad muerta. Su pretendida muerte repentina no ha sido realmente más que un largo sueño de siglos y ceniza, un letargo del que centenares de excavadores la van sacando amorosa y lentamente hasta que la Bella Durmiente

de Nápoles pueda por fin, un día ya no muy lejano, hacer el último gesto del despertar: abrir sus ojos paganos, deslumbrados de asombros nuevos, entre su monte de nieve y su mar azul.

La segunda rectificación se refiere a su pretendido asesino, el Vesubio. Según el joven profesor que me acompañaba y que parecía conocer la historia pompeyana como algo familiar, durante mil ochocientos años el Vesubio ha venido siendo víctima de esa falsa acusación criminal, hasta que ciertas investigaciones —análisis químico de las cenizas— han demostrado que el verdadero culpable de la famosa catástrofe no fué él, sino su hermano menor el Somma. El hecho de que sean hermanos y estén tan juntos no autoriza a acusar al viejo volcán de asesino ni siquiera de cómplice. Por mi parte queda proclamada pública y solemnemente la inocencia del Vesubio, bajo la responsabilidad del joven profesor napolitano.

* * *

Recorrer hoy Pompeya desenterrada es sentir despertar a la Bella del cuento; ya que lo mismo que ella tuvo sus centinelas rígidos aferrados a sus lanzas, sus danzarines repentinamente petrificados (era día de gladiadores en el circo) y hasta su cinturón de bosque y su densa capa de viñas cuyos vendimiadores llegaron a olvidar bajo los nuevos pámpanos el viejo lugar del enterramiento. Tampoco el narrador de este cuento fué un historiador que relata en frío hechos remotos aprendidos en libros o documentos. No. Fué un testigo presencial con ese valor de perdurable actualidad del que puede decir: "yo estaba allí". Porque Plinio, que fué el primero en contarle en su célebre carta a Tácito, estaba efectivamente allí. Acababa de llegar con su nave, y sus palabras tienen la palpitación dramática de lo recién vivido: "Ya la ceniza empezaba a caer sobre nosotros cuando, al volver la cabeza, ví una humareda espesa que avanzaba como un torrente sobre la tierra..."

Lo que nos produce un irreprimible escalofrío al recorrer Pompeya no es "la Historia"; es la vida. Todo allí es una milagrosa conjunción de lo más remoto y lo más cercano, de lo antiguo y lo actual. No hay nada "terminado"; todo está "suspendido" como en una casa abandonada cuyos dueños fueran a regresar de un momento a otro.

En la tienda del vinatero las antiguas tinajas, enterradas hasta la cintura para conservar fresca la bebida, conservan en el fondo borra del vino que bebía Salustio; en la casa del panadero —cuyo retrato al fresco es de un verismo impresionante— hay panes solidificados con harina de veinte siglos. En las aceras altísimas, de ciudad lluviosa, los agujeros transversales esperan la sogá del caballo del mercader. En las callejuelas sórdidas del barrio bajo que enlazan tabernas y lupanares se ven en los muros inscripciones procaces, versos injuriosos y nombres amorosamente enlazados. Y del Teatro se conserva un programa con la última comedia del último día: la "Casinaia" de Plauto.

He recorrido con emoción la ciudad dormida, desde el Foro triangular y las Termas (con sus tuberías de bronce para agua fría, tibia y caliente) hasta el Anfiteatro abierto de cara al mar, y las grandes mansiones señoriales cuyos tesoros hacen único en el mundo el Museo de Nápoles: la casa del Fauno Danzante, la del Poeta trágico, la de las Bodas de Plata, y la famosa de los hermanos Vetti donde los guías guiñan un ojo diciendo: "Perdón: las señoras deben esperar aquí un momento", para mostrar a los caballeros los lúbricos frescos del "camarín de Venus".

Mientras mis compañeros se interesaban por la arqueología, yo que prefiero en todas las cosas su posible calor humano, trataba de imaginar la abigarrada vida de placer y de lujo que habitó allí y todavía palpita en su aire, mientras recorría aquellas calles de nombres más sonoros que el eco de mis pasos en las baldosas: Calle del Balcón Suspendido, Calle de la Máscara, Avenida de las Tumbas...

Más que ninguna estatua de Venus me interesó aquel seno desnudo de muchacha sobre el que la ceniza petrificada dejó su molde inmortal; más que todos los tesoros artísticos, aquella pareja de enamorados abrazados en la muerte; más que las columnas de mármol, aquella disciplinada columna del centinela muerto de pie con su lanza en la Puerta de Herculano.

Y más que la agonía de una ciudad entera, esas tres agonías individuales del Rico Avariento, del Perro y del Esclavo Castigado.

Mientras los pobres que, no teniendo nada que perder huyeron hacia las naves al primer aviso de peligro y se salvaron en su mayoría, el Rico trató primero de defenderse junto a sus tesoros cerrando las puertas y ventanas; pero al sentir la proximidad de la asfixia abrió su arca y se lanzó desesperado a la calle con todo lo que pudo cargar sobre él. Allí le sorprendió la muerte, con cien monedas de oro y plata entre las manos agarrotadas.

El Perro, atado a su cadena, es la más escalofriante imagen de terror que pueda imaginarse. Crispado, retorcido todo él como una cuerda de dolor, aulló frenéticamente hasta la rigidez en que le vemos hoy mordiendo rabioso su cadena. A su lado, en cambio, tendido sobre la ancha espalda como para dormir, con las manos atadas cruzadas sobre el pecho, el Esclavo Castigado es la imagen de la suprema serenidad. Nada trasluce en su actitud ni el más pequeño movimiento de protesta. Es el hombre fuerte que al ver perdida su libertad ya no le importa la vida.

Cuando entre los gritos y risas de las vendedoras de naranjas de Castellamare vuelvo al sol deslumbrante del Golfo napolitano y tomo la barca que va a llevarnos a Sorrento, tardo en poder hablar y sonreír. Nunca he visto nada tan profundamente severo como esa lección silenciosa que acaba de darme Pompeya. El Avaro, el Perro y el Esclavo: tres ejemplos de vida atados a una misma cadena.

GUSTAVO ADOLFO OTERO

(Gran Premio Nacional de Literatura)

POR

SATURNINO RODRIGO

EL gran escritor boliviano Fernando Díez de Medina, que ocupaba el cargo de Ministro de Educación y Bellas Artes, el 22 de junio del pasado año creó por medio de un Decreto Supremo los Premios Nacionales de Literatura con el objeto de estimular las manifestaciones intelectuales del país, llenando así un enorme vacío y completando la obra de la Revolución Nacional que acude presurosa en ayuda de los intelectuales, no siempre tan ricos en su economía como en sus sueños...

Y el Decreto, también por obra de su creador, acaba de ser puesto en vigencia otorgándose, por primera vez en el país, los premios de Literatura Nacional consistentes no sólo en el honor de tan alto veredicto sino, también, en una contribución económica apreciable, pues el primer premio significa la suma de cinco millones de bolivianos.

El escritor que ha obtenido el Primer Premio es Gustavo Adolfo Otero, de múltiple actuación en Bolivia: fué periodista, escritor, político y diplomático.

Era el año 1914...

Yo acababa de salir de la Escuela Normal y había ido a La Paz para iniciar mi carrera en el magisterio, anhelando con todas mis fuerzas convertirme, también, en periodista.

Una día de esos venciendo mi timidez entré en la redacción del valiente diario "El Fígaro", dirigido por el inolvidable Luís Espinoza y Saravia; pedí trabajo y, sin más recurso que el de ponerme a prueba, me encomendaron algunas crónicas. Cómo y con qué emoción recuerdo que al llevar la primera de ellas, me levanté a las cinco de la mañana para comprar "El Fígaro" y ver si había sido publicada; mi contento fué enorme, pues en lugar destacado, debajo del Editorial, estaba mi crónica!

Ángel Salas oficiaba de maestro de los principiantes; Rafael Ballivián nos embelesaba con sus versos frescos y fragantes; Juan Capriles nos parecía la cumbre de la Poesía; Félix Sattori

nos recitaba sus bellas poesías en los atardeceres de Churubamba mientras acompañábamos a Gustavo Adolfo Otero —que entonces escribía con el seudónimo de Repórter Pérez— a hacer pasacalles a su amada.

Es decir que ya todos los del grupo escribíamos, ya todos nosotros habíamos comenzado a publicar nuestras pobres prosas las que siendo tan pobres merecían, sin embargo, el elogio de los amigos que, como José Tamayo, parecían haber nacido para alentar a los hombres!

Maravillosos tiempos aquellos en los que Gómez Carrillo alimentaba nuestra bohemia y Rubén nos hacía creer que la taza de té con pisco, tomada en un fondín subalterno de Churubamba, era pura ambrosía.

Así, entre los debutantes de las letras que acudían a la redacción de "El Fígaro", conocí a Gustavo Adolfo Otero que entonces escribía a la manera de Larra unas veces y otras a la manera de Azorín, firmando sus crónicas con el seudónimo de Repórter Pérez, a la vez que estudiaba farmacia en la Universidad.

Las cuartillas fueron reemplazando, poco a poco, a las combinaciones de la farmacopea y el futuro farmacéutico se convirtió en escritor.

Luego, pasando los años, el Repórter Pérez se esfumó y dió paso a Nolo Beaz, ya en el pleno campo de las letras. Con este cronista se inicia una etapa especial del periodismo boliviano. Quizá por influencia de su perfil de volteriano, Nolo Beaz es caústico, incisivo e implacable; nada mueve su corazón a la ternura ni la piedad; sus palabras son como látigos, sus frases lapidan inmisericordes y para él no hay sino la burla sangrienta, casi inhumana, la ironía atroz que se clava en la epidermis y penetra hasta la conciencia misma de sus víctimas.

Es en la época del Presidente Bautista Saavedra cuando la causticidad y la mordacidad de Nolo Beaz florecen en su máxima primavera, la fragancia de sus flores malsanas y perversas lo satura todo: parlamento, gobierno, política, sociedad... Y el escritor comienza a recoger los frutos de su profesión: es confinado, perseguido, insultado, sólo su "débil fortaleza" —como solía decirle yo— lo salva de los vejámenes materiales.

Un día de esos que peregrinaba en manos de los esbirros por los pueblecitos del Altiplano, lo notifican que tiene que trasladarse a otro lugar; Nolo Beaz se hace el enfermo, pero no le vale la treta y lo ponen en unas angarillas y así, tendido, cara al sol, lo llevan al pueblo vecino; al verlo pasar en esa postura por los caminos creen las gentes que es un cadáver y al entrar su comitiva en la plaza de su nuevo destino, las campanas de la parroquia tocan a muerto...

Y pasa el tiempo.

La fogocidad de los años mozos se atempera. Gustavo Adolfo Otero viaja a España y allá, en contacto con la intelectualidad de la Península, halla su camino definitivo, se concentra y nace un nuevo escritor: Gustavo Adolfo Otero, enamorado de las cosas de su tierra, de la gloria de sus hombres, de la belleza humana de la Historia de Bolivia. El hombre que supo mirar como con lente de aumento los defectos de sus coterráneos, ve ahora agrandada la nobleza de su patria y comienza la etapa definitiva de su trayectoria intelectual.

En España vive casi diez años, alterna con lo más selecto de la intelectualidad y no da un momento de reposo a su pluma fecunda, ofreciendo el fruto maduro de sus libros en los que exalta las virtudes de los hombres que, como Avaroa y Sucre, son los exponentes de las virtudes de la Raza.

A su regreso de España funda la "Revista de Bolivia" y continúa su labor de escritor desentrañando el misterio de nuestros archivos para rendir parias a los escritores excelsos que como Gabriel René Moreno, Pasos Kanki, Villamil de Rada, Omiste, abrieron los primeros surcos en la tierra virgen de la literatura boliviana.

Y sigue subiendo armoniosamente la curva de su vida. Tras el escritor asoma el político; llega un día a ser Ministro de Educación, cartera en la que no olvida su función de intelectual —grave pecado para un político— y abandona el cargo dejando rastros indelebles como la Biblioteca Boliviana, que pone en contacto con el pueblo la sabiduría preclara de nuestros clásicos.

Otero ha publicado muchos libros, numerosos artículos e innumerables crónicas; pocos hombres en Bolivia como Gustavo Adolfo Otero que no han hecho otra cosa que vivir saturados de tinta de imprenta y que, justamente, pueden sentirse orgullosos de vivir de su pluma.

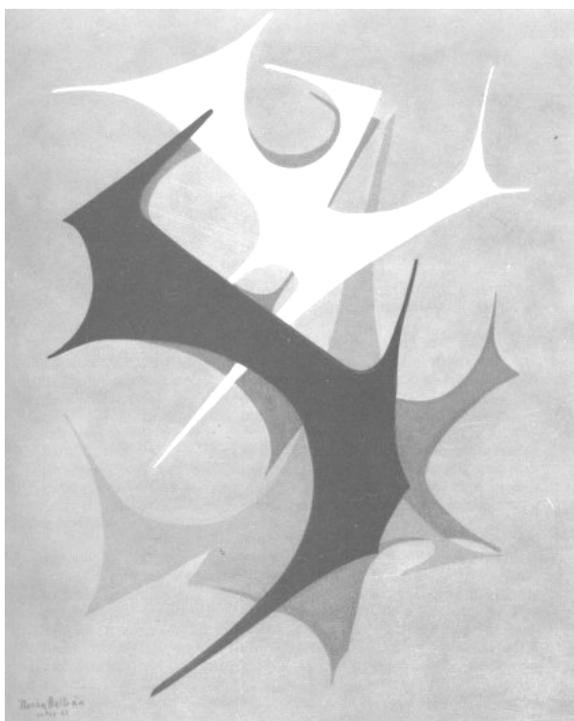
Luego un día el escritor se convierte en diplomático y representa a su país en el Ecuador, donde lo encuentra una de tantas tormentas políticas que agitan a la Patria; divorciado de la política imperan te, Otero fija su residencia en Quito y sigue su labor imperturbable de escritor contribuyendo a la literatura no ya sólo de Bolivia, sino del Continente entero, donde ha tomado carta de ciudadanía.

Esta labor de cuarenta años, incesante, varía, un poco fría pero erudita, es la que Bolivia acaba de premiar otorgando a Gustavo Adolfo Otero el Premio Nacional de Literatura: son los veinte libros que ha publicado, los que le han valido tan justo y cabal galardón.

He aquí algunos de sus títulos de los libros de Otero:

Cabezas. El Honorable Poroto. El Hombre del Tiempo Heroico. A va-roa. La Vida Social del Coloniaje. Horizontes Incendiados. Crestomatía Boliviana. Estilo y forma de Bolivia. La Piedra Mágica. La Cultura y el Periodismo en América. Figura y Carácter del Indio. Estados Unidos en 1941. El Chile que yo he visto. El Perú que yo he visto. Don Pedro Domingo Murillo y su Tiempo. Una política educacional y otros ensayos. La sociología del Wacconalis en Hispanoamérica y otros.

El pensamiento y el arte no tienen fronteras ni se contaminan del virus de la política y es así que el Gobierno de la Revolución Nacional premia hoy a un escritor alejado del país y que pertenece a otra ideología política, hecho que enaltece tanto al uno como al otro.



Tercer premio del
II Salón Nacional
de artes plásticas
1957. Norka
Beltrán:
"Composición".
Foto Don Bosco

CULTURA Y PERSONA

POR

ANTONIO CASO

Clásicos
de
américa

*N*ADA supera ontológica ni axiológicamente a la persona. Ser personal es asumir la suprema manifestación de lo real.

La naturaleza tiene un fin: la persona; la cultura sólo puede concebirse como obra de personas. Dios es persona.

Natura y cultura se refieren, por ende, a la significación de una esencia: la personalidad.

Max Scheler distinguió en la cultura, tres órdenes: la cultura de aprovechamiento, la cultura de integración y la cultura de salvación. Ninguno de estos órdenes es concebible sin la noción de persona. Ante la cultura de aprovechamiento, que prepara, frente a la cultura de salvación, que remata, está la cultura de integración que erige a la persona en su ser moral y espiritual.

¿Cómo se aprovecharía algo, si alguien no lo aprovechara?... Y, ¿cómo se salvaría alguien, si no fuera persona?...

El sujeto, humano, físico, moral y espiritual, "polariza", por así decir, el acervo de la cultura en su integridad. En el pensamiento scheleriano, el fondo antropológico es notorio. Por esto el filósofo tendió a la constitución definitiva de la antropología filosófica, procurando sintetizar las diversas corrientes que desembocan en las perplejidades de la civilización contemporánea.

De Israel —el pueblo inventor de la filosofía de la historia— procede la noción del hombre que la civilización occidental aceptó y difundió. La persona humana se concibe a imagen y semejanza de Dios. Esta es la profunda enseñanza del pueblo hebreo, que con el Cristianismo, se difundió sobre todas las naciones europeas; porque resulta curioso observar que la religión de Occidente, como el budismo de los chinos y los japoneses, se engendró no por la raza que produjo para cada gran religión su inaudito proselitismo, sino en razas extrañas: el cristianismo en Judea y el budismo en la India.

Al lado de la tradición religiosa que concibe a la persona como trasunto de la divina, como imagen suya, halla el Occidente europeo el resultado de la aportación científica, que ve en el hombre el último fruto de la evolución de las especies biológicas.

De cualquier modo, la persona humana sintetiza la evolución cósmica y da sentido a la interpretación de la obra cultural. Natura y cultura tienen dos centros: Dios y el hombre, Dios que constituye el fin último, y la humanidad que es un desarrollo constante hacia la persona divina.

Los valores, que son relaciones reales entre los bienes que los exhiben la sociedad en que se muestran a través de la historia, y las personas que los estiman, sólo pueden tener sentido reflejados en la acción personal.

La persona humana —según Scheler— es por sí un ser más alto y sublime que la vida toda y sus valores " que la naturaleza entera; es el ser en quien lo psíquico se libertó del servicio de la vida, se depuró y ascendió a la dignidad de espíritu, "espíritu a cuyo servicio entra ahora la vida, tanto en sentido, objetivo como en sentido subjetivo".

La cultura es obra personal en todo momento. Crear no es obra de sociedades ni de pueblos, sino, de personas,¹ la cultura de aprovechamiento, como, la cultura de integración, se refieren al sujeto humano es su espiritualidad esencial.

¿Qué ser colectivo, mítico e inexistente, puede sustituir a la personalidad humana? Ya lo enseñó Aristóteles, al tratar de la esencia común y la esencia individualizada. El ser individual, la única verdadera substancia, es el solo capaz de existir; los universales no son cosas en sí; pero son inmanentes en las individuos y se multiplican en todos los representantes de una misma clase, el universal no recibe su forma independiente, sino por la consideración de nuestro espíritu, porque al lado de las determinaciones esenciales comunes, que todos los individuos de una especie muestran, cada ser personal posee sus propias determinaciones que afectan a su esencia y constituyen el sello de su personalidad. Pasarán los siglos como han pasado desde que Aristóteles desapareció de la humanidad, y este teorema eterno como dice de Wulf, vencerá, lógicamente, a todos los discípulos de Heráclito y de Parménides, incluso a los platónicos... y a Platón.

"Creo —dijo una vez Lachelier, oponiéndose a Durkheim y sus teorías sociológicas— que la religión consiste, para el alma que es capaz de confesarla, en un esfuerzo individual y solitario para libertarse de todo cuanto no es ella misma, de todo cuanto no es su propia libertad. En efecto, así es; las personas humanas no son partes de nada ni de nadie. Las personas son de Dios.

Cada quien, en la vida, ha de pasar. No durará sino una huella. La huella histórica es la cosa grabada por la persona, que ya no existe en este plano que llamamos la realidad. ¿Qué podrá perdurar de un siglo como el nuestro, que labra sobre las cosas el trasunto de su impersonalidad técnica?

De este barullo de máquinas ¿qué quedará? ...! Un hacinamiento de hierros retorcidos y deformes, que revelarán a otras generaciones, acaso más felices que las nuestras, nuestra inútil poder! Sólo el titán anónimo del siglo perdurará en sus restos, descoyuntado y roto..... ¡Los restos de Leviatán!



DOS POEMAS

MOTIVO

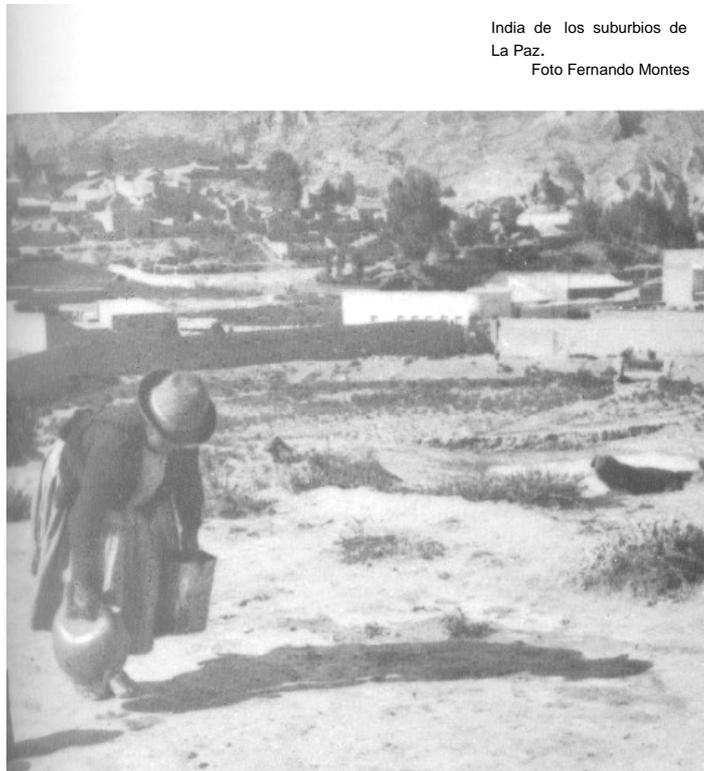
*Escucho el grito del rosal
con su carga de aromas.
¡Cuántos pétalos llora;
labios y besos! ¡Sangre!*

*Mi niño cortará una rosa,
el ángel le dará su espada.
Volarán las luciérnagas
libres, esta noche.*

AMANECER

*La estrella viene
madrugando ríos,
áureo desvelo que se cuaja en llanto.
Honda fragancia del bosque en flor.
Salta del arco de la tierra
el alba,
y el campo herido
se derrama en luz.*

RAUL OTERO REICH



EL CONSTITUCIONALISMO LIBERAL LOS DOCTRINARIOS

POR

GUILLERMO BEDREGAL

Las últimas consecuencias de la aparición política de las clases medias fué la creación de una base secular para el moderno constitucionalismo. Este fenómeno tan típico del siglo XIX, es el que configura las formas políticas contemporáneas. Los resultados efectivos de esta nueva modalidad no aparecieron sino después de un largo y difícil período de experiencias políticas. Las clases medias urbanas pese al evidente poder económico y político con que contaban, de ninguna manera podían pretender establecer un sistema de gobierno de su exclusiva competencia. Los resabios del absolutismo y las minorías aristocráticas requerían la necesidad de buscar un sistema que pueda hacer coincidir los intereses de la burguesía y aquellos que aún tenían vigencia de los antiguos estamentos sociales.

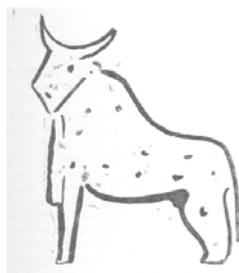
La tendencia iniciada a fines de la Edad Media en sentido de quitar el contenido que siglos de vida medieval habían introducido dentro de la vida política, adquiere su definitiva preponderancia en la época de la Ilustración. Son las revoluciones americana y francesa, las que alteran radicalmente las formas de vida occidentales. Después de la reacción restauradora y de toda la filosofía política de los contrarrevolucionarios, las nuevas tendencias van adquiriendo inusitada preponderancia. Así se llega a lo que comúnmente se denomina el individualismo. Los antiguos vínculos que ligaban a esa gran unidad que constituía siempre la sociedad van soltándose, y el mundo occidental va disolviéndose cada día más en un individualismo extremado de los hombres, las clases y los pueblos. "Pero sería insuficiente o injusto calificar, sin más, de destructor el proceso histórico del pasado siglo. El moderno desarrollo de Occidente junto a los efectos negativos produce otros de signo decididamente positivo: provoca el nacimiento de nuevas fuerzas y crea hechos de los que es posible deducir nuevas ordenaciones de la vida; eleva de manera muy importante el nivel de satisfacción de las necesidades con un triunfo increíble sobre la naturaleza, y, al lado de apego material que tal triunfo produce, engendra ideales de elevado humanitarismo, incluso insospechados impulsos hacia metas ultraterrenas"... (1). Los resultados positivos introducidos en la sociedad con el advenimiento de nuevas formas de vida culminan con la afirmación de Ranke, que escribía que con ese nuevo espíritu se había realizado una gran liberación, pero no en el sentido de la disolución; antes bien surgir las grandes potencias, ha renovado también indudablemente el principio de todos los Estados, de la Religión, y del Derecho". (2). Hasta qué punto todas estas afirmaciones ponderativas de la introducción de lo que se ha llamado la "modernidad" son ciertas, les corresponden analizar con sentido histórico a quienes han vivido o están viviendo las consecuencias de estas influencias. La crisis y el caos político actual seguramente encuentran su explicación si se analiza cuidadosamente la aportación de estos movimientos.

Esa reconciliación buscada por la burguesía y la autoridad del Rey, recibe su expresión más acabada en la obra de los "doctrinaires" franceses, que desarrollan una especie de transacción o compromiso, en la teoría de la soberanía. Desde Bodin, absolutamente todos los escritores políticos centran su preocupación en torno a la definición y ubicación de la soberanía dentro del Estado. Los partidarios del carisma monárquico encontraban esa base en la voluntad del Rey, por el imperio del derecho divino. Los revolucionarios por el contrario localizaban la soberanía en la voluntad general del pueblo. Puesto que ambas posturas no podían coexistir pacíficamente se buscó la solución en la creencia de que la autoridad final y definitiva del Estado residía en la razón, en los principios abstractos de la justicia. La soberanía —verdadero nudo gordiano de la solución política— se deriva así, de la inteligencia antes que de la voluntad. Así se evita la concepción absoluta de la soberanía. Esta soberanía "sui generis" de la razón se hace compatible, al mismo tiempo, con los derechos del Rey y del pueblo. El más representativo de estas tendencias es **Royer-Collard**. (3). Su preocupación la centra en la necesidad de buscar un compromiso o equilibrio de intereses dentro del Estado, oponiéndose naturalmente a la concepción absoluta de la soberanía, mediante la fijación de determinados límites en el ejercicio

de la autoridad política. Sin embargo, el defensor más experto de la controversia en torno a la soberanía es **Víctor Cousin**. (4). Para él, soberanía es lo mismo que derecho absoluto, y el derecho no se funda en la fuerza o en la voluntad general, sino en la razón. Y como los hombres están sujetos al error, no puede alcanzarse esta razón suprema y absoluta, así, por esto, ni el Rey ni el pueblo pueden hacerse depositarios de la soberanía absoluta. La posición de **Francisco Guizot**, (5) es de oposición simultánea a la soberanía del derecho divino y la doctrina de la voluntad general; cree que únicamente la razón y la justicia pueden suministrar una base adecuada al poder absoluto del Estado. Ataca, igual que Coussin, la doctrina de la voluntad suprema y absoluta, ya sea ésta vinculada a un individuo o a una multitud. Sostiene que la concepción de la soberanía como la entienden Hobbes, Rousseau y Bodin, conduce abiertamente a la tiranía y que la autoridad política se deriva de la verdad abstracta y no de la voluntad humana. Sostiene que la verdadera libertad radica en el gobierno representativo, todo gobierno atribuido a la soberanía absoluta de los hombres es despótico, solamente se aproxima al ideal de justicia cuando la autoridad se rige por un sistema de "**frenos y balanzas**". En el régimen representativo, los que representan con mayor fidelidad la razón y el espíritu de la comunidad son elegidos para ocupar puestos del Estado. Hay que mantener siempre el justo equilibrio entre los poderes del Rey y del pueblo para no caer en la tiranía. Este compromiso constitucional aspiran, los Doctrinarios a mantenerlo en forma estable y permanente. Esta etapa es considerada por los liberales como un tránsito entre la monarquía y el republicanismo. El principal representante de esta tendencia es **Benjamín Constan** (6), quién ya marca una nueva etapa al mostrarse partidario de la soberanía del pueblo, en el sentido de que la voluntad general es superior a la voluntad individual del monarca. Sin embargo esta posición no le induce a admitir la autoridad ilimitada del pueblo. La justicia es la verdadera soberanía, la jurisdicción del gobierno termina precisamente donde comienza la libertad de los individuos. En Constant el Rey ya constituye un poder neutro, que tiene a su cargo la defensa del equilibrio gubernamental.

Todas estas corrientes filosófico-políticas indudablemente tienen gran auge, no sólo en Francia sino en todos los países europeos, donde las instituciones públicas van configurándose al calor de estas doctrinas. Las peculiaridades nacionales no trastocan fundamentalmente la esencia de estos postulados.

-
- (1).- Fr. Schnabel "Deutsche Geschichte in 19. Jahrhundert", Freiburg i, B. 1937, pág. 20.
 - (2).- Ranke "Die Grossen Mächte" en Abhandlungen und Versuche, pág. 38, Leipzig 1872. Cit. Por Díez del Corral en el "El Liberalismo Doctrinario".
 - (3).- Sobre Royer-Collard ver Barante, "La vie Politique de Royer(Collard. Ses discours et ses écrits". Paris, 1863 y Nosmes-Desnarentes, "Les doctrines, politiques de Royer-Collard", Paria, 1908,
 - (4).- Víctor Cousin, "Cours D'histoire de la philosophie moral e au dixhuitieme siècle".
 - (5).- F. Guizot "Du Gouvernemente Representative" y "Du Couvernemente depuis la Restauration",
 - (6).- Benjamin Constant, "Principes Pelitics" y "Reflexions sur les Constituions et les Garanties".



CASA DE HACIENDA

POR

LUIS TABORGA

NINGUN recuerdo es tan vivo del pasado colonial, como la casa de hacienda, ella guarda con ahincado empeño como cofre aromado y arcaico, el tesoro de las reliquias españolas. Hace siglos, en ella habitaron otros hombres y de distinta levadura.

Construyeron estas mansiones para solaz suyo, velar su señorío y administrar sus fundos, gobernar sus colonos y ser servidos por esclavos.

Tosco caserón de campo de gruesos muros de adobe, con techos de maguey o cañas y cubierto de tejas que rematan en alares, donde las palomas casales y las golondrinas hacen sus nidos. Los patios espaciosos y empedrados de guijas menudas de río, están desnudos de plantas y de ornato limitados por la severidad de las paredes de color de barro. Sombreados corredores dan refrigerio del sol abrasador que cae en verano, o amparo de los torrenciales lluvias que se precipitan en los valles.

Afuera, severos balcones saledizos de madera, amenguan el perfil monacal del edificio, desde donde se domina el campo con su anfiteatro azul de montañas, tendidas bajo la paz serena del cielo claro y luminoso. En uno de los lienzos del patio se alzan las trojes de altos techos y de estrechas ventanas, defendidas por macizos barrotes. Aquí se guardan las mazorcas amontonadas, el grano limpio de impurezas y la chapapa donde se desgranará el maíz.

Delante de la casa se abre la plazoleta bordeada de molles y sauces, a cuya sombra descansan algunos caballos amarrados a los troncos, y más allá, la sirvienta que ordeña la vacada.

La capilla con su espadaña que da hacia el campo, luce su campanario que, en los días de festividad religiosa llamará a los campesinos para congregarse los o tocará arrebato cuando amenace peligro.

Allá, detrás del edificio, están los corralones de ganado, resguardados de tapias y cubiertos de toscos bardales. Y más lejos, el huerto cercado de muros musgosos, donde abren sus verdes ramas los durazneros y los manzanos que rodean los tabloneros de legumbres. En medio del huerto, se abre una senda sombreada de parrones y bordeada de rosales y arrayanes. El agua gozosa va fluyendo cristalina en las acequias y discurre entre la yerba fresca y jugosa, peinando la undosa cabellera de las ramas de los sauces llorones, cuyas ramas se mojan en la corriente que pasa lentamente, humedeciendo troncos y arrastrando malezas.

Ahí moró en otros tiempos el dueño hispano de la hacienda, en habitaciones amobladas con escaños de tallado cedro y pesadas cómodas donde se guardaba la ropa blanca de batista, bordada de encajes a orquilla y a bolillo, junto con los jubones y las basquiñas de raso, para lucirlos en las fiestas de la casa o en las ferias pueblerinas. Los dormitorios, con sus altas rojas cubiertas de colchas de larga flecadura y en la testera el crucifijo de marfil tallado. con el rosario pendiente de la repisa.

El comedor con su mesa de severas líneas y los sillones forrados de baqueta. Los muros lucían vajillas de labrada plata y en los aparadores se apilaba el menaje de porcelana, para usarlo en los cumpleaños sobre albos manteles.

En la capilla sobresalía el altar mayor, de estilo barroco, con estucos dorados a fuego y de columnas salomónicas. Y en sitio visible del lienzo central de los muros, se hallaba la imagen del patrono del fundo, iluminada con ceras encendidas sobre candelabros dorados, a cuyo amparo espiritual fuera dedicada la hacienda.

Los domingos el sacerdote sentábase a la mesa, y catava vino añejo, platicando de sobremesa y en familia, ora de política española, ya de religión o moralizaba sobre costumbres sociales, y finalmente relataba algún milagro portentoso...

La familia a la hora de la salutación angélica se entregaba a rezar el rosario, transida de fe y de recogimiento fervoroso acabando la oración final con estas palabras sacramentales: ¡Ave María Purísima! y respondían los demás: ¡sin pecado concebida!

Desde los balcones o del mirador del alto, solía dirigir la vista el caballero hispano, el dominio de sus campos y observaba las faenas diarias, ya de la siembra, el riego o las cosechas: veía la cordillera, las lomas y los oteros, barbecheras y sembraduras: volcándose en sus pupilas todo el esplendor de la tierra del valle: pueblos adosados en los flancos cerriles, ranchos y bohíos, y el ganado pacienco disperso en la inmensa planicie. Desde allí sentía el alma del campo, el vaho ardiente de los surcos recién arados, mezclado con la fragancia de los tarkos y ceibos floridos. Y en las noches de invierno, sus ojos escrutaban la grandeza del infinito iluminado, bajo el signo de las constelaciones de mayo.

En los días de labor miraba indiferente cómo aquellos hombres de tez acanelada, trabajaban infatigablemente y de claro en claro, en las tierras de labrantío, fecundando el suelo con sudores y sacrificio, silenciosos y con mansedumbre de rebaño. ¡Pues la tierra era suya y conquistada en épica hazaña de leyenda! El, la miraba con arrogancia de conquistador: porque sus mayores la tomaron a precio de sangre y de coraje, plantando en ella la cruz civilizadora del cristianismo y con las espadas en alto. Sin embargo de este orgullo de águila blasonada, solía reprimir su altanería al impulso de la caridad evangélica, dejando caer en veces migajas de su mesa, para saciar el hambre de los menesterosos y velaba también por el bienestar moral y material de su colonada.

Entretanto, la dueña de la casa pasábase las horas de la tarde a la sombra de los corredores, entregada a las faenas domésticas, sentada en un sillón y rodeada de sus esclavas, dirigiendo el hilado de los vellones de lana o el desgranado de maíz. La hija junto a la madre, tejía alguna obra de mano con inusitado empeño, mientras que los niños jugaban acariciando los lebreles dormidos en los umbrales.

Estas escenas solían ser interrumpidas por la presencia de algún visitante de la comarca o por quehaceres de la hacienda. Al cerrar el día, el mayordomo retomaba a la casa de hacienda montado en flaco rocín y su llegada se anunciaba por el ladrido de los perros de presa y el tintineo de las espuelas al subir las gradas que daban acceso al corredor. Generalmente era mestizo, llevaba sombrero alón, chal al cuello y el poncho cubríale el cuerpo, y en las manos un largo zurriago. Destocado ante el patrón, dábale cuenta de las labores del día, de los censos, diezmos y trabajos por realizar. El era, pues, el eje de toda esa maquinaria agrícola, pesada y morosa.....

Mas, el dueño para dejar correr las horas de murria del día, solía alternar entre breves paseos por las proximidades de la casa, ya inspeccionando establos y pesebreras o solazándose al contemplar la estampa briosa de los potrillos de las caballerizas. También, sumido en lecturas de obras piadosas y hojeando viejos palimpsestos, para procurar soledad y recogida paz a su espíritu.

En las veladas, la familia agrupada en una sala y ante la mortecina luz de las bujías, se entregaba al comentario de los sucesos del día. Una negrita de pié, delante de la mesa, iba despavezando las mechas de las velas, limpiando el cebo que caía en las arandelas de los candelabros, mientras que la hija del ama pasaba las manos acariciantes sobre el lomo de un gato que dormitaba en su regazo. Y ella escuchaba atónita alguna rancia historia contada por la dueña, de aquellos tiempos de las abuelas.

¡Casas de hacienda! mansiones severas como el alma adusta de los viejos castellanos, tienen sobriedad monacal y son trasunto fiel del temple indomeñable de aquellos hombres de alma huraña, que vivieran abroquelados en la fe mística. Moraron en sus haciendas como monjes

sombríos, embebecidos en secante meditación y en subidas oraciones. ¡Señores de la tierra conquistada y vasallos de la cruz!

Vivieron entre espesos muros de piedra granítica, opresos entre ventanas de hierro y pesados cerrojos. Casa colonial, imagen de aquellos hombres: por fuera, gravedad de fortaleza infranqueable: por dentro, grato huerto sellado, propicio para la ancha paz del espíritu, para acendrarla como en claustro de abadía.

Cuando la tarde declina y se ensombrece el paisaje, se escucha el trinar de millares de aves en los esbeltos eucaliptos, suspiran el último canto al día que se ahoga en un pálido crepúsculo, que va desliéndose en los lejanos alcores. La casa de hacienda en esta hora, cobra dulce melancolía se alza como gigantesca sombra humana dolorida y sola, fija en la llanura, arrebuja de oscuro manto y parece añorar el señorial de los viejos hidalgos castellanos, que supieron ennoblecerla con sus blasones y sus vidas inquietas y aventureras.

Hoy, cuando se cruza por los polvorientos y trillados caminos de nuestros valles y se allega junto a estas casas de hacienda, se detiene la mirada sobre sus muros que se desploman, sus ventanas y balcones en ruinas y sus salas cerradas y cubiertas de polvo: brota en el espíritu una onda dolorosa que lacera el corazón; porque fueron los sitiales de aquellos hombres de duro hierro toledano, cuya existencia fuera dramatizada por la grandeza de sus acciones, la fe mística y las miserias de los defectos humanos; de aquellos hombres que nacieron para ser señores, más que de la tierra, más bien de los dominios superiores del pensamiento.

PERFIL DE TRES RECIENTES NARRADORES PERUANOS

POR

ESTUARDO NUÑEZ

Dentro de la función narrativa, el cuento es el género más cultivado en las modernas letras del Perú. Su importancia ha ido creciendo con los años, en estos angustiados y tensos años de revisión de nuestros valores literarios y culturales. Su prosperidad, que contrasta con la lenta evolución de la novela peruana, se debe principalmente a dos causas, la una material, la otra de orden espiritual. El carácter episódico, del cuento, su extensión limitada a contornos que encierran un cuadro de vida —y no como en la novela un complejo humano— su desenvolvimiento en profundidad y no en dilatado horizonte, crean perspectivas propicias en autores que tienen, por razón de las circunstancias ambientales, premura en expresarse intensamente mientras la vida los solicita en otros campos en veces extraños a la cultura. Para ellos resulta el cuento el molde adecuado. De otro lado, es el cuento un vehículo favorable para reflejar la inquietud social, al más permeable acaso a las incitaciones de la protesta contra las condiciones adversas e injustas de la realidad, el más capaz de prestar el molde para la expresión densa y caldeada y convertirse en obra de arte de rápida acción y en documento humano de intensa desenvoltura.

Dentro de una legión numerosísima y calificada de nuevos cuentistas peruanos, destacan como representativos en calidad expresiva y en hondo mensaje de trascendencia social, Francisco Vegas Seminario (nacido en Piura, en 1903), José María Arguedas (nacido en Andahuaylas, Apurímac, en 1911) y Julio Ramón Ribeyro (nacido en Lima, en 1929). De ellos puede enorgullecerse la moderna narrativa del Perú que, por lo demás, cuenta con muchos otros exponentes de extraordinario vigor literario que han de ser difundidos en otros estudios.

Francisco Vegas Seminario ha revelado ya condiciones sobresalientes como narrador de ambientes agrícolas y aldeanos de la costa norte del Perú. Sus personajes son, por lo general, vigorosos mestizos afirmados en la tierra y recios exponentes del problema humano que palpita en esas comarcas soleadas. Vegas evita lo pintoresco, las impresiones superficiales y se adentra en lo telúrico, en la rica veta de la superstición y del mito. Sus personajes se delinearán psicológicamente con firmes trazos, dentro de la acción dramática que dictan los conflictos humanos.

El renombre literario de Vegas Seminario data de hace pocos años. Antes de 1946, fecha de la publicación de su libro de cuentos **Chicha, sol y sangre** (París, Imp. Desclée, de Brouwer, 1946), era ignorado y apenas había insurgido eventualmente en el periodismo. Después de esa fecha, ha desenvuelto su actividad literaria incrementada los últimos años con la publicación de dos novelas significativas: **Montoneras** (Lima, Ed. Mejía Baca & Villanueva, 1954) y **Taita Yoveraqué** (Lima, Ed. Mejía Baca & Villanueva, 1956, que marcan una etapa nueva en la narrativa peruana contemporánea. con la misma tónica costumbrista y de intensidad social que muestran sus cuentos. La crítica reciente ha visto en estas novelas una distinta expresión del tema humano afirmado en los problemas de la tierra peruana y un sustancial aporte a las nuevas letras del Perú, por lo que su autor ha logrado obtener con ellas el premio máximo de dos concursos nacionales recientes.

José María Arguedas tuvo una revelación más temprana. A los 24 años, la publicación de su Libro Agua (Lima, Cía. de Impresiones y Publicidad, 1935) le hizo adquirir una preclara nombradía entre los nuevos narradores del Perú. La fuerza dramática de unos pocos cuentos que componen dicho libro, el estilo particular de un escritor de lengua materna quechua, su enfocamiento tajante y vivido de los episodios, la angustia esperanzada de sus temas, lo hicieron un caso verdaderamente inusitado y precioso en el suceder literario del Perú. Dentro de esa tónica inicial, Arguedas ha ido haciendo cada vez más consciente su cometido literario, ha afinado sus medios de comunicación, ha depurado sus instintivas y desbordadas tesis y ha adquirido una cabal aptitud y dominio de la expresión literaria. Su segundo libro fué un ensayo de novela: **Yawar Fiesta** (Lima, Cía. de Impresiones y Publicidad, 1940) y en la reedición de **Agua** ha adicionado nuevas muestras capitales de su producción reciente: **Diamantes y pedernales – Agua** (Lima, Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, Editores, 1954).

Los relatos de Arguedas —más que cuentos, auténticas novelas cortas— manifiestan a un narrador original. Las inspiran el odio y la ternura, expresados con un lenguaje particular que brota de una mentalidad forjada en el encuentro de dos corrientes de sensibilidad y en dos cauces lingüísticos que armonizan en una expresión clara y limpia, exenta de artificios literarios. Su marco es la aldea indígena y andina en donde viven "sólo dos clases de gentes que representan dos mundos implacables y esencialmente distintos": el terrateniente y los indios. Aún cuando trata de un ambiente costeño —como en "Orovilca"— su espíritu asoma a los misterios ancestrales y a la caracterización de dispares actitudes vitales en hombres de sierra y costa.

Pero no solamente es válido para su cuento **Agua** sino también para el resto de su obra, su propia afirmación de que aquel relato fué escrito con odio, "con el arrebato de un odio puro; aquel que brota de los amores universales". Porque en el fondo aquel odio que lo alienta es la fuerza que ha de reivindicar una raza, es el odio constructivo y puro que aspira en última instancia, a la liberación e integración del hombre expoliado y humillado de las serranías del Perú.

Julio Ramón Ribeyro es el más joven de los tres autores. Sólo ha publicado un breve libro **Los gallinazos sin plumas** (Lima, Tipografía Peruana S. A., 1955) que toma el título del primer relato que lo integra. Si bien en Arguedas los personajes aparecen hundidos en su tragedia social, aunque empeñados en encontrar el cauce profundo que los salve, y en Vegas Seminario el personaje ya emerge de su tragedia con renovado brío, en cambio advertimos que en Ribeyro el personaje vive enquistado en su tragedia individual, sin solución visible. Esa tónica trágica domina siempre el vivo y original relato de Ribeyro, ofreciendo un tono particular a sus creaciones.

Apesar de sus diferencias individuales los tres autores reseñados muestran algunos caracteres comunes: los une la fuerza dramática, el inconformismo frente a una sociedad injusta, la ternura por los personajes desvalidos, la intensidad de los cuadros de vida, el rechazo de lo pintoresco y la proscripción del culto del "héroe". Todos ellos han superado la ingenuidad de un naturalismo simplista y ensayan un expresionismo americano que repunta en un "grito" de tremenda fuerza telúrica y humana, que cala muy hondo en la sensibilidad del lector y lleva en sí un mensaje de congoja y de esperanzada protesta, en tensa realización de belleza y de vida.

Javas cantitupi, ay palomitay
(Junto a un habal, ay palomita)

Chucuricherkayqui, por vos viditay.
(Te hice sentar, por vos vidita).

Casarasun nispa, ay palomitay
(Nos vamos a casar, diciendo, ay palomjta)

Cusiricherkayqui, por vos viditay.
(Te hice alegrar, por vos vidita).



Rito lúdico de sentido religioso
(huallunka), mientras la mujer es
mecida, canta la copla transcrita.

Foto Telecine



MI NAVIDAD

POR

MARTHA MENDOZA

I.- EN EL PESEBRE

Un vaho acre sube de la tierra mojada.
El aliento vital de los animales da calor al mísero albergue.
La irradiación pascual de la luna y de las estrellas, enciende una suave luz que ilumina la carita del que acaba de nacer.
Tenía que venir de los alto Aquella claridad.
Tenía que venir de lo Humilde aquel calor.

* * *

Algo vibra en el espacio como el rumor de miles de leves alas.
Los animales del establo han despertado y quedan azorados; luego, una fuerza: misteriosa y poderosa les atrae allá... a ese rincón donde se albergan los humildes forasteros:

ELLA Y EL...

* * *

Y ahora, son tres los forasteros.
Y Ella es la Fuente de Vida Eterna.

* * *

Floreció y fructificó el dolor en amor.

II.- EN EL TEMPLO

Desde el atrio, relampaguean el anatema y el látigo.
La palabra tierna se hizo verbo admonitorio y, he aquí que en la Casa del Padre, el verbo se hace acción para castigar a los profanadores, a los especuladores, a los que anteponen el vil materialismo.

El sublime y puro revolucionario no transige.

Santifica el látigo y lo pone en manos de todos aquellos a quienes, por los siglos de siglos, han de tocar, en las fibras más sensibles de su ser: la injusticia, la impostura, el latrocinio, la ambición sin freno, el lucro corruptor...

* * *

Judas, y algunos de los "otros", contemplan, estupefactos y luego sonrientes, aquella escena.

¡Ya están armados y tensos los hilos de la trama!!

El telar se moverá con mayor seguridad y mayor celeridad.

¡Cómo trabajan febriles allí: la envidia, la venganza, la convicción de la, infinita superioridad de aquel HOMBRE tan distinto de los otros hombres!

* * *

¿Quién es ESTE que, con igual maestría, da luz a las oscuras pupilas, vida a los muertos; que atrae a los niños y a las multitudes; que, con su sola presencia, todo lo ilumina, y que, ahora, de palabra y de obra fustiga a los mercaderes...

* * *

Una modesta mujer repasa mentalmente las inolvidables palabras que había oído, decir al MAESTRO en la montaña, y se pregunta asombrada:

—Este que dijo todo eso, es el mismo?...

Mientras el Hijo del Hombre dice Su Verdad, ahora más severa y más rotunda; ahora más fuerte y firme y profunda.

* * *

Floreció y fructificó el amor en dolor.

III.- EN LA CRUZ

¡Sed tengo!
Sólo dos palabras.
La brevedad que se agiganta.
La brevedad que se ilumina,
La brevedad que se inmola.
La brevedad que se inmortaliza.
Dos palabras.
No más.

* * *

Tuvo sed desde los albores de la Encarnación.
Tuvo sed en la gravidez de la Elegida.

Tuvo sed en el establo, en el Templo, en la montaña, en el mar y en el desierto.
¡TUVO SED...!

* * *

Y, para esa SED, los "otros tuvieron una esponja empapada en vinagre y hiel".
Tuvo sed.

* * *

Y esa sed sólo se apagó cuando todo estuvo consumado.
Cuando la hiel y el vinagre se hicieron infinita dulzura en los labios del REVOLUCIONARIO, que, habiendo apagado su sed en la Cruz, dijo en el último hálito de su vida.
!In la secreta y definitiva entrega:

— ¡QUIEN TENGA SED VENGA A MI!...

* * *

Floreció y fructificó el dolor en amor.



"LA PAZ Y LA PROVINCIA EL CERCADO"

Una obra póstuma de Don Rigoberto Paredes

POR

ANTONIO ALBORTA REYES

"En un país sin hora
Y sin aurora,
De un algo sin medida
Es más que vida,
Y en voz no trunca
Dice que siempre es siempre
Y nunca hay nunca".

FRANZ TAMAYO

I

En estos días ha sido distribuida al público la edición póstuma de la monografía que encabeza el rubro, cuya importancia primordial radica a mi juicio en que viene a complementar, y aun sobrepasa, en cierto modo, las proyecciones de esa extensa faena intelectual de elevado tipo nacionalista —iniciada en 1898 con los "Datos para la Historia del Arte Tipográfico"—, que sostuvo durante toda su vida don Manuel Rigoberto, y colma una de las fichas bibliográficas más sobresalientes de nuestra producción boliviana.

Debo a la gentileza de su hijo, el folklorista Antonio Paredes Candia haber anticipado su lectura y me apresuro a diseñar modestos comentarios y notas dispersas en las márgenes del libro, cuyo tema específico apenas rozaré pues estoy empeñado en hallar, en estas recensiones ante todo su intimidad, ese sentido de refugio que cierto magnetismo material acumula en estas nuestras breñas irsutas, cuya expresión concentrada logró aprehender cordialmente frente a un mundo estólido y rechinante como el actual.

Desde luego que tomo lo esencial, para orientarme en estas divagaciones, tanto del medallón de Vicente Terán E., donde a manera de prólogo consigna dicho escritor acotaciones plásticas sobre la personalidad y trayectoria del viejo maestro, así como aquel exhaustivo "estudio bio-bibliográfico por José Antonio Arze y Arze escrito especialmente para un libro de Paredes últimamente publicado por Ediciones ISLA sobre **"Tihuanacu y la Provincia Ingavi"**. Apareció en separata en 1955. Soberbia pieza, igualmente, aquella **exploración** al país **TIAHUANACUMARKA**, de la que nos ocuparemos en breve, en otra parte.

En las postrimerías de su ilustre ancianidad, la figura clásica en el mundo intelectual de nuestro país, levemente agobiada —según reza el aforismo: "la espiga rica en grano se inclina hacia la tierra mientras la estéril se empina tieza"—, y aquella máscara irónica de Paredes proyectaban magia personalísima recorriendo del brazo de sus discípulos predilectos las calles retorcidas de esta ciudad que tanto amara con la estoica pasión de su alma kolla.

El escritor Emil Ludwig, en su "Guillermo II" llama al Príncipe Otton von Bismark "EL VIEJO HECHICERO" copando la denominación que créese sirvió en siglos pasados muchos a escritores alemanes para señalar a Goethe, certera y originalmente. Pues bien, Paredes semejaba también un nigromante lleno de la sabiduría antigua de la vida, al que hablan sido revelados los recónditos secretos de la tierra aymara, y no inductivamente, sino por un largo proceso tradicional de disciplina científica sostenida en la aptitud de su estirpe andina. La capacidad para sentirse interpretar, por ejemplo, la palpitación de los giros del viento en el amplio SUNI o altiplano, en aymara expresados en las danzas nativas y otras manifestaciones estéticas aborígenes, como lo hizo en su formidable "ARTE FOLKLORICO DE BOLIVIA", patentiza y autentifica su perfil, esencial; era un noble aymara, descendiente de los Siñani, señores de Carabuco, nacido en aquel luminoso golfo del Lago de las leyendas que llena la poesía del "Kollasuyo", un sabio vernáculo que desdobló la geografía multicolor de nuestras catorce

provincias departamentales y la extendía como una mano abierta bajo los cielos andinos. Además fué sorprendente intérprete de los más complicados matices históricos cuya porosidad interpretativa valorara en sus tegumentos artísticos no menos que en sus estructuras psicológicas y sobre todo al aplicar predominantemente al campo de la sociología las comprobaciones de naturaleza social halladas en el ambiente aymara.

Penetrando interioridades milenarias de tierra y raza, utilizaba agudísimas percepciones de escritor, experiencia de magistrado y jurisconsulto eminente. Hizo buena parte de su carrera en las diversas regiones de la geografía andina del Kollao y empleó rigurosos métodos científicos para sus comprobaciones objetivamente sistemáticas y poder así legarnos una obra redonda, concisa y maciza de información, consulta, orientación y dilucidación históricas y prehistóricas de nuestro país aymara.

* * *

Si entramos en el tema "LA PAZ Y LA PROVINCIA EL CERCADO" con un criterio-verazmente nacionalista advertiremos como fluye de su lectura la urgencia de desarrollar en nuestra Bolivia todas las posibilidades de cada Departamento —que es, cada uno, un auténtico y hasta relativamente conclusivo país—, y armonizar sus esfuerzos complementarios dentro del cuadro general de una República que bien pudiera adoptar en el porvenir un tipo federal, —para aproximarla a sus fronteras exteriores, en igualdad de condiciones con los estados vecinos. A la larga, Amerindia tendrá que ser una sola gran nación libre de tutelas, en plenitud de soberanía cuando termine la **contrainterdependencia** artificialmente lograda hasta hoy por monstruosos intereses foráneos que la avasallan, explotan y pauperizan. Y esta dualidad histórica es la que hasta ahora y debido a circunstancias favorables, ciertamente, pero también de acuerdo a las virtualidades que constituyen su fuerza esencial, dimanada justamente de su equilibrio interno, ha preparado a través de su trayectoria complicada y difícil la tenacidad paceña, sosteniendo el presente y diseñando el porvenir. Porque la fuerza, de La Paz está justamente en el ejercicio de ciertas condiciones para la vida heredadas del aymara. Antes de haber caldo de bruces en la estólida y rechinante vida del siglo, —en el XIX— La Paz fué en cierto modo una arcadia aymara, retocada por una pátina ingenua de occidentalismo experimental por cuanto aspiraba a categorizarse como urbe moderna. Los que estuvieron excluidos de ella fueron precisamente los aymaras por la incomprensión colectiva de algunos sectores burgueses, cavernarios complots de latifundistas y la furia del colonialismo. Pero dentro del cuadro general de aquel siglo su historia transcurrió en el empeño de crear un núcleo vital para afrontarlo a las fuerzas absorbentes que tendían a desintegrar la bolivianidad. El ensayo alcanzara éxito y su punto de prueba resultó Ingavi. Allí obtuvo para la República adolescente una confirmación viril que le trajo como es natural derechos y responsabilidades de tipo cada más complejo, y dibujó para ella la situación paradójica e inevitable de conducir los destinos de Bolivia hacia la gran fusión indoamericana del futuro y centrar al mismo tiempo la cohesión de la Bolivia actual. Dura tarea. Bien es cierto que ya Santa Cruz, el estadista de visión continental, Ballivián el fastuoso vencedor, Belzu, el primer conductor de masas con un sentido socialista de nuestra historia, Córdova clemente y generoso, habían dado la tónica nacional durante los veinticinco años independientes, siempre dentro de un sentido ecuménico de bolivianidad. La segunda confrontación boliviana bajo el signo kolla, vino en 1899. Aquí comienza el trabajo asimilatorio actual. Humilde e incapaz de lucrar para sí misma. La Paz sustentó al bolivianismo auténtico, aún a costa de sus propios intereses, como es bien palpable.

Y tal es el punto inicial para la obra bibliográfica departamental y ciudadana del maestro, obra que culmina en este aporte integral que ahora glosamos. Don Rigoberto carecía de "pose", elación, utilería, "réclam"; aunque en cierta hora le tentaron los horizontes deleznable de la política. Pero fué ante todo un polígrafo estudioso, marginal. constructivo, cuya labor se descompone en múltiples categorías de actividad publicitaria como sus "Relaciones Históricas", "Monografías", "Estudios Folklóricos"; parlamentarios, insuperablemente tratados en la ya clásica "Política Parlamentaria" cuya maestría a lo Macaulay sólo tuvo un rival apreciable en nuestra literatura parlamentaria, aunque éste en el campo polémico: "LOS GANSOS DEL CAPITOLIO" de Quintín Mendoza, pese a que también contamos en dicha especialidad con otros sólidos ensayos como el "Derecho Parlamentario" obra monumental de Alcibiades Guzmán, los epítomes de Pío Cáceres Bilbao y los esbozos ácidos de Nolo Beaz (Figuras Convencionales, una de ellas

referente a Paredes), etc., etc. Decíamos que esta actitud recogida de intelectual le quitó las fruiciones baratas del éxito. Pero le asegura en cambio constante permanencia en la sustentación y exaltación del Kollasuyo. Como Adolfo Ballivián, como su maestro Aspiazu, como Nicolás Acosta, Pedro Kramer, Manuel Vicente Ballivián y como sus contemporáneos Bautista Saavedra, José María Camacho, Belisario Díaz Romero y otros de la misma promoción, fué uno de los grandes ensayistas andinos que partiendo, siempre del panorama telúrico circundante acercan sus estudios, sugerencias y comprobaciones hacia su Marka donde se concentra el proceso cultural y el verdadero sentido, moderno y constructivo de la actitud telurista. Según apunta vertebralmente uno de nuestros periodistas. **"Las instituciones heredadas del pasado han llegado hasta nosotros selladas por el signo de la decadencia"**. Y ello es indudable. Bolivia recurrirá entonces para abordar su destino trunco, a las fuerzas recónditas, expectantes, surgidas de la misma tierra milenaria que dieron vigencia a las normas antiquísimas de los hombres en el esplendor tiahuanakense, inyectaron su vigor secreto en el Imperio quichua y sostuvieron hasta hoy la raza oprimida durante tres siglos de coloniaje y uno de vida republicana, no menos opresora para las grandes masas morenas —con sarcasmo se les llamó "khestis" (tiznados) de nuestro país. Esas formas de vivencia, elaboradas durante milenios por el hombre autóctono en permanente contacto con la naturaleza andina, le permitieron subsistir como raza, y, en buena parte, también a Bolivia como nación, hasta el presente. Los postizos formulismos occidentales resbalaban, gracias a ellos, como polvos de arroz sobre la superficie bronceada del rostro autóctono. Esos formulismos habían sido creados solamente para minorías de **blancoides** enquistados en las células del organismo nacional. En el trasfondo, en lo estructural, en aquello que no percibimos sin esfuerzo, está bullendo espléndidamente la vida. Y allí penetra, como en un mundo que actúa en penumbras, el investigador de nuestro telurismo que en otras latitudes puede ser postizo y aquí no lo es, ya que nos alimentamos espiritualmente —y aún orgánicamente— de las virtudes nutricias de esas vivencias remotas. Este enunciado es de índole general. Pero aún hay algo más importante para remachar su efectividad: confrontando los sistemas de vida, las normas ancestrales, las modalidades propias de la existencia bravía, feliz e independiente de los primitivos pobladores de este suelo, resulta que ese pretérito actuante, corresponde mejor a una visión científica y social de la existencia en sus ámbitos propios, que la colonial o la republicana. Siempre, el hombre ancestral está en más perfecto acuerdo con la naturaleza que nosotros, advenedizos trasplantados. Creo haber indicado en otros trabajos míos que la técnica moderna alcanza apenas a suplantar la profunda sabiduría natural del indio, su rica vitalidad física y moral, su estoica compenetración con las obligaciones que se derivan de haber él hallado un puesto humilde pero exacto sobre la tierra, y ello no calcando imágenes preexistentes sobre realidades concretas, sino al contrario. Todo ayuda al autóctono a interpretar la naturaleza y aún a influirla, inclusive a la inmaterialidad del lenguaje. Para quien está compenetrado de ello la propia lengua popular, tiene hondo y permanente sentido alegórico y constituye una interpretación cósmica y flotante.

Rigoberto Paredes, percibió intuitivamente en sus obras y realzó estos hallazgos de su sensibilidad reforzando con estudios sistemáticos de gran profundidad los temas propuestos a su atención de estudioso. Avanzaba sobre los planos de la sociología folklórica del pasado milenario hasta la realidad actual del país andino pulsando y percibiendo el juego de los matices telúricos con sus dimensiones espaciales y temporales y no como simples formas enunciadas por conceptos aislados sino como elementos culturales.

Los ensayos analíticos de Paredes penetran en las más íntimas estructuras de la mente kollavina, de su sensibilidad, historia, sociología y costumbrismo, a base de las comprobaciones efectuadas con el rigor escueto de los teoremas matemáticos, la prolijidad documental de los informes científicos y la intensidad penetrativa de las creaciones artísticas. Sus métodos rigurosamente científicos dejaban a cargo del lector las interpretaciones de ese mundo fenomenológico en que diseñó el conjunto de posibilidades internas del país y aún de sus exterioridades superorgánicas enfocadas positiva y objetivamente.

En realidad las monografías y estudios de Paredes parecen constituir series articuladas y completas. Considerando a la ciudad y sus provincias como una unidad orgánica antes que como simple demarcación departamental, recorrida por corrientes étnicas y sociales de igual frecuencia que provocan como es natural resultados de un mismo estilo, acierta a comunicar a sus formas de expresión orgánica la movilidad inherente a lo vivo, no encuadradas en esquemas fríos y estáticos

sino decantando la tibia plasticidad de la vida, y esto por muy humilde que nos parezcan los temas vernáculos cuya importancia no siempre valoramos aunque sean como son, substantivos. Ello hace posible que tales documentos continúen publicándose muchos años después de escritos, resistan a la crítica y cobren permanente actualidad (es el caso del volumen ahora glosado, ampliación de un estudio terminado hacia 1911); y a mi juicio porque su intervención en los temas de la circunscripción territorial del Departamento, obedeció a una ordenación de perspectivas culturales. Bien sabemos que mientras la civilización es simplemente adjetiva la cultura es substancial. De esa condición dimanan importancia y perdurabilidad en esta obra y las demás de nuestro autor, en su figura Intelectual cuyas faenas pulsaron elevado nacionalismo, dentro de las materias de su especialidad.

* * *

Creo que podemos entrelazar en este punto, con ciertas intermitencias, el proceso integrativo de la gran ciudad cordillerana, —Chuquiagumarka, en aymara—, y su heredad provincial, con el desarrollo del pensamiento nacional que produjo la promoción selecta de mentalidades contemporáneas de Paredes cuyo representante nato es él, en este caso y, referirlo a aquella primera quincena del siglo XX que, bien meditado, fué la época del esplendor paceño. Debió acondicionarse muy bien el temperamento local, —propenso a incubar sordamente y en "tempo lento" trasmutándolos casi en problemas morales, los eventos simplemente formales de la política o la economía, y aún algunos de tipo colectivo, por una suerte de fermentación epicéntrica cuya secuencia es el estallido sorprendente e incontenible, no tanto por su violencia, cuanto por su inaudita persistencia—, debió acomodarse perfectamente esta aptitud temperamental a una situación de plenitud como la que se respiró en la atmósfera de aquella época y desde las postrimerías del novecientos llenó esta rinconada de los Andes con su gracia templada, en una ciudad pintoresca, original y colorida, retorcida, exasperada, que se escalona en contrastes y se reparte en barrancos y planos de todos los matices.

El punto de saturación al que debe atenerse todo análisis u homología de esta antiquísima "Marka" preincaica, —actualmente Nuestra Señora de La Paz de Ayacucho, cuya fundación española en 1548 es solamente un episodio de su pasado milenarío—, está marcando su infraestructura psicológica colectiva la que a juicio de Franz Tamayo determina que: "el paceño parece caracterizarse por cierta monótona dignidad". (1).

Y aquí está la polarización vitalista de esta monografía capitolino-provincial da Paredes sobre La Paz cercada por su Provincia, cuyo tejido nervioso y muscular va descubriendo el viejo maestro en páginas que hojeamos en función de láminas coloridas y no como esquemas fríos y estáticos. No se ha evaporado aquí todavía la tibia plasticidad de la vida ciudadana y encuentro en ellas una ordenación simétrica entre el relato amable y la estadística, la anécdota y el rigor comprobatorio de los estudios geográficos-sociales, cuya autoritaria validez se reafirma dentro de las materias de la especialidad que cultivó Paredes.

Hay aquí una llamada cordial que nos obliga a descender, en amable coloquio, desde el pardo corte de la "Ceja de El Alto" en el que se hunde la brusca cuchillada de nuestra cóncava heredad, pongamos por ejemplo, hasta esos planos tangenciales a las calles empinadas y los "recovecos" sorpresivos donde llameaban los juegos de colores violentamente encendidos de los ponchos y los aguayos multicolores, absorbiendo todas las re fracciones del espectro y conjugados con las severas vestimentas de los criollos, junto a la suavidad de sedas caras en las polleras y las "mantas" de las cholitas de antaño que lucieron sus "tarros" altos de paja blanca, ala corvísima y copa redonda y cupular inclinados sobre ojos reidores —ligeramente asiáticos— en los clásicos barrios de Churubamba y Koscochaca, Willkipata, Mejahuirá, Hichukato y tantos otros reductos de civismo y emulación humana.

Esta ciudad mestiza y burlona, de especialísima fisonomía y buena índole debajo de rudeza, con sus rincones amables arbolados y floridos como Potopoto, Sopocachi, Obrajes, Calacoto, Llojeta, Següencoma, Mallasa y otras villas rurales —gran constelación pintoresca y productiva con cuyo concurso hubo siempre abundancia agropecuaria, vivió adormecida en esa deleitable postura que, según establece muy sutilmente Toynbee en uno de sus ensayos históricos, lo hacían las clases medias inglesas y alemanas por los mismos años del novecientos. También aquí hubimos de asimilar igual impresión reconfortante; vencidas las dificultades de la

revolución Federal, la vida parecía detenerse en el ápice de la felicidad y la historia estaba concluida para nosotros. Fué aquel un instante feliz y seguro, por lo menos en escala continental y típicamente mesocrática —baja clase media— que es la que ha predominado siempre en La Paz, aún entre artesanos y campesinos. Pero ya apuntaban las formas mercantiles de la decadencia ciudadana. El esmalte falaz de una modernidad confusa asomó tímida sobre la fisonomía de esta ciudad "re-trazada" por los conquistadores sobre la dura corteza de sus ayllus originales, superstide como fuerza cohesionante del ámbito de las cordilleras. Aquella combinación era perfecta y la Ciudad, surta en su hoyada, extendía ahora un urbanismo ingenuo y espontáneo propio de su naturaleza, curvándose graciosamente para alcanzar en largas ondulaciones los promontorios, salientes y atalayas de sus cerros y tomar enlace sobre los puntos referenciales como el Montículo de Sopocachi, el que tendrá que ser Parque Forestal, milagro vegetal suspendido como un jardín umbrío sobre el lomo desnudado de las montañas, el Calvario y sus barbicanas graníticas, etc., atalayas desde las que "voltea" para mirarse a si misma y es frase galana que le dedicara entre otras muchas que pronunció en su elogio el político peruano don Alberto Ulloa Sotomayor.

Por que La Paz no era todavía, entonces, una de tantas ciudades planas, monótonas, de cromo barato, urbes o villas "aperspectivas" que ha creado la técnica arrasadora en países vasallos. Recuerdo ahora ese Orán norafricano descrito con suma maestría y precisión en la prosa compacta de "La Peste" de Albert Camus. No. La Paz era aún sorpresiva, retorcida, quieta pero atenta, inconforme siempre con la realidad pero trabajando duramente sobre ella; y bordeaba en los contornos de sus cerros, con suaves avenidas, olvidada de los trazos rectilíneos que hoy se le han impuesto nuevamente porque los poseedores de automóviles no precisan justamente calles bellas sino anchurosas rutas casi aldeanas para maniobrar sus máquinas de guerra. Desconocíamos propiamente la crisis de habitación. Se construía normal y sólidamente en aquella época. Aunque esa suerte de ciudad barroca "Lewis Mundorf, **Cultura de las Ciudades**"), propiciada por el caciquismo ilustrado del periodo liberal comenzaba ya a demoler las reliquias de piedra colonial que en buenas cuentas fué lo único que nos dejara en pié el recuerdo de los "godos".

Ese es el instante en que Paredes elabora el volumen que glosamos. Me parece entender que su libro—como lo fuera en su época la típica "Guía del viajero de Nicolás Acosta"—, nos capacita para tantear las nociones fundamentales referentes a nuestra heredad departamental, en su circunscripción más reducida, en este caso, y que su disciplinada amplitud estimula la sinergia social del pazeñismo y la aplicación práctica de sus estudios supera las comprobaciones estadísticas o meramente geográficas en cuyos ámbitos temporales recaba también interés, pues data, como dijimos, de muy remota fecha y quedó desde entonces inédita según nos advierte el prologuista citado, aunque ostenta interpolaciones posteriores como la relativa a la ascensión al Illimani en 1945. Siguiendo los hitos de aquella circunscripción provincial del Cercado, cuya capital era La Paz, tajada por el torrente bronco y montañés del Choqueyapu actualiza la tradición ciudadana dentro de una acompasada y minuciosa labor que su mano de erudito bordara en la tranquila diafanidad de los últimos días del ochocientos con cadencias y auténtico goce estético para obtener la identificación histórica, social y económica de la ciudad. Concentrando motivos generales, relata Paredes en su estilo documental de gran precisión el encanto frondoso de Obrajés, feudo jesuita en la primera parte del coloniaje y propiedad después de los Landavere y sus descendientes como la célebre Teresa Villaverde, dama hijodalga y rica hembra chapada a la antigua, gente de pro como lo fuera también doña Isidora Seguro, madre de José Ballivián e hija del Brigadier don Sebastián y esposa de aquel realista Jorge Ballivián que los patriotas de 1814 mataron a las puertas de su casa que hoy es el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República; —el ingenuo paganismo riente de Mecapaca o Mecapata "Yosiwara" de los antiguos aymaros y después Real de placeres de españoles y criollos, antiguamente nido de indios bravos —en Kollana se enquistan los últimos ejemplares puros del aymarismo colectivista, cuyo orgullo totémico les hacia remontar su nobleza milenaria y zoomorfo hasta las águilas—. Mecapaca que las erosiones y los embates de los ríos de pendiente rápida se van comiendo en la actualidad, como casi todos los otros valles comarcanos de La Paz, sin que la lucha contra las depredaciones de la naturaleza se encare aún allí en forma integral y científica. Protomonografías zonales, referencias históricas, geográficas y sociales, tradiciones, paisajes de tanta calidad como el de la Ciudad avizorada desde las faldas nevadas del Illimani, disertaciones industriales, agropecuarias y mineralógicas que apuntó. Y desarrolló prudentemente, llenas de sensatez y prudencia. Todos

estos aspectos iluminados con simpatía .desarrollan un film tridimensional en este libro, esquematizando las posibilidades orgánicas de la Villa del Choqueyapu para constituirse en una futura y sugestiva ciudad andina cercada por sus valles, cuya conocida aptitud para producir casi todo lo que el hombre puede exigir a la naturaleza en estas latitudes, es científicamente comprobable.

Pienso que todo ello va afirmando en el lector una comprobación histórico sociológica sorprendente: en realidad el cerco de La Paz por Tupac Catari, abierto en el terreno militar por Segurola fué convirtiéndose a lo largo del tiempo en un sitio pacífico y laborioso de los aymaras a la ciudad, creando por interacción mutuas ventajas para ambos excontendores. Lamentablemente, lo que no sucedía aún cuando Paredes escribió su librito, también ese amago de sustitución fructífero fué quebrado por las nuevas formas industriales del capitalismo mecánico y voraz que nos inundó principalmente en los términos de especulación con el valor de la tierra y sus productos. Lo que sucedió es a mi juicio muy fácil de explicar: los terrenos adyacentes a la ciudad .que rendían agropecuariamente buena parte de su consumo, fueron arrebatados a los campesinos indios a precios viles por depredaciones de viso legal para urbanizarlos relativamente y edificar en ellos los especuladores sus residencias y fundos deleitables. Pero ya no llenan, en esta nueva forma utilitaria, sus funciones de abastecimiento para la colectividad urbana y lógicamente el desequilibrio de aprovisionamiento comparece en ambas áreas.

En la "Historia de La Paz" de J. Eduardo Loza, libro de interpretación orgánica, —no simplemente papelista— y criterio sopesado y limpio, se puede seguir, como lo hacemos dentro de un lapso determinado por los límites del tiempo en los meritorios libros de Víctor Santa Cruz sobre la materia, la trayectoria y el bregar de la independencia, que habiendo desgarrado la cáscara falaz de la quietud colonial reactivó en las masas morenas de criollos y mestizos, la confianza en su poder para supervivir hasta llegar al punto que enfocamos a través de la obra, ya que el país aymara podía sostenerse a si mismo, como lo hizo sin pedir nada a nadie dentro de su economía agraria y minera de tipo reducido, familiar.

Hasta entonces la ciudad era un organismo de tipo atemperado a la complicada y "atécnica" realidad ambiental, si se quiere, pero cuyo potencial diacrónico constituía una unidad esencialmente considerada, y por ello los habitantes se encontraban identificados con la vida ciudadana valorando a esta como a organismo colectivo, cuyos intereses era preciso atender cuidadosamente bajo pena de lesionar sus propios destinos particulares. Esa era su expresión social permanente que, dadas las ambivalencias de la psicología local se manifestaba, por ejemplo en un sentido colectivista del pacheñismo que consistía en dar forma inmediata, "en el mundo de los hechos" a las inquietudes, deseos y necesidades populares. De ahí su permanente reacción frente a lo injusto. Y de ahí también esta vivencia inexorable entonces: la reacción pacheña estaba en la naturaleza, en el dintorno. Por mucha gente de fuera que se avecindase, no importaba. Antes de transcurridas dos generaciones, serían también pacheños, endurecidos, constructores en un sentido biogenético y por eso mismo desinteresados y tenaces, de mentalidad apacible pero irreductible.

Y ese fué el milagro de la hondonada que decora el Achachila.

II

Cuando no había sido lanzada al público la mejor parte de la extensa bibliografía departamental y ciudadana debida a Don Manuel Rigoberto y este nuevo y valioso aporte que comentamos se hallaba probablemente en ejecución, coincidieron las primeras manifestaciones de un fenómeno regresivo. La Paz, encaminada a convertirse en una fisonómica y caracterizada capital, tropieza lamentablemente en su ascensión a los planos de mejoramiento social con la circunstancia de que desde las cimas de "las minas perfeccionadas y en estado de exploración que se hallan circunscritas al contorno de esta ciudad y forman un cordón desde la región de Chuquiaguillo hasta el Huayna Potosí" de reciente ubicación pues —prosigue Paredes: "como asiento mineral no se le conoce sino desde hace muy poco, antes de ahora los moradores se ocupan de explotar superficialmente los diferentes veneros de oro que cruzan su territorio", comenzaron a bajar a la ciudad aguas impuras y contaminadas. Es decir que el prurrito industrial

de la ciudad **factoria** comercial sin estilo y minada por terribles amenazas, como la de Chacaltaya horadada por los socavones y los peligros consiguientes a un complejo epidemiológico suscitado por la falta de concordancia entre la importancia de los factores de altitud, radiación solar, pureza del aire que se respira aquí y las condiciones sanitarias de la vida social entre las que descuella el criminal aniquilamiento de la ventaja que supone para una ciudad como la nuestra el hallarse beneficiada con la categoría de FLUVIALIDAD (Véase geografía dermológica del departamento. S. Landa, 1941), decía que el prurrito comercial determina que esta ciudad orientada hacia montañas donde la naturaleza ha purificado los elementos en sus prodigiosos laboratorios de altura, carezca sin embargo de agua potable en la acepción científica del término. Es inaudito si no estuviera entre los síntomas pavorosos de un sistema que en lugar de fomentar racionalmente el ambiente biológico del lugar que explota lo insumía en la degradación, y resulta inútil especular más sobre esta situación, no ya solo regresiva sino verdaderamente destructiva para la colectividad.

Aquí vale la pena de transferir al lector nuevamente a Lewis Mumford cuando en su "Cultura de las Ciudades" nos previno con acentos patéticos del grado en que afecta la proximidad de la mina a la ciudad "con la pérdida de la forma y aun de las instituciones sociales" quitándole "otros atributos que hacen amable la vida de los hombres".

Estaba iniciado el tránsito de la villa novencista de tipo popular a la ciudad industrial, remedada de cualquier metrópoli regionalista de última orden en cualquier país desarrollado.

Nuevas divisiones de clases puramente económicas, descompaginaron aquel su tipo despreocupado de población cortesana que la habían dado los últimos años del liberalismo subsistente aún en los interesantísimos folletines mezcla de sátira política y de novelín picaresco de Alberto Saavedra Pérez, "Memorias de un Calceñín", etc., a los que nadie alude aunque sean un documento literario y humano muy importante para deshuesar la época donde esbozara la agonía roció del período liberal acaecida entre las frondas de las casas de campo de Gutiérrez Guerra. De aquí en adelante la cohesión orgánica comenzaría a ser desmontada, pieza por pieza, dejando solo subsistir por cuánto tiempo? ese espíritu persistente que admiraban hombres como Carlos Montenegro, uno de los pocos "Directores" políticos bolivianos en los cuales el pesado regionalismo se habla disuelto evaporado por el genio, y que fué amigo de Don Rigoberto en cuya biblioteca acopiaba documentos para su formidable "Nacionalismo y Coloniaje".

El tiempo de la consolidación citadina ya terminaba. La continuidad de su ascenso habría resuelto muchos tópicos de la problemática boliviana.

En lugar de eso, en pleno enérgico tratamiento que le aplicara el gobierno del Centenario para realzar con algunas medidas modernas su ingénita hermosura, bravía, Daniel Salamanca en uno de sus malos momentos de estreñimiento político afiló una frase aristada y venosa para herir a Saavedra: "Bolivia no es un Ayllu". No alcanzaba a calcular que serlo, justamente, a ejemplo de la Marka o (Polis) de los Ayllus como llamaron los aymaras a sus más protoplasmáticas y simples estructuraciones agrícolas y políticas basadas en principios fundamentales cuya plasticidad —lo he dicho en otro estudio crítico junto con su consecuente lealtad, su realismo y la tenacidad peculiares cuyas raíces de irreductibilidad humana parecen participar de propiedades pétreas ya que persisten todavía como arquetipos de núcleos orgánicos humanos, era justamente lo que necesitaba una gran Marka como la nuestra para afirmar sus existencias y no perder sus defensas orgánicas naturales de su carácter acusado detrás del que supervive una estructura cultural y aun económica.

No podemos esconder la circunstancia de que actualmente el mundo interdependiente del que formamos parte sostiene en sus hombros la anunciada depresión económica que no se produjo en todo su patetismo porque las grandes potencias tienen quienes paguen los resultados de sus aventuras, depredaciones y colapsos postguerreros. La situación actual de la economía boliviana sobre todo la departamental es francamente depresiva y ello porque todos los países como el nuestro, forzosamente monoprodutores, para completar sus funciones en el gran cuadro de la economía capitalista, se hallan unidos a una correa transmisora y no les es dado escapar a las regulaciones de su control.

Aún así las provincias pacañas rinden lo suficiente para sostener la vida precaria de una colectividad, como la nuestra, en crisis.

Y, con todo. La Paz ha llegado a una situación atrozmente regresiva. Tiene actualmente para sus habitantes todas las desventajas de la ciudad grande, pero como no evoluciona biotécnicamente, tampoco les proporciona ninguna de las satisfacciones de una urbe racionalmente constituída y atendida. La masa ciudadana sufre por esa insensibilidad organizativa que parece haberse alojado en determinados centros nerviosos de la actividad central de nuestra localidad y le ofrece únicamente una vida miserable, entre la intoxicación del alcoholismo y la de partículas malsanas y detritus pulverizados y esparcidos como advertimos a primer golpe de vista aquí donde, —y citamos un sólo ejemplo entre muchos—, el servicio de carros basureros abiertos, para mayor ironía, y con cruda barbarie esparce miasmas deletéreos en sus locas carreras por las rúas, —gérmenes corrompidos que acentúan la mortalidad en la ciudad carente de hornos crematorios para los inmensos excedentes de desperdicios—, y casi de un 50 por ciento de alcantarillas, en las que se tapan las bocas de tormenta en los días de lluvia y se descubren graciosamente al sol fermentador de los días limpios y estivales—, conglomerado humano en proceso de desintegración social, al que comienza a acosar la degeneración corporal y una sobrecarga de trabajo nervioso y cerebral, unida a una pésima alimentación, todo lo cual conduce a las formas morbosas de la fatiga, (véase Degeneración de Max Nordau). Ambiente plutónico que va tornándose infernal.

Entretanto, La Paz contribuye con algo más del 30 por ciento a la economía nacional según datos de cálculo modesto. Pero ese aporte económico no puede permanecer estático a menos que se haya de varar la potencialidad económica del país aymara. Ella debe beneficiar muy especialmente a las regiones que la han producido.

El donaire serrano, subsistente apesar de que desmponchamos al indio, motivo decorol humano de estas páginas —quitándole el poncho se lo despeja de su intimidad esencial— creyendo que así lo higienizábamos cuando en realidad lo envilecíamos condenándolo a la condición de "lumproletariado" gris y astroso—, cubre ahora malamente los artificios de una condición sociológica inestable de la comunidad, que pudo haber sido afianzada pero, no lo fué. El resultado es patente. Ese espléndido potencial de la ciudad, sus reservas de energía y de belleza destinadas a trasmutarse en formas de vida civilizada estilizando sus autoctonias, se frustraron hoy en las dificultades de la inadecuación funcional frustrada y muy a punto de corromperse integralmente, localidad esta, ahora, no siempre bienoliente y despanzurrada por todos lados; en ella priman los intereses comerciales y manufactureros particulares sobre los sociológicos, y el control remoto de ellos se ejerce desde las metrópolis donde se manipulan los grandes eventos de la economía boliviana. Ello desvitaliza el conjunto y el resultado más aparente es que el indómito burgo aymara murado en piedra Comanche ha venido a parar en un planisferio tirado a cordel de falsos chalets californianos y otros ridículos y mal ejecutados alardes arquitectónicos. El nido antañón de mansiones barrocas de piedra cuyo estilo edificatorio propio tendrá imperativamente en el porvenir que ser tiahuanacota como las "pucararas" o "utas" ancestrales de las cuales nos reveló la necesidad tan simple ese maravilloso "palatzo" del Museo reconstruido en medio de la antigua Marka por el talento de Posnansky. Tal ordenamiento urbano llevará además un sentido pluralista si logra determinar por lo menos en las grandes áreas descubiertas de la actualidad la estructura monolítica vertical de las edificaciones locales. El cerco de montañas multicolores produce actualmente desde la atalaya de la Universidad un campo de apreciación paisajístico, visión integral de sus plenitudes ofrecida por la comunidad al espectador como justificación de la cultura ciudadana.

Pero aun en lo fundamental, de lo cual las formas exteriores expresan nada mas la substancia, La Paz tiene actualmente embotellada su economía y no proyecta influencias, porque el sistema caminero de gran escala no ha avanzado en las proporciones requeridas para asentar un complejo regional económico eficiente que beneficie a la ciudad y sus áreas urbanas e de expansión y sustentación. Un ejemplo: la ferrovía al Beni, cuya urgencia percibimos cada vez con mayor apremio, ya que servirá de inicial a las grandes obras departamentales uniendo dos importantes zonas de la república al propio tiempo que bordea ciertos limites internacionales en completo abandono. Además hay localidades y provincias importantísimas —Caupolicán, Apolo y Pelechuco entre ellas, penetradas y prácticamente controladas por otras naciones, en la

actualidad. Su absorción total foránea es inminente si no se tiende un ferrocarril interior de circunvalación estratégica, económica e internacional, que proyectado desde el centro protegerá la periferia al propio tiempo que plantea la solución en escala nacional de gran parte de nuestros problemas de abastecimiento. Establezcamos en esas riquísimas zonas no desarrolladas las sedes de guarniciones y de abastecimientos, pues es hora de que La Paz que distribuye el 50 por ciento de sus contribuciones en obras nacionales, sea atendida en esta suya propia, en la misma proporción.

Ahora la distribución no federativa pesa sobre la economía departamental con tremenda fuerza de inercia mientras la influencia paceña declina sensiblemente. La paz se hace asténica pues parece como que hay una tendencia a debilitarla en todos los órdenes de actividad desde el más aparente y doloroso que es el afán de escarnecer y aún derrumbar las casonas de piedra de valor irremplazable, diríase que escogiendo para ello las más venerables, que no lo son por perpetuar su antigua función señorial, sino como piezas barroco-mestizas del museo de nuestra cultura, y dejar solares abandonados que luego han de convertirse en muladares públicos; —hasta la peligrosa proclividad que partiendo del supuesto discutible pero concertado ya de alejar el núcleo de la nacionalidad de esta zona norteña, prepara conflictos incalculables para el porvenir.

Porque, y veámoslo de frente, la rotación de la capital boliviana es un hecho histórico económico o simplemente una presunción de tipo político? En realidad es un signo de aquellas facultades de adaptación a un medio intercontinental ingrato que la república soporta desde su creación y que el genio de Bolívar intuyó entonces, como lo relata justamente M. Rigoberto Paredes en su magnífico discurso de ingreso a la Sociedad Geográfica de Sucre en 1937.

(1).- La cita completa tomada de el "Para Siempre", de F. T. dice: "El paceño parece caracterizarse por cierta monótona dignidad invariable moviéndose con pereza", mientras Augusto Céspedes intuyó por su parte que: esa entidad telúrica e insobornable que es el pueblo paceño que anida en la cuenca (donde) un espíritu milenario al que los nativos rinden culto", y también: "se siente como los paceños, seguro al moverse entre los "hechos". (El Dictador Suicida) del año 1956.

..



DETRAS DE LA FACHADA

POR

MARCELO CALVO VALDA

(Fragmento del libro en preparación "Detrás de la Fachada", Biografía del Palacio Quemado de La Paz)

1661.- Las paredes de piedra donde las ventanas como los ojos lejanos de la España allende el mar, filtran a través de sus portezuelas románicas la luz amarillenta que triste vuela, junto a las hojas de los pocos árboles que circundan la plazuela.

El clarín de la pequeña guardia militar anuncia relevo. Veinte soldados de azules pantalones y botas negras, chaquetas rojas y casquete con plumas que los asemejan vivamente a las cotorras antillanas; entregan las armas a otros tantos soldados iguales que llegan marcialmente por la calleja pedregosa y polvorienta. Adentro nada, en los fríos muros de la casona que no se inmutan ante los verticales rayos de un sol altiplánico; tampoco se inmutan, ante la algazara que provoca el cambio de la chillona guardia militar que cuida el Palacio del Corregidor y Justicia Mayor de España en las últimas breñas andinas.

En él mora el Corregidor Ignacio de Aranda, capitán, aventurero y explorador de América tierra adentro. Alto, de ojos negros y profundos, un tipo andaluz, fino y delgado, de maneras suaves. Exclama frente a la estufa donde se queman algunos leños.

—María, una semana a caballo y Potosí será mío.

Un haz de brillo aureoló los codiciosos ojos de Ignacio de Aranda.

—Llevaré veinte hombres al mando de mi Alférez Canedo.

—Cuál Canedo—, insinuó María.

María Guzmán de Argandoña, una toledana con fiebre de aventuras y oro y hombres en las entrañas.

—Cristóbal Canedo, el más valiente y ambicioso de los míos, el que vino de Lima trayendo una orden del Virrey y llegó hasta aquí en sólo dos semanas y cambiando cuatro caballos—, afirmó Ignacio.

Musitó María, —lo conozco, lo ví galopar en un brioso caballo bayo, por las laderas de los ríos del Chuquiago, hacia el río abajo, cuando aquella cabalgata... Te acuerdas—, dijo María; casi prendada al cuello de Ignacio. María tenía las finas manos blancas cruzando las charreteras de la chaqueta militar de su amante, como dos zarpas felinas cogiendo su presa.

—Su Señoría, la cena está servida—, irrumpió uno de los sirvientes.

Las escalinatas de mármol grisáceo, sólo repicaban el eco distante de los pasos que llegaban del tercer piso de las habitaciones privadas del Corregidor.

La luz de los candelabros de plata que llevaba Miguel, el ayudante de cámara, agrandaba vivamente las sombras entrelazadas de María e Ignacio. Cenaron los dos solitarios, en una mesa larga y silenciosa y cuatro sirvientes ásperos, severos, impecables como figuras de un museo de cera cuadraban la mesa.

Los labios carnosos de María sorbían de los vasos de plata el vino púrpura.

—María, iremos a Toledo cuando vuelva de Potosí.

Afirmaba Ignacio. Potosí se asemejaba en la mente de Ignacio, a la lámpara de Aladino, que con sólo frotar la tierra, Potosí le daría todo el dinero para cumplir sus deseos.

María apenas sonreía, la codicia introvertía sus pensamientos.

Su mirada se clavó sobre los candelabros de plata, cuyas velas se consumían haciendo danzar las sombras.

* * *

El ruido de los caballos al galope, el carruaje de Ignacio de Aranda y una veintena de hombres, desaparecieron en las últimas esquinas del caserío.

—Llegaremos el veinte de agosto a Potosí,— afirmó el Alférez Cristóbal de Canedo, prosiguiendo el galope tendido de la caravana.

El Corregidor Aranda contestó con una venia afirmativa, —pasaremos la noche en Viacha, luego Oruro donde haremos un alto y cambiaremos de caballos. —El altiplano en pleno—, alguien murmuró.

Los cascos indómitos repicaban metálicamente sobre la pampa. La luna plateaba las sombras y los hombres caminaban... A la distancia el horizonte y las montañas no se movían. Parecía que los caminantes no avanzaran. Una sed de metal les devoraba las entrañas.

Había que llegar a Potosí, cuyo argento iluminaba el mundo.

—Veinte bolsas llenas de plata para cada uno de ustedes—, dialogaba con su gente Ignacio de Aranda.— Las llevaremos hasta el Río de la Plata y luego en diciembre a Toledo, el Virrey de Lima nombrará para La Paz otro Corregidor en diciembre. Nos iremos a Toledo con plata de Potosí.

* * *

Desde las faldas de los cerros cercanos y ante los ojos de Ignacio de Aranda, Potosí se le abrió como un inmenso abanico de plata. Un legendario sol a cuatro mil metros de altura escurría la niebla de toda la ciudad, que como gatos de algodón se perdían por los alares y los tejados. Las campanas de todos los templos echaban contra los cerros un haz de muertas golondrinas de hierro en sus sonos. La misa llamaba en todos los templos. Un silencio de escapularios morados rezaban las callejas y las beatas. Ignacio de Aranda sintió a Potosí más cerca a España; gallegos, vascos y gente de casi toda la Península pululaban por la ciudad.

Cuando llegaron a las puertas de la iglesia de San Lorenzo, la veintena de hombres oró durante largo rato rodilla en tierra; los ojos puestos en el Altar Mayor involuntariamente se clavaban en los crucifijos de oro y en las joyas de los santos.

Ese instante, ni ellos mismos sabían diferenciar si rezaban al Dios; cristiano... o al diablo que les retorció la codicia.

Les fué fácil conseguir el metal a los hombres del Corregidor Ignacio de Aranda, el Cerro de Potosí entregaba su pezón de rosicler a quien hallaba sus plantas con audacia.

Pero más allá, a la distancia, hacia el horizonte, una de las cumbres de la cordillera imantó los obstinados ojos del Corregidor de Aranda que no lograba explicarse, si el reverbero de esa cumbre era un picacho de plata pura, o la nieve iluminada por el sol...

* * *

Cuando volvieron a La Paz, la obsesión de esa cumbre de la cordillera, quitó el sueño a Ignacio de Aranda.

—Tendré un monte de plata, yo pondré mis hombres para explotar" mi monte de plata. ..

—Deliras Ignacio—, dijo María despertándolo suavemente con su bella mano marfilina sobre la frente.

—Tengo el trazo de un sendero hacia el monte—, afirmó Ignacio.

—En Potosí tendré mi monte de plata—; seguía murmurando Ignacio de Aranda, casi entre el sueño y la vigilia...

María lanzando un hondo suspiro, entregó dulcemente su cuerpo al sueño...

* * *

Pero fué un martes de diciembre de mil setecientos sesenta y uno, cuando los muros tracers del pétreo Palacio, sintieron escurrirse las sombra ágil de Cristóbal de Canedo; sus treinta años conservaban elásticos sus miembros. Transmontando paredes ingresó a las habitaciones privadas del Corregidor.

—María sabía que me esperaba a esta cita... Vengo desde el Cuartel de Huarina, nadie me vió entrar en el poblado—, dijo Cristóbal de Canedo envolviendo en su capa negra, los hombros de María.

María la española palaciega que sólo a través de los cristales de las ventanas veía el pobre poblado. Ahora amaba a Cristóbal de Canedo, el Alférez de quién la trajo a América en alas de la aventura y la lujuria.

Los caseríos de Santa María de Buenos Aires, el norte del Virreynato de la Plata, el Alto Perú, hasta La Paz, fueron los paisajes cambiantes en los bellos ojos de María.

Luego tres meses entre los húmedos muros del Palacio del Corregidor; sin salir, sin tener de cerca a nadie, sólo los sirvientes con inmutables rostros de piedra. Sólo escuchar la misma voz, sentir el mismo ser de quien conoció casualmente en una tasca de Toledo; a los tres días una goleta española traía a Ignacio y a María.

La joven y frágil belleza de María infortunada hija de un viejo noble, contrastaba con la flexible y fina madurez de los cincuenta años de Ignacio. En fin, llegaron a América, Ignacio trajo hasta su destino a María.

María amaba la vida cortesana, pero el lóbrego caserón del Corregidor de España en La Paz, no asemejaba a sus fantasías, sólo la faz varonil de Cristóbal de Canedo, su augusta capa negra, sus maneras graves y militares la turbaban al entrelazarse con su mundo soñado.

* * *

Las herméticas puertas que rara vez se abrían chirriando por los corredores del Palacio y la inmutable piedra de sus muros nunca supieron descifrar; si Ignacio de Aranda cuando volvía de uno de sus viajes a Potosí vió entrelazarse el flexible talle de María, en el tronco robusto del Alférez Cristóbal de Canedo, como una dulce víbora blanca que se enrosca en un árbol, o fué la guardia del Corregidor avisada sobre los amores de la bella María con el Alférez Canedo.

Lo cierto es que las estrellas del alba, las pesadas campanas de bronce, y el erizado ruido de las espuelas y las voces, fueron lo último que escucharían los oídos del Alférez Cristóbal de Canedo. Los sables cruzados chocábanse iluminando la semiobscuridad del alba como pedazos de soles deshaciéndose. Un grito sofocado se ahogó en un charco de sangre. El cuerpo de Cristóbal cayó inerme, sangre del Alférez español Canedo manchó los ásperos y húmedos muros de piedra de la inmensa mansión, los pisos se tiñeron de sangre y de sombras, los interiores corredores sintieron el eco de la sangre, que a manchones dibujaba el crimen sobre el pétreo-Palacio.

Fué entonces cuando los muros del Palacio de La Paz empezaron a sentir la tibia caricia de la sangre... Afuera el poblado siempre ajeno, como si nada hubiese sucedido. Los árboles de la Plazuela tenían las mismas manos trucas mendigando hojas al viento; los indios, los niños, y los perros que ladraban a algunos soldados de la guardia, el sol mañanero barnizaba los tejados.

Todo imperturbable...

Los muros de piedra del Palacio supieron callar el secreto de la sangre. Sólo sus pesadas puertas en el silencio y como una noctámbula película proyectaban la sangre y las sombras, los ruidos de espuelas y de sables y el escenario del corredor en el departamento privado del Corregidor, donde el inmenso Palacio se tragó la vida de Cristóbal de Canedo con angustia de sangre sobre la piedra.

Desde entonces los tétricos muros del Palacio amaron la sangre y el silencio y el velo de misterio, que nunca se descorría. Luego pasaron más sombras y años. ..

* * *

Ignacio de Aranda llevó su fortuna amasada con plata de Potosí, hasta Toledo, María se perdió como las sombras que desaparecieron en el. Palacio, como las sombras del pasado que se pierden en el fondo del tiempo.

* * *

Los pesados interiores del Palacio así aprendieron a escribir con sangre su historia.

Y el Palacio desde entonces se fué haciendo un ídolo ciego; en cuyo culto había primero que inmolar la sangre para penetrar en su historia...

Lanterna Apagada

*Quando eu penso que a vida se resume
nums retalhos de nada,
Julgo então ser a mesma um simples vagalume
de lanterna apagada,
Que vencido se vai e errante se conduz
ãs tontas caminhando,
Porque falta-lhe tudo ao. lhe faltar a luz!...
Nós também, nós palpando
a imensa escuridão, sem ena:ergar adiante
seguimos a jornada...
Tal como o vagalume a caminhar para avante
de lanterna apagada.*

Conceição Chagas



Tercer premio del
II Salón Nacional
de artes plásticas
1957. Moisés
Chiri Barrientos:
"Niñas".
Foto Don Bosco

ACERCA DE NUESTRA HISTORIA

POR

MANUEL DURAN P.

Habíame llamado siempre la atención —y lo hice notar en un artículo publicado años atrás— la forma en que ha sido concebida y escrita la historia de Bolivia por los que se han ocupado de ella. Es una historia narrativa, epidérmica, superficial, con particular énfasis —involuntario o no— en ciertos hechos que fisonomizan el panorama de la vida nacional en el pasado: guerras y revueltas cuarteleras, lucha incesante y cruenta por la conquista del poder, intrigas palaciegas o cubileteo s políticos, cambio de personajes en el gobierno del país.

Así se ha venido presentando nuestra historia si nos atenemos sólo a esa fuente informativa. Así se la enseña a las generaciones que deben estudiarla y así la conoce el extranjero que se interesa por los hombres y cosas de ayer.

A través de esta concepción, apenas se consigue una visión incompleta y deformada del acontecer nacional, una relación casi puramente objetiva en que predomina lo político. Y aun cuando tendrá que ser diferente la versión de nuestra historia si se aplican a su investigación otros

métodos que los empleados hasta ahora, es evidente que la que hoy esta en uso, es dañina por sus defectos: pesimismo sobre nuestro futuro, sentimiento de inferioridad respecto de otras naciones favorecidas por su situación geográfica o por su economía, conciencia de nuestra incapacidad e impotencia para transformar los factores negativos en fuerzas dinámicas y constructivas. Conformismo y resignación. Convencimiento de que el desastre es irremediable, sin salvación posible para nuestro país condenado a llevar una existencia penosa y miserable y quizá hasta a desaparecer...

Pero, la historia —nuestra historia— es algo más, mucho más que la mera narración de los acontecimientos, captados en forma parcial, dando preferencia a lo episódico y anecdótico. Por encima y por detrás del mero relato, con apariencia de realidad, están las raíces profundas de los sucesos, sus causas directas, que el investigador debe esforzarse por descubrir y comprender, para valorar el fenómeno histórico en su exacta medida y significación.

Rige también en historia, por ser ésta una ciencia, la ley de la causalidad. Los hechos que forman su conjunto, no se presentan aislados, sino que obedecen a múltiples factores que, en constantes acciones y reacciones, derivados del hombre y del medio físico y social que le rodea y en el cual actúa, producen un resultado, en un momento dado y en una época determinada. Hay, ciertamente, una estrecha correlación e interdependencia entre los hechos, una cadena causal que permite afirmar la unidad del proceso histórico. Por eso, las divisiones que suele hacerse en períodos o épocas, no tienen sino un valor relativo. Sirven, cuando más, para facilitar su estudio. Cada suceso tiene su antecedente —mediato o inmediato— en el anterior y éste, a su vez, en el que le precede. Del mismo modo, ejerce influencia, decisiva o indirecta o, por lo menos, repercute en los acontecimientos posteriores.

De ahí que no es justo atribuirlo todo —éxito o fracaso— a una sola y determinada persona —caudillo o gobernante—, a tal o cual agrupación política o, en forma vaga y genérica, al "pueblo". Es frecuente observar que los efectos de un período de desbarajuste institucional o financiero, se reflejan, después de muchos años, en otra época distinta y entonces puede ocurrir que un gobierno o un partido, resulte la víctima propiciatoria de culpas ajenas.

Por lo demás, la historia no es la obra de un solo individuo. Es la resultante de múltiples y complejas causas, encadenadas entre sí y en continuo movimiento. Crean, transforman o modifican las condiciones necesarias para el progreso o estancamiento de una sociedad. Por ello, aun cuando surgiera excepcionalmente uno de esos grandes reformadores o constructores de nacionalidades, su labor sería estéril o de poco relieve en un medio impropicio, lo cual no deja de ser consolador porque destruye la leyenda de los hombres providenciales o demiurgos...

La historia exige, además, la selección e interpretación de los datos y materiales que forman su contenido. Y esta es una faena que requiere no sólo serenidad y probidad, sino también un genuino sentido de proporción en el que la realiza. El que aspire a desentrañar la esencia íntima del hecho sometido a su análisis, tiene que hacerlo con la mente libre de preconceitos y prejuicios y hasta con cierta generosidad, considerando que los actores del drama de una nación son hombres de carne y hueso y no arquetipos dotados de todas las perfecciones.

En nuestro caso particular, hay otra realidad viviente que no es posible desconocer u olvidar: el elemento humano constituido por la clase indígena y campesina que forma la gran mayoría de la población boliviana. "La Bolivia verdadera —escribió con mucha razón Carlos Medinaceli— es la campesina. Desde la Colonia para acá, nuestra existencia ha sido en la forma hispánica, pero en la esencia, india. En todos los aspectos de nuestra vida, se refleja esta desarmonía". Sin embargo, a causa del prejuicio arraigado a través de tantos años desde los tiempos de la Conquista —al que no han podido sustraerse ni aun los que se dicen cultos— el indio ha sido omitido deliberadamente o subestimado como un ser inferior con todos los vicios y defectos imaginables. El indio ha estado ausente de nuestra historia, de nuestras leyes y de nuestra vida política, de donde resulta, paradójicamente, que todo este aparato fué instituido sólo para una minoría escasísima.

La inmensa mayoría de la población diseminada en la vasta extensión de nuestro territorio, no tenía participación activa en el ajeteo político a que daba lugar la disputa por el

poder, aunque era la que más sufría sus efectos. No obstante, las facciones y caudillos rivales no tenían reparo alguno de hablar con la mayor naturalidad del "pueblo soberano", de la "democracia" del "mayestático derecho del sufragio", expresiones manidas por el abuso de su empleo pero vacías de contenido real...

En íntima relación con el indio está la tierra, el medio telúrico con su "enorme fuerza plasmadora de hombres y acontecimientos", por la simbiosis entre suelo y poblador. Y concomitantemente, el factor geográfico que, en ciertas condiciones es tan decisivo que puede variar el curso de la historia.

Y sobre todas estas causas, que se manifiestan en la acción del individuo sobre la sociedad y de ésta sobre aquel, que aceleran o retardan la evolución de un pueblo, está el factor económico como uno de los más importantes, con tal poderío determinante que, en último análisis, hay que recurrir a él para explicar científicamente las expresiones de la vida política, cultural y artística, etc.

En suma, cuando la historia adquiera dignidad científica en la pluma de los que se consagran a ella por vocación y se la estudie con otro espíritu y con otros métodos, el juicio deprimente y hasta despectivo sobre nuestro modo de ser y de obrar, que se desprende de las páginas de la historia oficial, ha de modificarse sustancialmente en muchos aspectos.

Entonces aparecerá ante nuestros ojos la imagen real de un pueblo joven —132 años no significan casi nada en la vida de una nación— que de tumbo en tumbo se esfuerza por vencer los factores adversos que se oponen a su desarrollo. Su admirable impulso vital a pesar de tantas vicisitudes. El proceso de integración material y espiritual de los elementos étnicos que lo constituyen. Su firme voluntad para dominar el medio físico y vertebrar la nacionalidad. Un pueblo, en fin, que tiene fe en su destino.

PROLEGOMENOS PARA UNA IRREFLEXIOLOGIA

POR

CARLOS SERRATE REICH

"Los únicos que existen son los muertos".
(Par Lagerkvist)

Cuento en tres estancias:

(Diálogo en plenilunios vicinales)

I. -Estetoscopio

Hombre.- Tengo veinte años; la vida?, una flor, un amanecer, una sonrisa. El mundo es mío. Soy un conquistador. Lo sé todo y nada me falta. No tengo futuro, el pretérito no me importa. "Alegría, alegría, alegría, que eso del dolor es fantasía" (Moliere).

Alma.- Mi edad está perdida en el tiempo; el imperativo de mi existencia me recuerda la Historia. Quién soy? Qué quedará de mí? No alcanzo a ser la sombra de una hoja en el otoño. Todo lo he perdido y sólo el sueño de la vida, con el peso de mis antepasados, de tradiciones y de cultura, viene a mí. "Qué solos se quedan los muertos" (Becker).

II.- Antiparástasis.

Hombre y Alma.- (Dúo). No es esto un equilibrio? Siento la armonía de la sangre palpar en la Naturaleza. He nacido y debo morir: pasado, presente, futuro... son la eurtmia del ser. Destino. Piso un lugar en la tierra Y en ella descansaré hasta mi total retorno. Destino.

III.- Epanortosis.

Hombre.- Mi edad está perdida en el tiempo; el imperativo de mi existencia me recuerda la Historia. Quién soy? Qué quedará de mí? No alcanzo a ser la sombra de una hoja en el otoño. Todo lo he perdido y sólo el sueño de la vida, con el peso de mis antepasados, de tradiciones y de cultura, viene a mí. "Qué solos se quedan los muertos".

Ahna. -Tengo veinte años; la vida?, una flor, un amanecer, una sonrisa. El mundo es mío. Soy un conquistador. Lo sé todo y nada me falta. No tengo futuro, el pretérito no me importa. "Alegría, alegría, alegría, que eso del dolor es fantasía".

(Colofón).

Y por los siglos de los siglos.

Poema de la Vida

Sauce...
Surco que se abre. Botón que aflora.
Llanto del agua.
Noche...
Alba de manantial en cumbre.
Toc. Toc. Quizás?
Alfabeto de rosas.
Huesos. Control de Naturaleza.
Ansia...
Animal excelso. Corazón entero.
Modula.
Cima y sima.
Luz vertigal. Fuego. Canción.
Sueño. Arcilla. Luz. Hombre.
Parto en dominical aurora.
Vida...

Miscelánea

El sofisma? Una verdad completa de ironía.

* * *

Soledad. Soledad.

* * *

Oh!

* * *

Teatro, vela, cajón, fuente, ilusión: narcoanálisis.

* * *

No es triunfador quién no hizo nada?

* * *

Venían del monte, un hilo de sangre los unía de la mano.

* * *

Y pensé robarme la luna.

* * *

Los actos se miden en proporción directa al juzgador.

* * *

Sé de unos libros que no requieren prólogo.

* * *

Las lenguas? El pensar es uno, y con el propio basta.

* * *

Observaste la sabiduría de aquél idiota?

* * *

Somos figuras del circo del futuro.

* * *

He aquí la identidad divina: comportamiento igual circunstancia.

* * *

Poseída en pensamiento lloré tu muerte.

* * *

Conozco la estupidez (fue la existencia de dios).

* * *

Una antinomia: cultura y genio.

* * *

Irreflexión es saturación de inteligencia; lo contrario es "mujer".

Antistrofa

Hay cosas que la vanidad no sobreentiende.

* * *

El averno? Allí, en el mundo interior.

* * *

Ama siempre lo que no te retiene.

* * *

El por qué del hombre superior? (?)

* * *

Los héroes y los santos sostienen la tabla de la debilidad.

* * *

Cuántos valores conocidos tienen valor?

* * *

Qué fue de tu belleza, amada?

* * *

Soy un reflejo, eres un reflejo, somos un reflejo. La esencia está allí...

* * *

Pero, en realidad vivimos?

* * *

Anhelo un cementerio sin nombres.

* * *

Dónde estás inocencia?

* * *

Un principio: "Huelga de fe en busca de Dios".

* * *

He aquí la ironía: Natura castigó el goce dando la vida.

* * *

La muerte es el último placer que brinda la vida.

* * *

Un dios tuvo miedo, y creó la luz.

* * *

No tardes en comprender que eres un ser humano, y que tu realidad no es lo que habías soñado antes de nacer.

* * *

El genio sólo se pierde en años-luz en el espacio.

* * *

El sufrimiento se vuelve una forma de vida... y luego un placer.

* * *

Definición: Irreflexión es la reflexión pura.

* * *

Nota.- El autor no se compromete con sus ideas.



FABULAS AYMARAS

POR

LUIS SORIA LENS

I

TCHAMAKANI, PAKHO y KALLAWAYA
(El nigromante, el espiritista y el médico herbolario)

Narró Ventura Quispe, de Hilata
Sicasica, 1948.

Chupik! pankhara (Flor Granate) la bellísima hija del **Mallku** (rey) **Khakhapara**, yacía en el lecho del dolor postrada por desconocida enfermedad.

Los más afamados **Kholliris** (médicos), **Yatiris** (sabios) y **Amauttas** (consejeros o jueces) de **Khollanmarka** (pueblo Sagrado), no habían podido nada contra la extraña dolencia de la princesa aymara. Empero, quedaban aún tres personajes a la cabecera de la enferma, eran **Tchamakani** (nigromante), **Pakho** (el espiritista) y **Kallawaya** (el médico herbolario).

Los dos primeros hacían ostentación de sus habilidades y sapiencia asegurando a voz en cuello que la enferma sanaría muy pronto con su eficaz intervención; discutían y peroraban a más y mejor, alegando altitonante **Pakho**, "que por medio de sus **Aiayus** (espíritus) él conseguía todo lo que quería en la vida", y contestándole más altivo aún **Tchamakani**. "que los **Aiayus** eran nada en comparación de sus **Yankihas** (malignos), como **Hanchanchu** (maligno terrestre), **Ehe-Ehe** (marino maligno), **Yaurinkja** (la serpiente subterránea) y del mismo **Supaya** (demonio) que a él le ayudaban en sus empresas incondicionalmente".

En contraste con todo aquel barullo, **Kallawaya** manteníase preocupado, silencioso y aún parecía afligido, tal era su seriedad.

Al fin llegó el momento de obrar: **Pakho** y **Tchamakani** nada pudieron contra la enfermedad, pese a sus **Aiayus** y a sus **Yankihas**; en cambio, en cuanto le tocó el turno a **Kallawaya**, este con el único auxilio de su pequeño **Capachu** (bolsa tejida), obrando eficazmente, logró contener los efectos del mal, después le combatió tenaz hasta vencerle y devolvió sana y salva la princesa aymara a sus atribulados padres.

El que más alardea de su ciencia y sus virtudes suele ser siempre el que menos puede en la brega, en cambio el cauto, que no presume ni ostenta, es quien se acrecienta en la realización de la obra.

II

ASNU, KKUSILLU Y PILI
(El jumento, el mono y el pato)

Narró José Kallanchu, de Altarani
Pele chuco, año 1915.

El jefe de una modesta familia en cierta estancia del Altiplano criaba en el corral de su casa varios animales domésticos entre los cuales se destacaban **Asnu** (jumento), **Kkusillu** (el mono) y **Pili** (el pato), porque a simple vista daban la impresión de autoridades o superiores.

Jumento indefectiblemente debía ser el **Hilakhata** (gobernador) es decir, quien dirigía la batuta allí, **Kkusillu**, parecía el **Arkiri** (lugarteniente) del **Asnu**, y el pato, por hallarse siempre en

medio de las gallinas a las que sometía al orden cuantas veces alborotaban el corral, daba la idea de ser el **Kamani** (mayordomo) del gallinero y de los **Wankkus** (conejos), en cuyo oficio parecía haberse captado la confianza del jumento y la buena voluntad sino la amistad del **Kkusillo**, quien reconocía sus méritos y le estimulaba en su labor.

Como consecuencia de la acertada dirección todo marchaba muy bien en el corral; pero un buen día surgió en el ánimo de **Kkusillu** un sentimiento de envidia o de suspicacia por algo que le intrigaba y ese algo era precisamente la actitud que asumía el borrico cada vez que iba por el lado donde estaban las gallinas, porque **Pili** se aproximaba al jefe y le hablaba como en secreto "ha ha ha ha", es decir como solo saben los patos.

Kkusillu creía que aquellas eran informaciones reservadas en su contra, porque después de cada charla con el patito, el rucio poníase tan contento que hacía ostentación de su alegría lanzándose en vertiginosas carreras de un lado a otro del cerco, carreras en que menudeaban corcovos, coces y otros aditamentos con que los borricos suelen subrayar su buen humor; y, lo peor del caso, cuando **Kkusillu** quería subir sobre sus lomos como de costumbre, el rucio se tiraba al suelo y comenzaba a revolcarse con la desembozada intención de aplastarle contra el piso, actitudes todas que intimidaban al mono, le preocupaban durante horas y acababan por prevenirle más y más contra el laborioso patito, porque, a su entender, era el único responsable de los entusiasmos del borrico y de su manifiesta indignación en contra suya; aunque todos los juicios del cuadrumano no eran sino el fruto de su excesiva susceptibilidad o de la envidia que comenzaba a corroerle el corazón, el caso es que **Kkusillu** resolvió perder al inteligente **Pili** y una ocasión en que logró subirse sobre las espaldas del rucio mientras este descansaba echado en el suelo y llegar hasta su cabeza, le llenó las orejas de cuantas inmundicias había podido acumular contra **Pili** el jumento que escuchaba el chisme entre dormido y despierto, a cada párrafo de las calumnias, mentiras y chicanas que inventaba el pícaro mono, sacudía la cabeza para despabilar el sueño; pero el cuadrumano atribuyendo aquellos cabeceas a reprobación del jefe, sin desalentarse, seguía la cháchara poniendo la mayor elocuencia en su nefasta campaña de desacreditar al buen **Pili**, hasta que el rucio dominado por el sueño comenzó a bajar la cabeza, lo que el mono interpretó como signo de aprobación, entonces exultante de gozo dijo: "hay que pelar al pato y expulsarle del corral" y como , en aquel preciso instante, asno volviera a bajar la cabeza ya casi profundamente dormido; **Kkusillu** contentísimo saltó de encima, corrió hacia el gallinero, cogió al patito, le arrancó las plumas sin misericordia y, pelado como estaba, le echo fuera del cerco por encima de la tapia.

La dueña de la casa que en aquel punto acertó a pasar por allí, viendo al pato tan ignominiosamente afrentado, llevóle a su habitación, le envolvió con algunos trapos y le consoló asegurándole que le cuidaría hasta que le crecieran otra vez las plumas.

Entre tanto en el corral se había armado el alboroto del siglo que hizo despertar al jumento, los gallos peleaban, las gallinas no se entendían porque el mono quería hacer de las suyas con ellas; el **Kututu** (conejo macho) y los demás **Wankkus** chillaban de susto; pues la ausencia del patito, quien solía imponer el respeto debido, había envalentonado en tal forma al mono que le suscitó el deseo de desplumar gallinas para afrentarlas y con ese fin las perseguía en una y en otra dirección; pero ellas, habiendo visto su espejo en la suerte que le cupo a su **Kamani**, huían gritando desafortadas para no caer en manos del criminal cuadrumano.

Ya puesto en guardia el asno intervino para restablecer el orden, pero como todos habían espectado el prolongado chichisbeo del mono al jumento, y que de su cabeza bajó aquel y atento contra el patito, la actitud del rucio, en vez de apaciguar exasperó más a los habitantes del corral, y la baraunda subió a tal punto que, apercibido el dueño de la casa se hizo presente en el local, averiguó y se enteró de cuanto había sucedido, en consecuencia sujetó con un ronsal el cuello del jumento, le atrincó contra un **Tchakuru** (estaca), otro tanto hizo con el principal autor de la batahola, el perverso y suspicaz **Kkusillu**, quien previamente recibió una merecida paliza en medio de chillidos y gesticulaciones ridículas y muy divertidas que hicieron reír de lo lindo a los gallos, gallinas, pollitos y conejos.

Desde aquella fecha **Kkusillu** goza de muy mala fama entre los aymaras que le consideran el prototipo del ser inconsecuente, suspicaz, envidiosa, chismoso, calumniador y

mentiroso, por eso muy raro es entre ellos quien se aventure a criar un mono a quien generalmente le llama **Jakucho**, que también es sinónimo de tarado, y como entre los humanos no faltan seres dominados por los mismos defectos del mono de la fábula, cuando tropieza con uno de esos, suele decir sentenciosamente:

"Rkusill' jakuchut" hithekhañau hanir" conparapar" purkausina, han ukaha pilir" jamau phuyurlstaspa.- Hay que apartarse del mono Jakuchu (es decir del hombre envidioso, suspicaz, chismoso, calumniador y mentiroso) porque si caemos en sus manos, no sería nada raro que nos afrente como el mono al patito del cuento".

III

UTHURUNKU Y APACH'MULA (El jaguar y la mula vieja)

Narró Juan Pinedo en Lomagrande de
Saya, año 1940.

Por gratitud a sus servicios prestados durante más de veinte años en constantes viajes de uno a otro lado, Jerónimo Uluri, había llevado a su **Apach'mula** (mula vieja) a lo más ubérrimo del pastizal de la altura de sus pagos y allá la dejó diciéndole: "**Hichah' munatamar' samarttasim**" — ahora puedes descansar a tu regalado gusto—. El noble animal, como si comprendiera las palabras de su amo, le dirigió una mirada tan expresiva como si le respondiera: "Gracias, muchas gracias". Y en seguida púsose a gustar la verde grama.

Después de varios meses de tranquilo descanso, el día menos pensado, la vieja mula vió venir hacia ella al terrible **Uthurunku** (jaguar), pero en vez de emprender la fuga, como generalmente hacen los semovientes de su especie, dando lugar precisamente a que el ágil felino, aprovechando del espanto, de un salto se lance en sus lomos y las enloquezca con sus feroces zarpazos en su precipitada carrera hasta embarrancar las para alimentarse después de sus despojos, ella esperó a pie firme la embestida de la fiera, y cuando aquella como un rayo apareció prendida en sus espaldas, élla más ágil que el felino resultó revolcándose en el suelo con tal presteza que el audaz carnívoro, maltrecho por la súbita e inesperada defensa de su presunta víctima que la había aplastado contra el suelo, lanzó un feroz: rugido y, como en eso recibiera un par de coces en las mismas fauces con los cascós herrados de la mula, tuvo que renunciar a la presa y se alejó diciendo:

"Carne dura de mula vieja, no merece la pena de sacrificarse tanto".

Entonces la triunfante **Apachi mula**, le contestó sonriendo: "Ya en otra ocasión, cuando aún yo era jóven, te vencí en las mismas condiciones que ahora, y aquella vez huíste alegando "que mi amo venía en mi auxilio". Debo advertirte para tu gobierno que en más de veinte años de manejar cargas sobre mis lomos para **Hakhe** (el hombre), nunca resulté con la más insignificante matadura, porque siempre que me sentía lastimada por el demasiado peso o el doblez de las caronas, recurría al mismo expediente que casi te cuesta la vida, y como el hombre es comprensivo, inmediatamente ponía remedio al mal. Así es que:

Contra la experiencia nada podrán ni tu ferocidad, ni tu fuerza, ni tu astucia, menos tu agilidad.

EL MILICIANO

POR

AUGUSTO GUZMAN

EN el edificio de Teléfonos Automáticos habían quedado solamente dos vigilantes, después de la media noche: el miliciano Herbas y el carabinero Rocha, trabados en amable diálogo. El diálogo consistía en que Herbas hablaba y el otro le escuchaba con ligeras intervenciones estimulantes.

La noche subía, caliente, desde la calle por la angosta gradería, hasta envolverlos con su impalpable manto de sopor.

—Se nos están terminando los cigarritos.

Desde sus esferas iluminadas el reloj de la Catedral lanzó al espacio el vuelo metálico de cuatro notas altas, agudas y una sola nota grave, indicativa de la hora. Entonces la lluvia, que se anunciaba en la pesadez atmosférica, se desató torrencial como si los golpes de campana hubiesen aflojado el misterioso sistema de contención de las nubes encima de Cochabamba.

El mocetón musculoso de aceitunada piel, ojos pequeños y nariz breve, con las fosas visibles por la conformación redondeada de las aletas, interrumpió su relato para decir:

—Con esto más estamos fregados. Ni dónde hallar cigarritos.

El carabinero, metido en su uniforme verdeamarrillento, replicó tranquilizador:

—Lluvia loca, pasa en un momento. Ya van a venir los de la ronda: pueden damos algunas cajetillas y hasta un poco de pisco. Sigue nomás contando.

—Como te decía entre estos choferes hay malditos. Anoche casi doy cuenta de uno con este fusil. El se libró de morir y yo de ser criminal. Sería más o menos las dos de la mañana cuando me mandaron a la esquina del Banco Central. Me puse a fumar en la puerta, con el fusil en bandolera. No había un alma por las calles. De repente del lado de la calle Calama se dió la vuelta una mujer que lloraba no como borracha sino como enferma. Cabalito. Cuando me acerqué venía apenas apoyándose en la pared. Más que chola era india, una pobre india con la cara manchada y los pies desnudos, sucios, enormes. Le pregunté en quichua qué le pasaba y me dijo que le dolía la barriga. Cólico, indigestión, dolor de barriga dije yo. Pero la india mentía o no sabía explicarse. Se dobló tomándose con las manos de la cintura y cayó en la acera como un trapo. Creí que era epilepsia y la sacudí. Había estado embarazada y parecía que iba a tener su hijo ahí mismo, en la calle. Un auto venía por suerte. Podía ser particular, yo lo paraba. Era de alquiler y lo paré lo mismo...

Racha de tormenta, la lluvia loca cedió en efecto casi inmediatamente. La noche refrescó como si hubiese cambiado su manto ardiente de 25 grados, por otro de 20. Herbas siguió narrando el episodio personal de la noche anterior. El chofer había parado de mala gana su destartalado coche.

—Qué cosa quiere. Estoy yendo a una llamada urgente.

—Esta mujer se muere, o por lo menos va a tener un hijo, compañero, hay que llevarla al hospital.

—Búsquese otro.

—Oiga Ud. so bruto, esto no tiene espera. Además yo le obligo.

—¿Ud. me va pagar? Mire que ya tiene la ropa sucia de sangre y me va a manchar el asiento. Llame Ud. mejor a la Ambulancia.

La mujer más práctica, con un esfuerzo supremo alcanzó a abrir la puerta y se metió en el coche quejándose resignadamente. El chofer furioso quiso echarla con el motor ya encendido.

—¡Salga de ahí, cochina!

Entonces el hidalgo que había en la sangre mestiza del joven miliciano, despertó a una resolución "drástica", como decían los comunicados del partido. Preparó el fusil, apuntó y disparó por encima de la cabeza del chofer que estupefacto, demudado y tembloroso acertó a exclamar:

—¡Voy en seguida señorcito, no me mate! Si Ud. quiere suba.

El estampido del fusilazo, cuyo impacto rebotara en la pared de un edificio, alarmó al vecindario. En un minuto se congregaron más de cinco personas y encima llegó el grupo de los de la ronda. Averiguado el caso, el chofer tuvo que llevar a la enferma hasta la Maternidad.

—Muy ligero eres tú para disparar por lo visto— observó el carabinero Rocha risueñamente.

—Así no más soy. En verdad sólo quise asustarlo. Otra ocasión, en Viacha, cuando estuve haciendo mi servicio militar, haré de esto cuatro años, me ocurrió una cosa curiosa. Por poco no me hago volar la cabeza. Estaba enamorado de una birlochita a quien le decíamos la Rosacana porque se llamaba Rosa. Nos tenía locos a todos los sargentos del regimiento. Yo me arreglé con ella pero ella se arregló también con otros. Sus enamorados la llenábamos de obsequios y parece que eso era lo que más le gustaba. Uno que otro beso, una que otra corrida de mano en la pulpería de su madre que nos vendía cerveza. Total nada. Como nadie la conseguía todos la queríamos para novia y no para querida; porque así habíamos sido los hombres, querido Rocha: la mujer coqueta nos domina y acobarda, si ella no se nos entrega nos entregamos nosotros como esclavos. Un día, nada más que para impresionarla, resolví hacerle creer que era capaz de pegarme un tiro en su delante, como prueba de amor y de protesta por sus coqueterías con los otros sargentos. Me fuí con el fusil a la tienda. Estaba sola detrás del mostrador. Después de un momento de charla en que le pedía celos y ella se enojaba, creyendo que el disparador estaba asegurado, me puse el cañón así, y con la otra mano ajusté el gatillo así.

La tremenda detonación sacudió el recinto enfarolado.

El relator fidedigno, el miliciano Herbas, se desplomó con la frente deshecha por el impacto mortal ante el aterrado asombro del carabinero que no acertaba a explicarse cómo un simple diálogo de amigos, una relación cualquiera para aligerar las horas de la guardia, podía convertirse en un trágico suicidio, por añadidura involuntario e impensado. Rocha se puso a llorar como un muchacho sin atreverse siquiera a tocar el cuerpo de su compañero. Sin embargo el propio terror de verse solo con un hombre que era ya cadáver, le hizo abrir la ventana y gritar:

—¡Auxilio, auxilio! ¡Favorézcannos! —

Llegaron prontamente choferes que tenían su puesto en la plaza, agentes de policía y los del servicio de ronda que hacía el partido gobernante.

Vendedora de chicha; la bebida típica se almacena en cántaros (birques).
Foto Telecine



Felizmente para Rocha, a esas horas, había signos inequívocos del caso fortuito. Las manos salpicadas de sangre del infortunado Herbas oprimían todavía el arma que le había volado el hueso frontal. Algún instinto le sugirió al único testigo del suceso pedir que anotaran el número de su carabina y lo registraron para ver que no había sido disparada. Un agente de Investigaciones anotó el número antes de devolverle. En toda su horrible rareza el caso era en efecto claro. Sin embargo Rocha fué detenido preventivamente en su propio cuartel, hasta que el Juez se hiciese cargo del asunto al día siguiente.

En la celda de su encierro a donde había llevado su carabina. Sin que nadie se opusiera a ello, oyó que el reloj de la Catedral daba la hora dos. Tenía de cinco a siete horas para dormir sobre el camastro que le entraron los de la guardia. ¿Pero cómo podía dormir él con semejante excitación y además con el gusano de la presunción lógica que le roía el cerebro en busca de una explicación del suceso? ¿Quién dejó preparada el arma homicida, cómo y cuándo? ¿El Diablo como en otras ocasiones? Pero el Diablo es una explicación de tontos y perezosos. Comenzó a cavilar. Tendido de espaldas, recompuso una y diez veces la escena en sus mínimos detalles. Estaba seguro de que el arma había venido ya con el tubo en el cañón. Una angustia infinita, fruto de su impotencia intelectual para explicarse un hecho concreto cuyo esclarecimiento parecía ser de su exclusiva responsabilidad, como testigo único, lo mantuvo despierto dos horas, cuando el sueño vino a salvarle misericordiosamente. Sus ideas elementales flotaron como cabos sueltos en un mar de sedantes aguas. Y en vez de soñar que Herbas se mataba tontamente en el local de Teléfonos Automáticos, vió la escena de la esquina del Banco Central con el chofer y la mujer encinta. Vió el fognazo del fusil de Herbas y observó que este dejaba el arma automáticamente preparada para un segundo disparo. Despertó, sobresaltado con el corazón que galopaba sus latidos. Satisfecho de la explicación onírica, sus nervios se aflojaron y le sobrevino una tranquilidad que le permitió dormir como a un inocente desgraciado, mientras musitaba: "El loquito de Herbas se olvidó que su fusil tenía bala en boca".

Lo despertaron a las ocho. Le llamaba el oficial de la Sección Investigaciones. Le entregó un informe de buenos antecedentes y de que el disparo que mató a Herbas no correspondía al arma del carabinero Rocha.

—Esto te favorece. Debes presentarle al Juez antes de declarar. Tienes que reconstruir el hecho fielmente, es decir tienes que contar como pasó, repitiendo tú mismo los actos de Herbas.

Al entrar en el despacho del Juez Instructor su ánimo comenzó a deprimirse un poco. Le incomodaba someterse a un interrogatorio judicial. Detrás de una mesa tosca con pretensiones de escritorio, gracias a una rejilla de madera que enmarcaba la tabla horizontal, estaba el magistrado alto, moreno, grueso, con unos ojos pequeños, inquisitivos, penetrantes y al mismo tiempo desconfiados. El gesto de sus labios carnosos no era severo ni agrio sino más bien un tanto sarcástico. Rocha se cuadró delante de la mesa haciendo sonar sus duros zapatos de crujiente suela.

—Con su permiso mi doctor, he venido a declarar.

—¡Con qué asunto!

—Asunto Herbas, mi doctor, el miliciano Herbas...

Al parecer el Juez no tenía la menor idea del miliciano Herbas: pero felizmente entró el Auxiliar con los papeles y lo informó muy pronto.

—Sáquese la gorra y siéntese aquí —ordenó el juez.

Rocha sin gorra, perdió el aire militar que le prestaba su uniforme y se sentó resignado, haciendo descansar suavemente su carabina en el suelo de ladrillo cubierto con estuco, no sin antes entregar el informe de Investigaciones. Después de varias preguntas y respuestas que permitieron el esclarecimiento del hecho, por causa no averiguada al Juez le dió por repantigarse en su asiento de juzgador y dirigirse con cierta soma al excitado guardián del orden.

—¿De modo que tú no lo mataste a Herbas con quien estabas a solas?

Rocha se demudó un instante con el miedo de los inocentes a la Justicia, pero tomando con la misma prontitud repentino coraje, se puso a explicar con énfasis demostrativo.

—Pero mi doctor, ahí está pues el informe que le he dado. ¿Acaso era mi enemigo Herbas? Apenas nos conocíamos, hace años, en la cancha de pelota de mano. El pobre creyó que el fusil no estaba preparado, y manejó así como yo puedo manejar mi carabina...

En efecto, al ser manoseada la carabina por las manos nerviosas de su dueño, produjo una detonación horrible en el despacho judicial en cuya pared empapelada estalló un minúsculo forado, a dos cuartas de la cabeza del juzgador que después de ponerse lívido, mientras la gente invadía su despacho, alcanzó a decir:

—Estúpido, animal, firme Ud. su declaración y mándese mudar antes de que lo despache a la cárcel.





LEO PUCHER DE KROLL

Lo conocimos hace veinte años. Era un joven seminarista que combinaba la teología con los estudios arqueológicos. Venía de Austria y se quedó en Bolivia familiarizándose pronto con las lenguas nativas: el quéchua y el aimára.

Poco después colgaba los hábitos para dedicarse con ardor a la arqueología, a la lingüística, a los trabajos científicos en general. ¿Pero fué un verdadero hombre de ciencia? Para nosotros, sus amigos, Pucher tenía condiciones: capacidad analítica, gran tenacidad, método de investigación, viveza de fantasía, y una poderosa voluntad que le permitió ahondar en ruinas y enigmas del pasado. Así su famosa interpretación de la Puerta del Sol, que a su juicio era un mito agrario y no una portada guerrera. Su libro **El Huanaco y la Cosmogonía Amerasiana** que revela mucho estudio, análisis crítico, e intuición poética de las primitivas sociedades andinas. Y centenares de artículos —científicos unos y otros meramente literarios— dispersos en revistas y diarios de muchos países, sobre mitología, prehistoria, y sociología americanas.

Para sus críticos, Pucher padecía aquello que se ha enrostrado al mismo Freud: era más imaginativo, menos tardaba en concebir una teoría que en lanzarla fundada. Sin embargo —les refutamos— nos ha legado trabajos hermosos y originales, como aquel del **Zodiaco Blanco y el Zodiaco Negro en la Mitología Andina** donde científico y poeta lucen al par.

Queda el enigma de su obra capital —todavía inédita— en la que trabajó largos años: **Amerasia**, toda una teoría interpretativa del pasado andino más remoto, anterior a los quéchuas y a los aimáras. Cuando se publique esa obra, la crítica dirá si Pucher fué un creador, un erudito o solo un aficionado.

Vaya, entretanto, un recuerdo emocionado a su memoria. El estudioso austriaco, desaparecido últimamente en un accidente de aviación, había ganado el corazón de los

bolivianos, por el cariño, la persistencia y el afán inteligente con que supo acercarse a nuestro pasado, a nuestras costumbres, a nuestra raza milenaria, difundiendo con originalidad y brillo sus versiones .del cosmos andino.

Leo Pucher de Kroll tuvo corta pero noble vida, toda ella consagrada .al sueño de crear, Paz en su tumba.

2º SALON NACIONAL DE ARTES PLASTICAS

ACTA DEL JURADO CALIFICADOR

En la ciudad de La Paz, a horas dieciséis del día primero de febrero de mil novecientos cincuenta y siete años, reunidos en el Salón de Honor de la Universidad Mayor de "San Andrés", los miembros del Jurado Calificador, designados por el señor Ministro de Educación y artistas concursantes al II Salón Nacional de Artes Plásticas, para la calificación de los trabajos de Pintura y Escultura, presentados a este Salón.

Procediéndose después de una cuidadosa selección y amplio cambio de ideas, a otorgar los premios en el siguiente orden:

PINTURA

Primer premio, Ministerio de Educación y B. A., al cuadro N° 17 "**Velas Indias**" de Armando Pacheco P.

Segundo premio, "Subsecretaria de Prensa, Informaciones y Cultura" (SPIC.), al cuadro N° 15 "**Disfrazado**", de Enrique Arnal.

Tercer Premio, Ministerio de Educación y B. A., al cuadro N° 2, "Composición" de Norha Beltrán.

Tercer Premio, Ministerio de Educación y B. A., al cuadro N° 19 "**Niñas**", de Moisés Chiri Barrientos.

Mención Honrosa, al señor Gil Imaná por su trabajo "**Ternura**" N° 34.

ESCULTURA

Primer premio, Ministerio de Educación y B. A., a la pieza N° 3, "Fruto Andino", de Emiliano Luján.

Segundo premio, Embajada .de la República del Brasil, a la pieza N° 5, "**Amuki-Vaya**", de Víctor Zapana C.

Mención Honrosa, al señor Fausto Aoiz por su pieza N° 7, "**Cóndor Herido**",

Con lo que terminó el acto, firmando en constancia los señores miembros del Jurado Calificador.

Representantes del Ministerio de Educación: señores, Carlos Serrate Reich, Jorge de la Reza, Antonio Mariaca. Representantes de la Prensa, señor Oscar Cerruto, Representante de los artistas, señorita Marina Núñez del Prado, Representante de la Escuelas: de Bellas Artes, señor Germán Villazón.

VICENTE MENDOZA LOPEZ: UN ESTADISTA

La desaparición de este ilustre ciudadano abre cauces de aflicción en el país.

Familia de políticos e intelectuales la suya. Brilló en el parlamento, en la cátedra, en el periodismo, en la política, en las letras. ¿Diputado, financista, político? Fué todo eso y algo más: un señor en toda la extensión de la palabra. Hombre mesurado y de consejo, su palabra se dejó escuchar siempre digna en nuestro convulsionado torbellino interno.

Jefe del Partido Socialista, Ministro de Educación, más tarde Ministro de Hacienda, autor de una obra consagrada: **La Estrategia Capitalista en Bolivia**, sobresalía por su vasta cultura, su don de gentes, la finura del trato. Alma noble, lejos de los grandes apasionamientos, puso una nota de señorío y de cordura en la política nacional.

Y algo, todavía, que no es flor usual: padre y esposo ejemplar, que pudieron lucir orgullosos junto al buen ciudadano.

Amigos y alumnos rinden conmovido homenaje a su memoria, recordando al estadista y al hombre de bien, al espíritu superior que hizo de la bondad y del estudio normas de vida.

ALBERTO CALVO: EL AMIGO QUE SE VA

Pesar en las filas de CORDILLERA: Alberto Calvo se aleja, se va a su gran patria argentina, sacudido por un destino dramático que no re dejó plantar su toldo bajo el, cielo de La Paz.

Director del. Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación, asesor técnico de esta revista, dotado de aptitudes naturales para las letras y la ciencia tipográfica, este joven profesor argentino, filósofo crítico, creador a su manera; este talento perspicaz que ama lo americano con raigal emoción, puso en CORDILLERA lo mejor de su inteligencia, lo más rico de su sensibilidad, demostrando lo que puede la nueva mentalidad del Plata, orientada toda a ella a la interioridad del continente, acaso como regreso a nuestro destino fidedigno de hijos de la tierra.

Alberto Calvo dejará vacío poco menos que incolmable entre nosotros. Todo un escritor. Un impulsor de cosas bellas. Un espíritu sutilísimo y un amigo de excepción, que nos deja un mensaje de argentinidad vertido en los más nobles vasos de inquietud y comprensión.

Su paso rápido, fugaz, por la cultura boliviana queda calidad. Que los dioses sean propicios al amigo dilecto.

COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

SOMBRA DEL CUERPO DEL AMOR

por J. A. Escalona-Escalona

La poesía venezolana se remonta a puras cimas de creación. He aquí el cuaderno 19 de los cuadernos poéticos que publica el Ministerio de Educación de Venezuela. Un poeta modernísimo que tiene sin embargo la depurada madurez de un clásico. Catedrático, crítico y poeta, Escalona-Escalona es un valor representativo de las nuevas generaciones venezolanas. Tiene poemas de limpios registros. La inspiración ardiente, la forma ceñida, la metáfora relampagueante. Por ejemplo ISLA DE SOLEDAD: perfecto. MIS PALABRAS: fugado y sugerente. LOS BARCOS DE MI NOCHE SUBMARINA: simbólico. EN LA HEREDAD DEL CORAZÓN AHORA: íntimo y finísimo. Dijérase un amorador de Lope que tiene resonancia de Juan Ramón y de Aleixandre, sin dejar, por ello, de ser solo Escalona. La ELEGÍA DE LA SOLEDAD muy original, rica de ideaciones, en forma suelta y musical. O el fuerte y rumoroso fluir de RÍO SECRETO. Por donde se le tome —y se le escuche— Escalona es un bardo consumado. Posee la técnica aventajada del oficio y el gusto exquisito de su cincel arranca formas armoniosas a la materia poética. Un poeta, un poeta de verdad, dueño de un lenguaje refinado que se lee con delicia.

LA CAZA DEL UNICORNIO

Por Rafael Pineda

También venezolano y también gran poeta, dominador de un universo propio cuyos registros ajusta con alta maestría. Dramaturgo, periodista, soñador. Rafael Pineda intenta, en atrevida empresa, lo que hizo fracasar a muchos: la versión poética —transcripción estética— de los 7 tapices del unicornio del Museo Metropolitano de Nueva York. Osada empresa en la que vence la sagaz inteligencia del narrador. Es tan redondo el intento, tan ajustada su realización que los 7 poemas se engarzan en la historia como 7 diamantes en torno a un zafiro fabuloso. La unidad de la obra de arte se cierra como anillo de oro: sin salida. No se puede escoger uno en los 7 poemas, menos versos sueltos. La historia contada —y sugerida, enaltecida— hay que captarla en la intensidad cautivadora de su total andar. Suena a preludios de Bach, ligándose los sonidos en dócil y concertada profusión de ideas y de imágenes. Hay una máquina intelectual de firme precisión, detrás de esta lengua poética superior, alquitarada. Rafael Pineda nos da, ciertamente, la lección hermética y difícil del poeta-narrador, que da a las substancias del sueño los vivos esmaltes de una inteligencia deslumbrante.

VISION Y REVISION DE BOLIVAR

Por J. L. Salcedo-Bastardo

Sobre el Libertador se ha escrito mucho. Mucho bueno y mucho malo. Y aún falta, todavía, la gran biografía digna del primer genio de América. Pero Salcedo-Bastardo —bolivarista de tradición y creación— no se arredra con la grandeza del tema. VISION Y REVISION DE BOLIVAR es un estudio extenso, meditado, que abre nuevas perspectivas al enfoque integral del gran republicano. Biografía, no. Historia, tampoco. Mas bien un trabajo crítico y sociológico, compuesto con tal dominio de la materia y del personaje —basta observar la aguda estructura del índice de capítulos— con tal riqueza de matices psicológicos, que aporta nuevas relaciones de juicio al estudio de la vida prodigiosa. El autor se, sitúa en nuevos ángulos de observación. reflexiona con penetrante

lógica, y al cabo quien lo lee ha de admitir que tiene ciencia e intuición para aproximarse a la gran figura. Despojado de galas literarias, pero rico mas bien por su discurrir científico, organizado, el BOLIVAR de Salcedo-Bastardo es un brillante estudio interpretativo que sobresale de la marejada del tema. Un talento crítico.

"ATENEA"

Año 33 - No. 372 -Setiembre -Octubre
Concepción

¿No es la decana de las revistas de cultura del Continente? Probablemente sí. "ATENEA", revista de Chile para América, se dedica, por igual, a ciencias, letras y artes. Tiene médula y fibra. Mezcla lo clásico y lo moderno. Da calidad a sus trabajos y exige finura espiritual a cuanto ofrece. Sus editoriales orientan. Sus ensayos sesudos. Sus poesías bien escogidas. A veces cuentos vernáculos o de tema cosmopolita. Los estudios científicos los firman nombres autorizados. Una tendencia crítica discurre por toda la revista, atenta a todas las expresiones del pensamiento contemporáneo. "ATENEA" difundió valores europeos antes de que fueron divulgados por América. Hizo conocer plumas chilenas y continentales. Seleccionó cuidadosamente sus colaboradores, lo que le ha permitido, a través de tantísimos años —para una revista— mantener una bella tradición espiritual. Es la mejor revista chilena de cultura. Y una tribuna del pensamiento continental.

LA PROCESION DE LAS HOJAS IMPRESAS

HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA.- Nos. 73 y 74.- Bogotá.- Presentación gráfica bellísima. "El Calendario Aimára" por Luis Soria Lens. "Boyacá" de Rafael Azula Barrera. "Canto al Maíz" por Alfonso Camino

PAPEL LITERARIO - EL NACIONAL - 17 enero. - Caracas.- Ágil y Afacetado. "Poemas" de José Ramón Medina. "León de Greiff" por Enrique Labrador Ruiz. "Homenaje a Gabriela Mistral" de Mariano Picón Salas. Un trabajo pedantesco de Roger Cailliois sobre los sueños. Una "Tabla de Sumar" diversa y bien informada.

CUADERNOS AMERICANOS - Enero- Febrero 1957.- México.- Extensión, profundidad, calidad. "Un sindicalismo latinoamericano para la era atómica" por Víctor Alba. "Bolivia, el astro ignorado por Fernando Diez de Medina. "La Literatura Insurgente en el Ecuador" por Jorge Carrera Andrade. "César Vallejo, el poeta del solecismo" de Antenor Orrego. Excelente crítica bibliográfica.

REVISTA DE CULTURA- No. 2- Universidad Mayor de San Simón.- Cochabamba.- De orientación didáctica y crítica. "César Vallejo" por Eduardo Ocampo Moscoso. "El indio y la mujer en la novela de Alcides Arguedas" por Margarita Columba Rocabado. "Modalidades expresivas del Kechwa", por Kusi-Paukar.

KHANA.- Nos. 21 al 24.- La Paz. - Revista Municipal. Bien presentada. Predomina lo arqueológico, etnográfico y folklórico. Varios homenajes a la memoria del poeta Franz Tamayo. Colaboraciones diversas de escritores bolivianos y extranjeros. Ensayos críticos.

Trabajo sobresaliente: "El origen de las civilizaciones antiguas y las teorías de Toynbee" por Robert Heine Geldern.

REVISTA DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA.- No. 53.- CARACAS.- Circunscrita a tema y personaje. Falta selección, falta calidad. Buenos trabajos al lado de composiciones laudatorias, de un lirismo lacrimoso. Ningún ensayo de relieve digno de ser subrayado. Bolívar brilla por encima de este culto ritual, trivial.

CUADERNOS No. 23.- París.- Democracia beligerante, política, doctrina. Jerarquía intelectual. Seis conmovidos homenajes a Gabriela Mistral. "La doble ilusión del progresista" por Pierre Emmanuel. "Dictadores e intelectuales" de Rosa Arciniéga. "Leyendas Bolivianas" Imantata por Fernando Diez de Medina. "La conciencia nacional hungara" de Paul Ignotus. "La Hora del Panamericanismo" por Arturo Torres Rioseco. Notas bibliográficas.

HUMANPSMO No. 40. -México.- Política, polémica, crítica. "Reactualización de González Prada" por Eugenio Chang- Rodríguez. "Ni Macarthistas. ni Comunistas" de Raúl Roa Kouri. "La antropología en Hispanoamérica" de Claudio Esteve F. Versos mediocres.

"SIGNO" No. 2.
Revista de Cultura.

Apareció e? No. 2 de "SIGNO", destacada revista de cultura que se publica en La Paz-Bolivia. Correspondiente al primer bimestre del presente año, está: dedicada, en su integridad, a exaltar la figura y obra de Don Franz Tamayo. Colaboran en ella, conocidos escritores nacionales que forman su Consejo de Redacción. Mejorada en su presentación, es un número de interés especial por el acercamiento que ofrece al lector hacia nuestro grande poeta. Sobresalen los trabajos de Guillermo Francovich, Porfirio Díaz Machicao, Roberto Prudencio, Humberto Guzmán Arce, Arturo Vilela, Alberto Mendoza López y Juan Quirós, Director de la Revista.

LA ANUNCIACION de Paúl Claudel
Traducción de Elsa Berisso de Fernández
Dávila. La Paz -Bolivia 1956.

La señora Elsa Berisso de Fernández Dávila, esposa del Excmo, señor Embajador de la República del Perú, dentro de las cordiales relaciones de amistad y movimiento cultural que desenvuelve en medio de sus afanes diplomáticos, con periódicas reuniones de "Los Amigos del Arte" en el local de la Embajada, nos ha obsequiado con la traducción de la "última versión para el teatro" de LA ANUNCIACION de Paúl Claudel. En formato pequeño, con cien páginas, impresa en editorial Don Bosco, es una magnífica versión de la obra para teatro del gran místico francés. Representada ya por primera vez en el Teatro Municipal de Asunción del Paraguay, en 1952, ve ahora la luz en un ejemplo de dignificación y re-cristianización de la sociedad moderna.

LAS TRANSFIGURACIONES
Jaime Canelas López

Bajo este sugerente titulo publica en la editorial Letras y en edición de 150 páginas, su segundo libro de versos el joven poeta Jaime Canelas López.

De fina sensibilidad, ya en "El joven río", su primera obra, se mostró como agradable poeta. Su segundo libro viene a confirmar el aserto. Son 35 poemas divididos en tres secciones: "El puente imposible", "Árbol de sombra" y "Romance del Rey Alegre y otros poemas", LAS TRANSFIGURACIONES nos muestra el proceso de superación que ha seguido el poeta. Bucólico en el sentir, moderno en la expresión, es —sin duda— Jaime Canelas López uno de los mejores bardos de la nueva generación.

REVISTA DE HISTORIA No. 1
Buenos Aires 1957

Dirigida por Enrique M. Barba, ha aparecido en Buenos Aires el No. 1 de REVISTA DE HISTORIA, publicación trimestral científica. Este primer número está dedicado a LA CRISIS DEL 90, además de sus secciones permanentes de crónicas, comentarios, libros viejos, bibliografía, documentos. Anuncia para sus próximas ediciones UNITARIOS Y FEDERALES. CORRIENTES HISTOGRAFICAS EN ARGENTINA (SIGLO XX).

HUMANISMO No. 39
Septiembre -octubre de 1956
México. D. F.

HUMANISMO, es revista que se publica en México, D. F. De "insobornable" orientación democrática", como reza el No. 39, correspondiente al penúltimo bimestre del pasado año, está dedicado a la política petrolera en Argentina, BOLIVIA, Colombia, Perú, Venezuela y México. Escriben en ella, escritores del Continente. Dirigida por Raúl Roa y bajo la Subdirección de Idelgar Pérez-Segnini, tiene amplia aceptación en los países de habla castellana. Particularmente, en este número, encontramos un estudio de José Paz Estenssoro "Radiografía del Petróleo Boliviano".

LA NUEVA DEMOCRACIA
Octubre. 1956. Nueva York.

Si hay revistas en América, que sean exponentes del pensamiento de nuestros pueblos. LA NUEVA DEMOCRACIA es una de ellas. Recibimos el No. 4. Vol. XXXVI, que corresponde al último trimestre de 1956. Publicada por el Comité de Cooperación en la América Latina- 156 Fifth Avenue, New York 10. N. Y., se halla dirigida, por el prestigioso intelectual don Alberto Rembao. Colaboran en ella los mejores escritores de hoy. Con magnífica presentación tipográfica, son 128 páginas de interés general, en las que escriben Fernando Ortiz, Luís Amador Sánchez, Juan-Jacobo Bajaría, Agustín Basavc, Emilio Brunner, Guillermo Francovich. Hacemos hincapié en la nota editorial escrita por Alberto Rembao sobre Democracia y Libertad.

CONCURSO NACIONAL DE PINTURA INFANTIL

ACTA DEL JURADO CALIFICADOR

En la ciudad de La Paz, a los 28 días del mes de febrero de mil novecientos cincuenta y siete años, a horas 16, se reunieron en la oficina de la Dirección Nacional de Cultura del Ministerio de Educación y Bellas Artes, los miembros del Jurado Calificador del Concurso Nacional de Pintura Infantil, constituido por las señoras Elsa Berisso de Fernández Dávila, Concepción Chagas, Sta. Marina Núñez del Prado, Señores Carlos Serrate Reich, Director Nacional de Cultura, George Jonas y Rvdo. Padre Jaime Salvia, a objeto de calificar los trabajos presentados al Concurso.

Después de cuidadoso examen y amplio cambio de ideas, se procedió a otorgar los premios en la siguiente forma:

NIÑAS

Primer Premio: "FRUTERA", de Selva Virginia Campero.

Segundo Premio: "PEPINO y CHOLITA", de Martha Espinoza.

Tercer Premio: "CARNAVAL", de Lucy Rios.

Menciones honorosas: "El Cisne del Parque", de Virginia Vilches; "Dibujo", de Julia Beatriz Antezana; "Muñeco", de Lidya Veizaga y "El Chiquero", de Beatriz Sánchez.

NIÑOS

Primer Premio: "CARNAVALITO", de Melvin Rodríguez.

Segundo Premio: "ABSTRACTO", de Néstor Orihuela.

Tercer Premio: "DIBUJO", de Tito Ríos.

Menciones honorosas: "Estadio La Paz", de Fredy Carranza; "Dibujo", de Luís Gonzales y Terán y "Dibujo", de Raúl Guillén Valdivia.



EL LIBRO DEL TRIMESTRE

"CIFRA DE LAS ROSAS Y SIETE CANTARES" de Oscar Cerruto.- "Don Bosco" - La Paz - 1957

¿Qué es finalmente poesía: adivinación, sentimiento, energía espiritual que se comunica por la palabra bella? ¿Ola geometría mental que impone su rigor al pensamiento?

La orgía modernista ahogó en luz al bardo sudamericano. Luego se dieron la mano expresionistas, surrealistas y otros "ísmicos" sumiéndolo en tinieblas. Al taumaturgo sucedió el pregonero. Antes de 1914 el poeta es todavía un calibrador del mundo y de la vida, después de 1918 sólo un buscador de inquietud, de novedad.

Pero en los últimos años la operación poética adquiere otro sentido. Ya no se trata, sólo, del vate y sus sinfonías verbales: no únicamente del análisis hipercrítico y de las acrobacias expresivas del aedo moderno. Trátase de algo mayor: la necesidad de una reconciliación entre experiencia espiritual y forma noble. (No digo "bella" ya que la belleza es eliminada del proceso poético por muchos juglares del "stilo nuovo"). ¿Cantar por el puro placer de cantar? Ese tiempo se desvaneció al calor de la pólvora y la química. Ahora la conciencia trágica del vivir atenace a al hombre, y aún para soñar y dar forma vigilante a lo que sueña, el poeta requiere algo de matemático y de analista: debe saber lo que dice, medir y rectificar su recinto, para que su canto fluya armonioso de la inteligencia reflexiva y de la fantasía enamorada.

Ni el cantor inocente del medioevo, ni el felibre ilustrado de los siglos cultos. Poesía es hoy consciencia del propio quehacer, responsabilidad por el oficio elegido.

Sin que ello afecte a la pureza de sus impresiones, a la frescura lírica de las imágenes, el poeta se ha hecho sabio en un sentido profundo. Maestro de arte mayor que domina su orbe antes de expresarlo. Por eso la inspiración creadora y el estilo son hoy requisitos inseparables del aedo. Por su interioridad, por su poder revelador, por la magia de un lenguaje preciso y depurado se manifiesta el rapsoda.

Esto es lo que hace de Oscar Cerruto, el poeta más culto de las nuevas promociones bolivianas.

"CIFRA DE LAS ROSAS" —su primer libro de versos— no es una novedad para quienes conocemos la extraordinaria calidad de su obra poética, en su mayor parte inédita, o desperdigada en trabajos que publicaron revistas y diarios del continente. Pero será revelación para quienes la ignoren, porque denuncia la presencia de un altísimo poeta.

Construído con una dignidad tipográfica donde se advierte el gusto exquisito del autor —la belleza entra por los ojos— el libro consta apenas de ocho poemas y siete cantares. Son breves composiciones que llevan esta clave: "divertimiento para la infancia de Madeleine".

¿Quién es el poeta que ha de jugar con las palabras, con la gracia alada que Mozart desgranaba en los sonidos?

Que se retrate a sí mismo en la esmeralda perfecta de la

CANCION DE CUNA PARA MADELEINE

"De tus torres de olvido baja ya el sueño, baja por la escala de terciopelo.	y la rana su flauta de caramelo. La reseda y el mirto y el vasto espliego te dan las buenas noches
Se arremansa el arroyo,	

<p>calla el silencio, y el humo se recuesta en el alero.</p> <p>Golondrinas de pólvora van por el cielo para encender tu nombre como un lucero.</p> <p>Sopla el joven relente su verde cuerno,</p>	<p>desde el cantero.</p> <p>Con capa ensimismada llega ya el sueño, una pluma de escarchas en el sombrero.</p> <p>Toca apenas tus ojos con suave dedo y te pide que duermas con voz de enero".</p>
--	--

Quién escribe con tan difícil facilidad, saliendo de la trivialidad del tema con elegancia y soltura, como lo demuestran la novedad de la imagen y el ajuste ceñido del epíteto, es ciertamente un creador.

¡Y en qué género! La confianza familiar, ese tono menor donde sólo los grandes mantienen jerarquía. He aquí la magia del artista: parece no haber dicho nada y lo ha sugerido todo. La ternura con que el poeta habla a su niña, brota de un cuento de ángeles y palomas. Y su lenguaje —tan viejo, tan joven— es una delicia acústica por su sencillez.

Luego un

CANTAR

<p>"Como en la primavera es apenas rocío la lágrima primera.</p> <p>Tu lágrima, navío de la luz marinera.</p>	<p>Mejillas de la rosa jamás han conocido su traslumbre radiosa.</p> <p>Navío anochecido, estrella esplendorosa".</p>
---	---

Después de las abstracciones, del esquematismo expresivo de la lírica moderna, se vuelve a una suerte de neohumanismo poético. El hombre ya no se mece sobre el vacío. Las palabras dejan de ser "el material más ingrato y pérfido" de que hablara el crítico. La intuición creadora recupera su capitania; la percepción inteligente de los fenómenos será tan rigurosa como la música verbal de metáforas e imágenes. No el automatismo inconsciente, sino la vigilia severa que cuida la economía estructural del poema.

¿Cómo se puede evitar la vulgaridad, sin dejar de ser fidedigno?

El poeta es el alquimista perfecto: conoce todas las fórmulas, pero cada creador las mezcla a su manera, urde su propia técnica figurativa. Símbolo, sugerencia, epíteto, verbos corresponden a un orden interior que no siempre se resuelve hacia afuera en forma directa. Antes bien: diérase que el artista se esfuerza por navegar a través de los escollos de la lógica, transmutando el sentido directo del lenguaje, y elabora con honda artesanía su mecanismo de transmisión intelectual.

Detrás de la máscara del cantor alado, se adivina la faz dramática del ingeniero absorto en su cálculo de precisión.

Entonces surge Oscar Cerruto, dictador de su reino espiritual, impresionista a su manera que mira más los efectos de la luz que la mera configuración lineal del paisaje poético. Habla nueva detrás de un lenguaje musical poderosamente articulado. Casi elemental, de puro sencilla. Elaborada, abstracta en sus toques finales. Oígame estos trozos de

ENUMERACION DE TU HEREDAD

"Es tuyo este cielo de agua
donde las nubes transcurren como barcos
y saltan como peces
los relámpagos.

Tuya es la nieve, tuya
la cordillera,
y el silencio azulado
que en sus altares se congela.

.....
El río de piel oscura
y melancólica,
en el que se implican los idus del mito
y los tumultos de la historia.

La soledad,
tan vasta como su poderío,
pero que una sola de tus palabras
deja sin destino.

.....
Y allí al fondo está el lago
de eléctrica cintura,
corona de alabanzas,
proverbio transparente de la puna.

Y la antigua ciudad en que has nacido
sale a tu encuentro,
calicanto del aire y su hermosura,
vestida de aguacero".

Imposible decir con más dignidad, belleza y novedad, la historia ideal de nuestra meritísima comarca de La Paz.

En Cerruto la intuición poética lo hace todo. Este espíritu sagaz, cultísimo, que ha incursionado con igual acierto por la diplomacia, el periodismo, la crítica y el estudio del problema social, no podía dejar de sentir los altos temas nacionales, aún con prescindencia de la actividad militante.

He aquí esta gota de sangre, que parece arrancada del corazón boliviano. Vale por una política y mil propagandas.

CANTAR

"Mi patria tiene montañas
no mar.

Olas de trigo y trigales,
no mar.

Espuma azul los pinares,
no mar.

Cielos de esmalte fundido,
no mar.
y el coro ronco del viento,
sin mar.

Deploro que la falta de espacio me impida transcribir el poema CIFRA DE LAS ROSAS, creación lírica perfecta, que se hermana con las puras visiones de Rilke: o esa magistral ODA A AQUELLA LUZ FELIZ ANTES DE MAYO, que evoca la sapiente y madurada arquitectura verbal de nuestro Tamayo.

Pero Cerruto, es simplemente, Cerruto. Puede hombrearse con los mejores de América: Carrera Andrade, Marechal. Gerbasi, De Greif, Sabat Ercasty. Como ellos vuela sin que su vuelo se parezca a ninguno.

Este pequeño y primoroso libro —sólo es una anticipación espejeante de su obra lírica mayor que permanece inédita— constituye un hito en la poesía boliviana. Después de la difusa literatura social y de las acrobacias de vanguardia, frente a la desazón existencialista que invade el recinto sud-americano, bienvenida esta creación potente, original, que a través de su buscada brevedad transmite el mensaje del naciente humanismo continental: por la medida, la dignidad y la belleza, a la Verdad.

El poeta debe constituirse en el "guardián de su Ángel", tiene dicho Cocteau.

Ciertamente: Oscar Cerruto custodia el suyo con tal sentido de la nobleza del oficio poético y de su decoro de artista, que con esta sola obra se coloca a la cabeza de la poesía boliviana.

Que esta lección de dignidad artística no sea olvidada. CIFRA DE LAS ROSAS es el testimonio significativo de una heroica maestría lograda en la meditación y .en el silencio.

Estos versos abren las puertas a un nuevo universo lírico: por su riqueza emotiva, por su economía estilística. Inteligencia y sentimiento se reparten sus límites. Pensador y mago señorean el territorio poético. Por eso diré que además de gran poeta, Oscar Cerruto es un conductor intelectual.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

BIBLIOGRAFIA

PAGINAS DE CULTURA Y EDUCACION.

Por Emilio Uzcátegui
Quito-Ecuador.

Un grueso volumen de 380 páginas, aglutina las ideas de este educador sobre temas culturales, pedagógicos y hasta indignales. Uzcátegui es hombre de amplios conocimientos que ha trabajado fecundamente por la enseñanza de su país. Tiene planteamientos valiosos, observaciones ajustadas al medio y al poblador que escribe, y una noble inquietud por todo lo que significa difusión de la cultura, defensa del magisterio, exposición de temas educativos en general. El libro se resiente por la desigualdad de los trabajos. El capítulo "Mi Filosofía de la Educación" —título presuntuoso en extremo— no plantea nada original: repite conceptos ajenos. Uzcátegui es más un expositor que un creador. Es todo el problema. Pero merece aplauso por su labor persistente en campo árido y siempre difícil como el de enseñar.

LICENCIADO MIGUEL JOSE SANZ

Por Juan Saturno Canelón
Caracas. Venezuela

Llama el autor, modestamente. "estudio" a este trabajo de 332 páginas que no merecía el honor del libro. Compuesto "sin amore", no llega a despertar interés en el lector. ¿Qué fue, Sanz, figura esclarecida de la Independencia venezolana? Su biógrafo no siente esa

figura con la intensidad necesaria para reavivarla en los contemporáneos. Trátase de un estudio histórico, de un simple trabajo de erudito —de erudito sin vuelo— muy distante del alto nivel que alcanzan hoy los escritores de Venezuela.

VIDAS MALOGRADAS

(Relatos de la Tierra)
Por Federico Avila
Tarija -Bolivia.

Caso desconcertante: ¿por qué Federico Avila, buen ensayista, investigador apasionado en áreas sociológicas y campos geográficos, incursiona ya maduro en novela y cuento sin dotes para el género? En historia, política y sociología, Avila ha dado buenos libros —El Andinismo del Chaco, Bolivia en el Concierto del Plata, La Revisión de Nuestro Pasado— favorablemente comentados. Su novela "Montañas adentro", editado en Roma en 1953, acusó un sensible desnivel con las producciones del erudito y hasta una crítica acerba por la poca originalidad del argumento y ciertos personajes. Estas "Vidas Malogradas" no honran ciertamente, al conocido escritor. Ni los temas son originales, ni están presentados en modo novedoso. El estilo pedestre, anticuado de la narración la torna más pesada aún. Avila carece del sentido técnico del cuento y le falta el soplo de belleza indispensable al buen narrador. Ingenuidad e inseguridad son los rasgos del libro. Lamentable. La edición muy mala.

CUADERNOS DE POESIA Nos. 1 y 2
Honorable Municipalidad de La Paz

Con la dirección de Jacobo Liberman, infatigable propulsor de la cultura boliviana en la Honorable Alcaldía Municipal, han visto la luz los dos primeros "Cuadernos Quincenales de Poesía" dedicados a Franz Tamayo y José Eduardo Guerra.

En cuidadosa presentación los "Cuadernos de Poesía" nos ponen en contacto con las creaciones de dos grandes vates nacionales cuyas obras, agotadas, son de difícil acceso para el gran público. Cumple así la Alcaldía Municipal, por intermedio de su Dirección General de Cultura, con tanto acierto dirigida por Don Efraín Valdés, con la importante y provechosa tarea de divulgar y hacer accesible la obra de poetas bolivianos desde siempre admirados pero, a menudo, alejados de la posibilidad de consulta por parte de los lectores.

Ojalá se prolongue en el tiempo la regular aparición de estos "Cuadernos" para bien de los amantes de la poesía, para la divulgación de nuestros valores en el

exterior y para estímulo de los escritores que no siempre pueden dar a la estampa el fruto de sus desvelos.

ANTOLOGIA DE NAVIDAD
Por Julia Elena Fortún de Ponce
La Paz –Bolivia

La Alcaldía Municipal de La Paz, nos entregó un nuevo libro de su colección: "Antología de Navidad" de Julia Elena Fortún de Ponce. De formato pequeño, en 79 páginas, con un Melchor Pérez de Holguín en la portada, abarca dos secciones: Cancionero Colonial y Tradicional de Navidad. Su importancia es suma. Da a conocer la festividad de "Nativitas" en Bolivia. De franco arraigo popular en la historia cristiana, al decir de la autora, en la América del Sur alcanza valor excepcional por constituir toda una expresión de mestizaje; la Religión traída de España y su acomodo en la mentalidad criolla, casi Indígena. Es una magnífica fuente de conocimiento del tema tratado para el investigador de temas nativos. Nuestra complacencia por ello.

NUEVOS HORIZONTES

Si sólo las incidencias de la economía condicionaran las manifestaciones culturales, sería muy difícil —por no decir imposible— que en el distante departamento de Tupiza pudieran concretizarse en obras de calidad las inquietudes y afanes culturales de un grupo de gentes apasionadas por el quehacer teatral. Felizmente, en el poder creador, concurren una serie de valores no materiales. El entusiasmado amor, la pasión realizadora. Y es precisamente de la superabundancia de ellos como ha surgido en la sureña Tupiza un movimiento coordinado y coordinador de la actividad teatral en Bolivia. **Nuevos Horizontes** y es su expresión y testimonio. Amén de las dos publicaciones de "**Teatro**" donde el cariño suple sobradamente la deficiencia de los medios tipográficos.

En los países hispanoamericanos, sobre todo, hay que distinguir en la cultura teatral tres momentos cuyo logro se conquista en sucesivos estadios. El ambiente teatral, el actor y el autor de teatro.

Bolivia, a pesar de los meritorios esfuerzos realizados por la Compañía Nacional de Teatro, dirigida por Carlos Cervantes, por la Escuela Nacional de Teatro con la dirección de Fernando Medina Ferrada y de otros conjuntos vocacionales, no posee aún un clima teatral. Actores muy, pocos. Autores casi ninguno

El panorama nacional en materia de teatro es desolador. Si a eso se suma que las compañías extranjeras suelen omitir a Bolivia en su itinerario se tendrá una visión más o menos ajustada de las privaciones en que transcurren los amantes del espectáculo teatral.

Para suplir, en lo posible, tamañas deficiencias ha surgido en Tarija un grupo de hombres nucleados en torno de **Nuevos Horizontes**. Su feliz audacia tiende a: "coordinar los conjuntos teatrales que existen en el país; facilitar sus relaciones; ayudar y servir a la vinculación y entendimiento de los hombres con inquietud y capacidad, deseosos de contribuir al desarrollo y jerarquía del teatro en Bolivia".

Tales intentos —que ya van siendo logrados, en parte— no pueden sino concitar el aplauso y la simpatía de todos los bolivianos.

"**Nuevos Horizontes**", y "**Teatro**" son las únicas publicaciones que, en esa materia, podemos mostrar ante propios y extraños. Lleguen hasta sus editores el testimonio de nuestra simpatía. Y ojalá que, por el bien de la cultura boliviana, sus obras futuras lleguen hasta donde alcanzan sus deseos. Lo hasta aquí realizado por el grupo "**Nuevos Horizontes**" es testimonio de lo mucho que se puede hacer cuando hay tenacidad y vocación. Dios quiera: que esta lección se convierta en imitado ejemplo.

